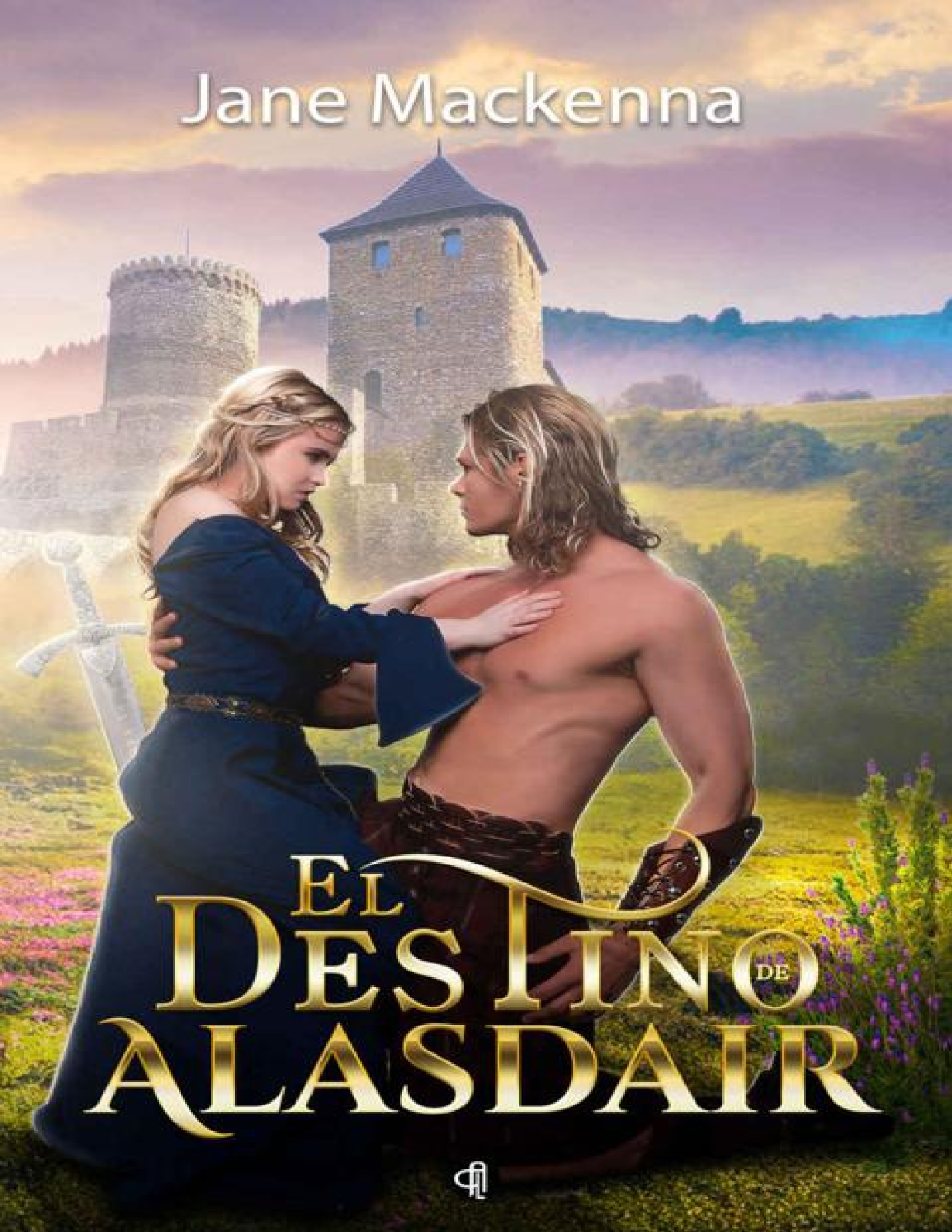

Jane Mackenna
EL DESTINO DE ALASDAIR



© Jane Mackenna, [2023]
1 ra Edición Paperback
Título de la Obra: El destino de Alasdair
Diseño de Portada: Leydy García
Corrección y edición: Noni García
Maquetación: Leydy García
©EdicionesAL
Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler préstamos públicos.

Sinopsis

Alasdair MacArthur solo ha amado una vez y le traicionaron, por ello, ahora solo utiliza a las mujeres para su propio placer. Sin embargo, el destino le tiene preparado un giro inesperado en su futuro.

¿Qué ocurrirá cuando alguien a quien pensó no volvería a ver jamás necesite su ayuda? ¿Estará dispuesto a cualquier cosa por proteger a la única mujer que no quiere cerca?

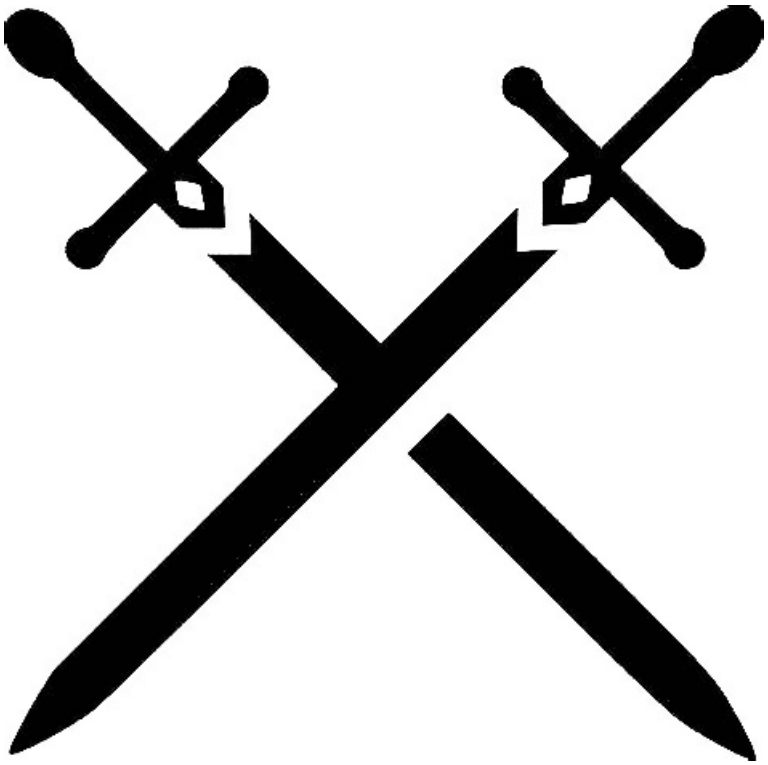
Meadow Cameron ha vivido toda la vida sabiendo lo que es no ser amada. Cuando su prima llega en busca de ayuda, no duda en ofrecérsela, a pesar de que eso suponga que su propio clan le dé de lado.

Todo cambia de la noche a la mañana y debe huir para sobrevivir. Busca protección en el clan Campbell, y en Alasdair, el hombre al que detesta, pero que no puede olvidar.

¿Qué ocurrirá cuando deban hacer cualquier cosa para evitar una batalla entre clanes?

Intrigas, pasión y amor en las Highlands…

PRÓLOGO



Clan Cameron
Alasdair MacArthur

Mis órdenes eran claras, dejar sana y salva a Elaine con su familia, sin embargo, cuando llegamos, no fui capaz de marcharme.

Debería haberle dado la espalda como ella lo hizo cuando apenas éramos unos niños, y siento que sigo siendo un estúpido en el fondo, porque han pasado los meses y aún estoy en el clan de la exprometida de mi mejor amigo, de mi *laird*. Sé que mi tiempo se agota, me parece extraño que no hayan venido a buscarme, y doy gracias por que no lo hayan hecho, estar aquí ya supone demasiada tensión, ya que, una vez más, Elaine se había guardado para sí misma que no sería muy bien recibida en la familia de su difunta madre.

—¿Pretendes que me quede hasta que des a luz? —pregunto ceñudo—. ¿Te has vuelto loca?

—Si no lo haces, temo lo que pueda sucedernos —replica preocupada—. Ya has visto la hostilidad con la que me tratan, solo mi prima Meadow me habla como si fuera una persona y no un monstruo.

—¿Qué hiciste para que te odien tanto? —cuestiono, cruzándome de brazos, queriendo saber el motivo antes de dar mi palabra—. Desde luego, haces amigos por doquier, mujer.

—No hice nada, estúpido —espeta, lanzándome una mirada acerada—. Ni siquiera había nacido. Fue mi madre, estaba prometida al hijo del antiguo *laird*, pero se escapó con mi padre sin mirar atrás.

—¿Y qué demonios te ha hecho volver a un clan donde sabías no ibas a ser bien recibida? —exclamo, perdiendo la paciencia ante la estupidez cometida—. ¿Qué hubiera pasado si no llegas a llevar escolta?

—No podía quedarme con los Campbell, y mucho menos con los MacArthur —responde, alzándose de brazos—. Tenía la esperanza de que no pagaran conmigo los agravios cometidos por mis padres.

—¿Cuántos meses quedan para que des a luz? —interrogo—. No puedo quedarme mucho más, Elaine. Y, después, ¿qué piensas hacer?

—¿Por qué no te quedas conmigo? —pregunta esperanzada, la miro como si hubiera perdido la cabeza—. Podríamos casarnos y tener una buena vida aquí…

—¿Te estás oyendo? —escupo—. Te recuerdo que soy el segundo al mando de los Campbell.

—¿Quieres vivir siempre a la sombra de Duncan? —se carcajea, consiguiendo que me enfurezca, porque sé lo que se propone—. Podríamos formar la familia que siempre debimos ser —susurra, acercándose a mí.

Detengo su mano cuando está a punto de rozar mi rostro. Aprieto su antebrazo con rabia harto de sus artimañas, maldigo por ser tan estúpido como para pensar que podría cambiar al verse sola, sin clan, sin familia. Me equivocaba.

—Ni se te ocurra jugar esa baza —siseo—. No soy aquel muchacho idiotizado por el primer amor. Ahora sé que ese sentimiento es un maldito cuento que os habéis inventado las mujeres, por lo que puedo vivir mi vida sin ti y sin ninguna otra.

—No he visto que durante estos años hayas penado mucho por mí —escupe furiosa, soltándose de mi agarre con rabia—. Te has encamado con medio clan MacArthur, tenía que escuchar a esas zorras alardear de haber disfrutado del gran Alasdair.

—Tú tampoco, querida —me burlo—. Duncan te mantenía bien caliente en las noches de invierno. Responde de una maldita vez —ordeno—. ¿Cuánto falta para que nazca tu bastardo?

—No vuelvas a insultar a mi hijo —gruñe tras darme una bofetada que me ha girado el rostro —. Quedan unos cuantos meses, pero puede adelantarse —explica de malas maneras mientras acaricia su vientre abultado.

—Me quedaré hasta que des a luz —informo—. Después, estás sola.

***

—¡Alasdair! —grita Meadow al tiempo que corre hacia mí—. Elaine está de parto —informa, jadeante, en busca de aire.

Desmonto de mi montura y me apresuro a llegar a la pequeña cabaña donde se ha estado quedando desde nuestra llegada al clan Cameron, su prima la acogió sin problemas. Observo de reojo a la muchacha, que no puede ser más distinta a la mujer que grita desde el interior. Su cabello largo, rizado y tan rubio que parece blanco, con ojos verdes como un prado en primavera, menuda y delgada, lejos de la voluptuosidad de Elaine.

—¡No puedo más! —grita al vernos entrar, sudorosa y rodeada de sangre—. Haz algo —me apremia.

—¿Yo? —pregunto horrorizado—. No sé nada de estas cosas, mejor que te ayude ella —digo, señalando a la joven que a mi lado se retuerce las manos—. ¿A qué demonios esperas?

—No soy partera —grita—. La curandera no quiere venir para no tener problemas con la gente del clan.

—Por favor —suplica Elaine—. Siento cómo me desgarra por dentro —solloza.

Meadow corre a su lado intentando darle ánimos, puede que la mujer que yace en el lecho ensangrentado haya sido la que más daño me ha hecho en la vida, aun así, no soy capaz de verla sufrir de este modo. Me acerco hasta estar entre sus piernas y, sin vergüenza alguna, las separo

para ver algo asomándose, abro los ojos horrorizado.

«No voy a ver de nuevo las partes de una mujer del mismo modo», pienso anonadado ante lo que tengo ante mí. Elaine brama sacándome de mi trance, se retuerce y lo que parece la cabeza del bebé sale un poco más, por lo que le ordeno que vuelva a empujar con todas sus fuerzas.

—¡Hazlo, Elaine! —apremio cuando veo cómo el bebé parece retroceder, no creo que eso sea bueno—. Maldita sea, no puede ser tan difícil.

—Maldito bastardo —escupe con rabia—. Me gustaría verte a ti en esta situación.

—Eso va a ser imposible, mujer —bromeo, a pesar de estar asustado—. Empuja —ordeno de nuevo.

Lo hace y la cabeza sale al fin, después todo pasa muy deprisa, cuando me quiero dar cuenta, tengo en mis manos a una pequeña niña llorando. Meadow reacciona y me la quita para taparla con rapidez y ponerla en el regazo de su madre. No puedo negar que me emociona la estampa que contemplo, Elaine la observa con un amor absoluto mientras llora en silencio. Casi me recuerda a la niña con la que crecí, y mientras ellas están absortas en la pequeña, me fijo en que no deja de sangrar, incluso más que cuando estaba dando a luz. Frunzo el ceño sin comprender por qué fluye tanta sangre y comienzo a preocuparme al ver la palidez de la mujer que, ajena a todo, no para de susurrar cosas a su hija recién nacida.

—Meadow —la llamo, la muchacha debe darse cuenta de que ocurre algo por mi tono de voz, se apresura a llegar a mi lado, y con un simple gesto, le indico que mire—. ¿Es normal este flujo de sangre?

Al verla palidecer, comprendo sin que hagan falta palabras que no es así. Coge varios paños y los pone en la entrepierna de su prima, que ahora nos observa con una tranquilidad pasmosa, como si supiera lo que está ocurriendo, pero no tuviera miedo de las posibles consecuencias.

—Tengo que llamar a la curandera —jadea la muchacha—. No sé qué hacer, no sé cómo detener este sangrado.

Se dispone a marcharse corriendo, mas Elaine la detiene.

—No. —Meadow se queda inmóvil para girarse de nuevo muy lentamente—. No vendrán, y de todos modos no existe diferencia entre vivir o morir.

—¿Qué demonios dices? —exclamo—. Ve a por esa maldita mujer —le ordeno a la rubia—. Que venga de inmediato o le rebanaré el maldito cuello —gruño furioso—. Esto ha llegado demasiado lejos.

Sale corriendo, dejándonos solos, el silencio solo es interrumpido por los gimoteos de la pequeña bebé, Elaine cada vez parece más débil y, aun así, no deja de hablar con su hija como si ella fuera capaz de entenderla, en el fondo, siento que se está despidiendo.

—¿Cuidarás de ella? —pregunta de repente—. ¿Te la llevarás de vuelta con los Campbell?

—Deja de decir estupideces —replico acercándome—. Vas a ponerte bien. Tú misma cuidarás de tu hija y la verás crecer.

—¿Sabes? —cuestiona, mirándome con una sonrisa cargada de tristeza—. Sería mejor que no, lo mejor sería que creciera lejos de mí y de mi maldito pasado. Que no crezca rodeada de odio y resentimiento por mi causa.

Meadow regresa llorando y con lo que parece un golpe en el rostro, me acerco a ella con rapidez y limpio el pequeño reguero de sangre que brota de su labio inferior.

—¿Qué ha pasado? —pregunto enfurecido—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Le supliqué —solloza—. Juro que lo hice, pero no dio su brazo a torcer. Después de golpearme, me dijo que no pensaba poner su vida en riesgo por ayudar a la hija de una ramera.

Escucho cómo Elaine suspira antes de volver a hablar.

—Ven aquí, prima —pide con voz temblorosa—. No debiste ponerte en riesgo por mí.

—Somos familia —rebate la muchacha—. Te pondrás bien, voy a intentar hacer algo que vi a la curandera hacerle a mi madre…

—¿Sirvió para algo? —pregunta sonriendo.

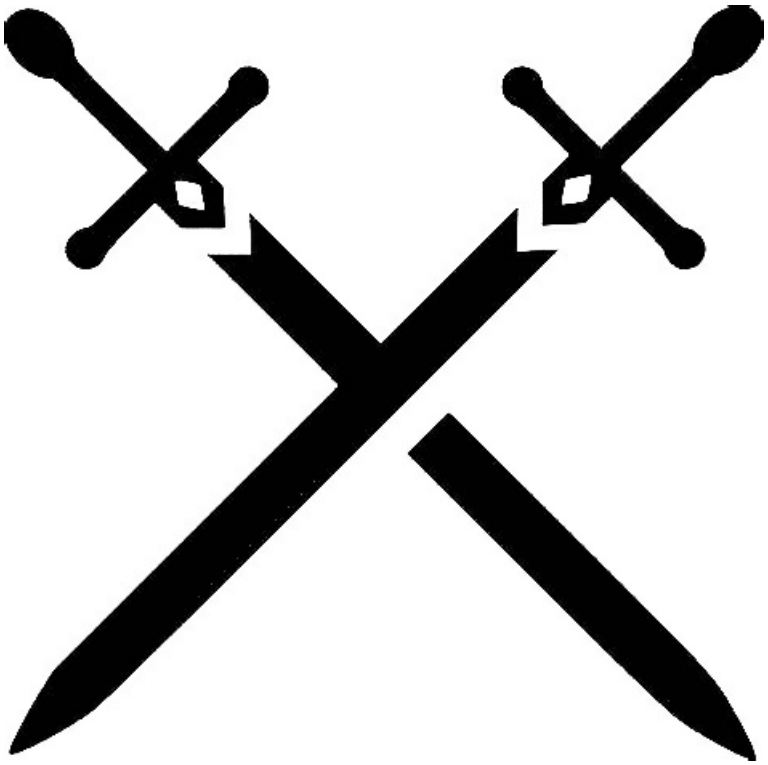
—No —responde, agachando la mirada—. Murió junto a mi hermano recién nacido.

—Comprendo —asiente resignada—. No importa, dejemos las cosas como están, supongo que este es mi final, el destino está escrito y no podemos cambiarlo.

—Lo siento tanto, déjame intentarlo —insiste Meadow, colocándose entre sus piernas, y al apartar los paños, podemos ver que están empapados, la sangre no cesa y no creo que le quede mucho tiempo de vida más—. Cielo santo —jadea espantada.

Compartimos una mirada y, sin necesidad de palabras, nos decimos que no va a pasar de esta noche. No quiero que muera, no importa nuestro pasado, no quiero que Elaine se marche tan joven dejando huérfana a su hija. No lo pienso permitir.

CAPÍTULO I



Un año después…
Alasdair MacArthur

Regreso con la partida de caza. El invierno se acerca y debemos abastecernos antes de que sea demasiado tarde y los animales se resguarden del frío.

—Habéis vuelto pronto —me recibe mi *laird*—. ¿Todo bien?

—Sin contratiempos —respondo desmontando—. ¿Has recibido contestación de Blaine?

—No —suspira, mirando al horizonte como si esperara verlo llegar—. Sé que estará bien, sin embargo, le echo de menos.

—Yo también —reconozco, palmeando su espalda—. Regresará, y si no lo hace, el clan de tu padre no está lejos. Iremos a darle una patada en las pelotas —bromeo, consiguiendo que se ría.

—¿A quién vais a golpear? —la voz de la hermosa esposa de mi amigo nos sorprende—. ¿Qué tal la caza, Alasdair?

Me giro para verla caminar hacia nosotros, negar su belleza es imposible y contemplar la sonrisa de mi amigo admirando a su mujer me produce un sentimiento que no logro comprender.

—Bien —respondo mientras Duncan le da un suave beso—. No debes preocuparte, el alimento no faltará.

—No lo dudaba en absoluto —bromea sonriente mientras se deja abrazar por su esposo—. No creo que tarde en llegar la nieve.

Escucho un silbido y miramos hacia el portón, parece que a lo lejos se acerca un caballo. Duncan le pide a Gillian que entre en el castillo, por nuestra parte, reunimos un pequeño grupo para dar la bienvenida a quien sea tan estúpido como para salir con este tiempo.

—¿Quién será? —pregunta el *laird* ceñudo—. Solo veo una montura…

A medida que se acerca, consigo distinguir bajo la capucha que cubre la cabeza un cabello largo, y por la silueta, diría que es una mujer. Me tenso cuando cruza el portón, solo he conocido una que tenga el pelo casi blanco.

—¿Qué demonios…? —exclamo al reconocerla.

Me apresuro a llegar hasta ella para ayudarla a desmontar, me tiende a una niña pequeña que dejo en brazos de Duncan para recibir el cuerpo de Meadow inconsciente sobre mí.

—Voy a llevar a la niña con Gillian —dice mi amigo mientras observo a la muchacha desmayada entre mis brazos.

Al apartar la capucha, maldigo porque tiene el rostro irreconocible, está tan golpeada que no entiendo cómo ha sido capaz de llegar desde el clan Cameron hasta aquí a caballo y con la hija de Elaine en brazos.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto mientras corro hacia el castillo y doy la orden de que llamen a la curandera—. Meadow, ¿puedes oírme? ¿Dónde está Elaine?

No responde y me preocupa que no sea capaz siquiera de despertar. Al entrar al castillo, Gillian espera nerviosa mientras una de las criadas se lleva a la niña, que no deja de llorar desconsoladamente.

—Dios santo —jadea al ver el aspecto de la muchacha que sostengo entre mis brazos—. Sígueme —ordena sin perder tiempo—. ¿Quién es? —pregunta mientras subimos las escaleras corriendo.

—La prima de Elaine —respondo, entrando a la alcoba que me indica y dejándola en el lecho —. ¿Por qué tarda la curandera? —exclamo, pasando mis manos por mi cabello en señal de nerviosismo.

—Debes tranquilizarte —me pide mientras las criadas entran con agua y paños, y ella misma comienza a limpiar la sangre del rostro—. No debe tardar en llegar, mandé a por ella en cuanto aparecieron.

—¿Dónde demonios está Elaine y por qué las ha dejado solas? —me pregunto, recorriendo la alcoba como un animal enjaulado.

—¿Te has parado a pensar que puede que le haya sucedido algo? —pregunta sin dejar de limpiar con cuidado el rostro irreconocible de Meadow, quien gime de vez en cuando dejando muy claro lo dolorida que se siente—. Ninguna madre dejaría sola a su hija por voluntad propia.

—¿La defiendes? —cuestiono sorprendido—. Te recuerdo que estuvo a punto de acabar con tu matrimonio.

—Pero no lo hizo —rebate con tranquilidad—. No guardo rencor ninguno, Alasdair. Es algo que deberías aprender…

Bufo porque no es el momento para dar lecciones de moral. Al fin llega la vieja curandera y procede a curar y reconocer cada una de las partes del cuerpo de la muchacha, y con una mirada, Gillian me pide que me marche cuando comienzan a desnudarle, mas no pienso hacerlo.

—Me daré la vuelta —concedo de mala gana—. Tampoco tiene nada que no haya visto antes —refunfuño.

—¿Otra de tus amantes, muchacho? —pregunta la curandera con guasa—. Es demasiado joven…

—Nunca le puse un dedo encima, vieja —espeto—. Deja de hablar y ocúpate de curarla —le ordeno molesto.

—No parece tener nada roto —informa mientras palpa el cuerpo. Brazos, piernas, torso…—. Lo peor es el rostro, me da la impresión de que ha sido algún tipo de castigo.

—¿En el clan de los Cameron tratan así a sus mujeres? —pregunta Gillian furiosa—. Apenas

es una niña…

—No lo es —rebato—. Es poco más joven que Elaine.

—Debo asegurarme de que no haya sido forzada —dice la anciana en voz baja, me tenso ante tal posibilidad—. Mi señora, necesitaré su ayuda.

La necesidad de girarme para ver lo que están haciendo es fuerte, sin embargo, me contengo para respetar la privacidad de Meadow. Rezo para que el malnacido que le haya hecho esto no la haya violado también. En cuanto despierte, necesito saber dónde está su prima, qué ha sucedido y quién ha sido porque está muerto. No logro comprender el motivo para sentirme responsable, pero lo hago.

—No parece haber indicios. —Suspiro sin darme cuenta de que estaba conteniendo el aliento —. La muchacha parece ser virgen.

Cierro los ojos agradecido de que al menos no le hayan hecho padecer algo tan vil como el forzarla a yacer con alguien que no desea. En cuanto Gillian me dice que me puedo dar la vuelta, lo hago para encontrar que la han limpiado y cambiado. Ahora, sin toda esa sangre, soy capaz de reconocer a la muchacha con la que conviví varios meses.

—¿Se pondrá bien? —pregunto con seriedad, la necesidad de matar es casi asfixiante.

—Sí —asiente mirándome—. Durante días estará dolorida, aunque su vida no corre peligro.

—¿Por qué no despierta? —insisto—. Necesitará algo para el dolor.

—Por supuesto —asiente—. Tiene que tomar esto —explica mientras deja algo en la mesa más cercana—. Despertará cuando esté preparada.

Tras sus palabras, se marcha dejándonos a Gillian y a mí junto a la muchacha inconsciente en el lecho. Mientras la observo, siento la penetrante mirada de la esposa de mi amigo sobre mí, imagino que espera alguna explicación por mi extraño comportamiento, no puedo darle unas respuestas que desconozco.

—¿Puedes cuidar de ella? —pregunto.

—Claro —asiente—. ¿A dónde vas, Alasdair? —cuestiona, deteniendo mis pasos—. ¿A buscar al responsable? No sabes quién es, ¿vas a arrasar a todos los Cameron? Tendrás que esperar a que la muchacha despierte y pueda decirnos que ha sucedido.

—A buscar a Elaine —respondo—. Puede estar herida en el camino, las posibilidades son infinitas, Gillian.

Cuando casi cruzo el umbral, la voz de Meadow me detiene, sorprendiéndonos a todos.

—Elaine está en tierra, Cameron —balbucea—. Yo misma la enterré allí porque no podía traernos a las tres en un caballo.

Me giro para verla despierta, uno de sus ojos prácticamente cerrado por los golpes, con el otro me mira de una forma muy extraña, una que no consigo descifrar.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto, acercándome con rapidez hacia el lecho—. Habla —le ordeno.

—Alasdair —amonesta la señora del castillo—. Acaba de despertar, déjala respirar.

—Elaine contrajo unas fiebres de las que nunca se recuperó —explica—. Las cuidé lo mejor que pude —solloza—. Sabes que después de posicionarme a su lado, mi gente me dio la espalda. Aun así, entre las dos cuidábamos a Mary Jo, hasta que a ella le fue imposible seguir haciéndolo. Nadie me ayudó, probé con todos los remedios que conocía y no fue suficiente.

—¿Por qué no pediste ayuda? —reprocho—. ¿Por qué ahora?

—Ella no me dejó —replica—. Solo me pidió una cosa, que trajera a Mary Jo aquí tras su muerte, y lo he hecho. Cuidé de mi prima lo mejor que pude, por lo que no tengo remordimiento alguno, por mucho que me mires como si hubiera matado a tu amada —escupe—. ¿Por qué te

fuiste y la abandonaste allí si tanto la querías?

—No hables de lo que no sepas —siseo, apretando los puños—. ¿Alguien te atacó viniendo hacia aquí?

—Eso no es de tu incumbencia —dice orgullosa—. He cumplido con la última voluntad de Elaine. Mary Jo está a salvo y lejos de los Cameron, eso es lo único que debe importarte.

—¿Por qué aquí? —cuestiono de nuevo.

—¿Sabes una cosa? —pregunta, incorporándose con dificultad—. Nunca entendí cómo fuiste capaz de marcharte y dejarlas allí. ¿Qué clase de padre abandona a su hija?

—¿Qué demonios acabas de decir? —exclamo furioso—. ¿Cómo osas acusarme de abandonar a mi propia hija? No tengo hijos, muchacha.

—Alasdair, contrólate —ordena Gillian, interviniendo por primera vez—. Está herida, esta discusión puede esperar.

Salgo furioso de la alcoba, ya que si me quedo, puedo hacer o decir algo de lo que luego me arrepentiré. Camino como alma que lleva el diablo para alejarme lo máximo posible de Meadow y así resistir las ganas de retorcerle el pescuezo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Duncan al verme llegar al salón.

—Meadow es la prima de Elaine —informo—. Ya te hablé de ella…

—Sí —asiente—. La muchacha molesta. ¿Dónde está Elaine?

—Muerta —respondo esperando su reacción—. Según lo que me ha dicho, sucumbió a unas fiebres.

—Me apena saberlo —dice con seriedad—. Fue alguien muy importante para mí. Imagino que la niña es su hija

—Sí. Mary Jo se llama —replico—. Meadow me ha dicho que la última voluntad de su madre fue que la trajeran aquí.

—Nunca debió quedarse con los Cameron si no la aceptaban.

—Sabes lo orgullosa que era —escupo—. No quería regresar para verte con Gillian feliz, y tampoco podía regresar con los MacArthur después de lo que hizo.

—Maldita sea —escupe—. Debería haber pedido ayuda.

—Y yo no debería haberla dejado allí sola —concedo, sabiendo que las acusaciones de Meadow son ciertas—. Me marché siendo consciente de que allí jamás iba a poder vivir en paz.

—Tu sitio no estaba allí, Alasdair —intenta consolarme—. Hiciste bastante al quedarte tantos meses.

—No fue suficiente —exclamo—. No me cabe duda de que esas dos mujeres estuvieron solas, el clan las repudió y tuvieron que valerse por sí mismas. Es un milagro que la niña esté viva, que Meadow haya sobrevivido para traerla hasta aquí.

—Al menos han llegado a casa —suspira con pesar—. Elaine no lo ha conseguido, pero su hija sí, y pienso cuidar de ellas todo el tiempo que sea necesario.

—Nadie ha dicho que la muchacha deba quedarse —rebato ceñudo—. Ella ha cumplido.

CAPÍTULO II



Meadow

—Lo siento —susurro cuando Alasdair se marcha, dejándome con la que supongo es la señora del castillo—. Siento haber causado tanto alboroto.

—En absoluto —replica con una sonrisa dulce en su hermoso rostro—. Eres bienvenida, y la pequeña Mary Jo también. No dudo que mi esposo os acogerá en el clan.

—Le he ofendido —suspiro, apretando mis manos con nerviosismo—. Juro que siempre pensé que la niña era su hija y que por ello se quedó hasta su nacimiento. Le pregunté muchas veces a mi prima quién era el padre, jamás obtuve respuesta.

—No es hija de él —replica con seguridad—. Alasdair puede tener muchos defectos, pero jamás le hubiera dado la espalda a un hijo suyo.

Termino de incorporarme un poco más y me muevo para poner los pies en el suelo, de inmediato, la esposa del *laird* se apresura a ayudarme.

—No deberías levantarte —amonesta mientras me sostiene para que no me caiga, ya que me cuesta mantener el equilibrio durante unos instantes—. ¿Adónde crees que vas?

—Necesito pedirle una disculpa —explico—. No podré estar tranquila hasta que no lo haga, por favor, mi señora.

—Gillian —corrige—. Ese es mi nombre y es como quiero que me llames. Te ayudaré a llegar hasta el salón, imagino que debe estar informando de todo a mi esposo.

Caminamos despacio por el pasillo y descendemos las escaleras con mucho cuidado. Todos los huesos de mi cuerpo me duelen, cada paso que doy es como una tortura, pero no soporto pensar en las acusaciones con las que he atacado a Alasdair, por lo que si no le pido perdón, no

podré vivir tranquila.

Escucho las voces, Gillian se detiene frunciendo el ceño y me pide que guarde silencio. La voz potente de un hombre que no conozco interroga a su segundo al mando, al escuchar cómo me llaman muchacha molesta, saber que eso es lo que él piensa de mí, duele más que los golpes recibidos, aunque no es nada comparado a cuando oigo que no es necesario que yo me quede en el clan, ya que he cumplido con el último deseo de su amada y ya soy prescindible.

Gillian me mira con una mezcla de pena y vergüenza, por mi parte, intento contener el llanto y así no quedar en ridículo. Me lo han arrebatado todo, lo único que me queda es mi orgullo, nadie sabe lo que he pasado durante algo más de un año por decidir apoyar a Elaine. Me doy la vuelta dispuesta a marcharme y lamer mis heridas en silencio, no obstante, Gillian no me lo permite, me coge de la mano y veo en su mirada una resolución que envidio. Entramos al salón y los dos hombres guardan silencio, el *laird* Campbell y conde de Argyll me observan con detenimiento, Alasdair lo hace con recelo.

Puedo apreciar que Duncan MacArthur Campbell es un hombre fuerte, alto y atractivo, aunque reconozco, por mucho que lo deteste, que Alasdair lo es mucho más. El silencio que reina en la sala es asfixiante, incómodo, solo quiero salir corriendo, pero Gillian no me ha soltado en ningún momento, por lo que no puedo hacerlo por más que lo desee.

—No puedo creer lo que acabo de escuchar —replica la esposa del *laird*—. ¿Esta es la hospitalidad de los Campbell?

—Gillian… —suspira su esposo, lanzando una mirada de desaprobación a su amigo—. Sabes que Alasdair suele decir lo primero que se le ocurre, no por ello es lo que piensa.

—Por supuesto que lo piensa —interrumpo en un arranque de valentía—. Soy muy consciente de que no pertenezco a los Campbell —alzo el mentón—. Soy una Cameron, a pesar de que mi propia gente me haya dado la espalda. No necesito su compasión ni protección, ahora que he dejado a Mary Jo, puedo marcharme y lo haré.

Me dispongo a irme, no quiero volver a ver al bastardo sin corazón que está frente a mí impasible. Sin embargo, su voz me detiene, aunque no me vuelvo, porque si lo hago, puede que le escupa a la cara.

—¿Y dónde piensas ir? —pregunta con sorna.

—Ese no es tu problema —respondo, volviendo a caminar e intentando no mostrar lo dolorida que me siento—. Nunca lo ha sido, ni nunca lo será.

Sigo caminando hasta subir las escaleras para llegar al pasillo, me cuesta recordar de que puerta he salido, al fin, cuando la encuentro y puedo encerrarme en la alcoba que me ha sido asignada, soy capaz de dejar fluir las lágrimas que he contenido. La rabia, el dolor y la vergüenza. Me acuesto en el lecho perdida en un mar de sentimientos que detesto sobremanera, siempre he odiado sentir que soy débil, que no soy valorada, haciéndome sentir que mi vida es una pérdida de tiempo.

La puerta se abre con brusquedad y Alasdair entra como un vendaval, grito asustada ante su intromisión, me apresuro a intentar borrar todo rastro de llanto, aunque sé que es imposible, por lo que el hombre que más detesto se da cuenta de mi debilidad.

—Deja de decir estupideces —gruñe, acercándose al lecho como si fuera un animal acechando a su presa—. No tienes lugar al que regresar, por lo que te quedarás aquí.

—No eres nadie para ordenarme absolutamente nada —escupo furiosa—. Así que haré lo que me plazca, he cumplido con mi promesa y al fin soy libre.

—¿Vas a abandonar a la niña? —pregunta acusatorio—. Junto a su madre, imagino que eres la única persona a la que considera familia.

—No utilices a Mary Jo —le grito, incorporándome de nuevo—. No soy yo la que la dejó en una tierra hostil —espeto.

—No era mi responsabilidad, maldita testaruda —sisea muy cerca de mi rostro, tanto que puedo ver la profundidad de sus ojos negros—. No era su padre, creas lo que creas.

—Puede que no —concedo—. Mas tú fuiste el que las trajiste.

—Elaine así lo quiso —rebate—. Mis órdenes eran acompañarla y volver a mi hogar, aun así, me quedé hasta que dio a luz —explica de mala gana—. Y no logro comprender el motivo por el cual debo darte cuenta de mis actos, niña.

—¿Niña? —pregunto ofendida—. Deja de utilizar mi edad para mantener las distancias, Alasdair, no es necesario.

—No sé a que demonios te refieres —replica alejándose—. Vas a quedarte porque así lo quiere mi *laird*, pero mantente alejada de mí.

Sale igual que ha entrado, cerrando de un portazo, dejando claro que si me ha seguido no ha sido por propia iniciativa, supongo que el *laird* o su esposa así se lo han ordenado. Si algo he aprendido en los meses que Alasdair pasó con los Cameron es que detesta las imposiciones. Durante ese tiempo, se mantuvo bastante al margen para no crear más disputas, y que mi cabaña estuviera alejada del hogar del *laird* y sus hombres ayudó bastante. Todavía recuerdo un día en que mi prima y yo salimos a pasear cuando ya faltaba poco para que el bebé naciera y unos hombres comenzaron a molestarnos.

***

—Vaya, vaya, vaya —se burla uno de los hombres del laird *al vernos regresar de nuestro paseo—. ¿Qué tenemos aquí? Dos rameras…*

—Cierra la boca, Darrell —escupo—. Aparta de nuestro camino —le ordeno molesta, no es que no esté asustada, solo que si muestro miedo, estamos perdidas.

—No oses darme órdenes, estúpida —me empuja, haciéndome tambalear hacia atrás—. Deberías avergonzarte, Meadow, acoger a la hija de una ramera…

—La única zorra que hay por estos lares es tu madre —exclama mi prima, furiosa, hablando por primera vez—. Si vuelves a tocarla…

No termina de hablar porque le gira la cara de una bofetada, jadeo espantada y me apresuro a ponerla tras de mí para protegerla. De inmediato, Darrell me coge del cabello, consiguiendo que eche la cabeza hacia atrás, y contengo un gemido para no darle la satisfacción de doblegarme.

—Siempre has sido una perra —sisea, ahogándome con su aliento nauseabundo—. ¿Por eso la ayudas? Tal vez deberíamos divertirnos contigo mientras ella dé a luz. —Su amenaza velada me hiela la sangre en las venas.

No soy consciente de la presencia de alguien más hasta que Elaine grita. Intento girarme para ver la razón, pero mi atacante no me lo permite. Una mano aparece cogiendo la de Darrell y doblándosela hacia atrás, consiguiendo que grite de dolor y me suelte, mi salvador no es otro que Alasdair.

—Si vuelves a molestarlas, eres hombre muerto —sisea furioso—. Ahora, largaos —ordena, empujando a mi atacante contra el suelo.

Se marchan contrariados, maldiciendo y jurando tomar venganza. El hombre que nos ha salvado se gira para mirarme acusatoriamente, me hace retroceder su mirada penetrante.

—Procura no hacer que os maten —escupe alejándose.

—No le hagas caso —dice Elaine mientras ambas observamos cómo se aleja—. Gracias por

protegerme, Meadow.

***

Cuando regreso al presente, me doy cuenta de que las manos me duelen de haber apretado los puños por la rabia que ese recuerdo me produce. Nunca antes había conocido a un hombre así, en la aldea todos nos conocíamos y, aunque hasta el regreso de Elaine no habíamos tenido grandes problemas, los Cameron no son gente que olvide fácilmente, y que alguien de mi familia hubiera rechazado al *laird* era un agravio que no iban a olvidar. Aun así, mi vida fue bastante pacífica, hasta que elegí proteger a mi sangre sin importarme que todos los que habían crecido conmigo me dieran la espalda, después de todo, tampoco es que a mí me apreciaran mucho, tras la muerte de mis padres, casi ni me acercaba al castillo.

No logro comprender cómo tiene el descaro de exigirme algo cuando fue él quien abandonó a su suerte a la mujer que se suponía que amaba. Elaine me contó su historia cuando ya se encontraba demasiado enferma como para levantarse de la cama. Estaba muy arrepentida por las decisiones que tomó, y estoy segura de que se fue con una gran pena al no poder despedirse de Alasdair. Más de una vez le dije que podría ir en su busca, se negó, mi prima era una mujer muy orgullosa a la que la vida no le había dado tregua, y se ha ido demasiado pronto.

Recordarla me entristece sobremanera, las lágrimas fluyen de nuevo ante lo injusto del destino que le tocó vivir. Ahora, su pequeña está sola en el mundo y tendrá que ser criada por desconocidos. Mary Jo es una niña risueña, pero no le gustan los extraños, ¿cómo estará? Cuando he llegado, lo único que recuerdo es cómo me la quitaban de las manos antes de desmayarme y despertar en esta alcoba.

Cierro los ojos agotada, sin embargo, los abro al escuchar lo que me parece un llanto desconsolado que conozco muy bien. Se trata de Mary Jo. Me levanto, aunque siento cómo cada hueso de mi cuerpo protesta, salgo al pasillo en busca de la procedencia del sonido y me apresuro porque mi corazón sangra por la pequeña, que debe estar aterrada. Llego al destino, entro a una alcoba infantil y veo cómo Gillian intenta consolar a la hija de mi prima sin conseguirlo.

—¿Por qué llora mi pequeño ángel? —pregunto con dulzura, acercándome para cogerla en brazos, aunque me mate el dolor, de inmediato, guarda silencio y se abraza a mi cuello mientras tiembla—. No debes temer, Mary Jo.

—Lo siento —se disculpa Gillian—. He intentado calmarla sin éxito, después de todo, somos desconocidos para ella, todo esto es nuevo.

—No debes afligirte —respondo—. Es normal, desde que nació, las únicas personas con las que ha convivido fueron su madre y yo. Elaine ya no está —suspiro—. Y en poco tiempo, también me perderá a mí. Si no fuera porque no tengo nada que ofrecerle, me la llevaría, estoy segura de que su madre me perdonaría el no cumplir su última voluntad.

—No vas a ir a ningún lado —exclama—. Eres bienvenida en el clan como bien sabes, no hagas caso al asno de Alasdair.

—No era necesario que lo obligarais a disculparse —replico—. Estoy más que acostumbrada a su trato. No necesito nada que venga de él…

—Sin embargo, acudiste para pedir ayuda —rebate, susurrando al darse cuenta de que Mary Jo al fin se ha dormido.

—No por mi propia voluntad, sino por la de Elaine —explico ofuscada—. No logro comprender por qué quiso que su hija estuviera con los Campbell, Alasdair la dejó abandonada a su suerte y el *laird*… —guardo silencio al darme cuenta de lo que he estado a punto de decir—. Perdón —bajo la cabeza avergonzada.

—Sé lo que hizo mi esposo —dice sin acritud—. Soy muy consciente de sus virtudes y defectos, también de su pasado. No es algo que pueda cambiar, y ellos tampoco, cada uno tomó unas decisiones que les llevaron a unas consecuencias.

—Sé que mi prima no se portó como debería —reconozco—. Ella misma me lo contó muy arrepentida. Y no puedo evitar preguntarme si seguiría viva si no la hubiera abandonado. Murió con su nombre en los labios —escupo con rabia apenas contenida.

—Lamento el dolor que Duncan y yo le causamos… —dice compungida.

—No fue al *laird* a quien nombró —niego, intentando tranquilizarla—. Fue Alasdair. Imagino que al final de su vida se dio cuenta de que el amor es mucho más importante que el poder.

—Me alegra que tú sí lo tengas claro —asiente complacida—. Ahora que la niña se ha dormido, puedes dejarla en la cuna. Podría dormir en la alcoba de mi hijo, así no se sentirá tan sola. Mary Jo es mayor que él, apenas tiene dos meses, pero creo que pueden ser grandes amigos cuando crezcan.

—Prefiero que duerma conmigo —replico—. Al fin y al cabo, soy lo único que le queda y deseo pasar el tiempo que me sea posible con ella, es como una hija para mí…

—¿Cuántas veces debo decirte que no vas a marcharte? —pregunta mientras salimos de la alcoba—. Al menos, deja que la cargue, debes estar dolorida.

—No importa, de verdad —le digo mientras caminamos por el pasillo de vuelta a la alcoba que me ha sido asignada—. Estoy muy agradecida por habernos acogido.

—No hay nada que agradecer —rebate sonriente—. Siempre tendréis un lugar en el clan para vosotras. Ahora descansad, deja las preocupaciones a un lado, porque ya no estás sola, Meadow.

Sigue su camino, la observo caminar con un porte digno de la señora del castillo, y cuando la pierdo de vista, entro en mi alcoba cerrando la puerta. Dejo a Mary Jo en la cama y me tumbo a su lado suspirando de alivio, mi espalda duele mucho y el peso de la niña no ayuda.

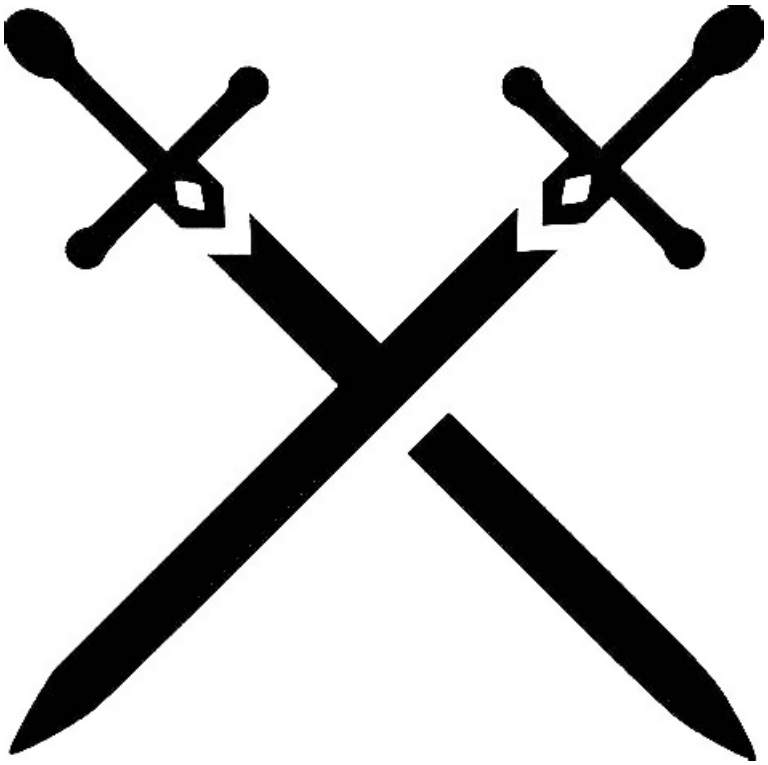
Finalmente, caigo en un sueño intranquilo…

***

Me despierto desorientada, sintiendo unas manitas acariciar mi rostro, y al abrir mis ojos, veo a Mary Jo a mi lado expectante, incluso juraría que su mirada se torna de alivio al verme despertar. La abrazo al comprender que, a tan corta edad, ya sabe lo que significa perder a alguien, aunque todavía no logre comprender la enormidad del hecho de ser huérfana.

—¿Tienes hambre? —le pregunto, ella asiente, así que me levanto dispuesta a buscarle alimento—. Vamos —digo mientras la cojo en brazos y salimos de la alcoba.

CAPÍTULO III



Alasdair

—Dejad de mirarme así —escupo, dando buena cuenta de mi cena—. No tengo la culpa de que sus sentimientos sean heridos con tanta facilidad.

—¿No eres capaz de sentir un poco de pena por ella? —inquiere la esposa de mi amigo—. Lo ha perdido todo.

—No es que tuviera mucho antes de que Elaine decidiera que era buena idea ir con los Cameron —refunfuño, negándome a dar mi brazo a torcer—. Además, no he sido yo quien se lo ha arrebatado, Gillian.

—Basta —interfiere Duncan—. No es momento de discusiones. Meadow y la niña son bienvenidas a quedarse con nosotros tanto tiempo como deseen, y te pido que la trates con el respeto que merece.

—Como le he dicho a ella, mientras se mantenga fuera de mi camino, todo estará bien —respondo, alzándome de hombros—. No puedo ordenarle que se marche, por supuesto.

—¿Por qué la odias? —pregunta Gillian, mirándome fijamente como si quisiera leer mi mente.

—No lo hago —respondo de inmediato—. Odiar es un sentimiento demasiado fuerte para alguien que me es indiferente.

Escucho a Duncan bufar a mi lado, él me conoce mejor que nadie, o cree hacerlo, ya que durante años no supo de mis sentimientos por su prometida. Dejé a Elaine atrás porque sabía que no había futuro para nosotros, hacía mucho que había dejado de amarla, aun así, me dolió hacerlo por los niños que fuimos, y ahora debo soportar la presencia de su prima recordándome lo que hice.

—Buenas noches. —Gruño al escuchar su maldita voz, mi cuerpo reacciona sin que lo pueda

evitar—. Lamento interrumpir, pero Mary Jo tiene hambre —parece avergonzada, incluso sin alzar la vista de mi plato, sé cómo debe verse.

Indefensa…

—Por supuesto —exclama Gillian como buena anfitriona—. Iba a ordenar que os subieran comida, ya que estabais dormidas. Sentaos —pide con delicadeza.

—No debes consentirla tanto —espeto cuando se sienta a mi lado, odio que lo haga, sobre todo, porque tiene más asientos—. Vas a volverla una niña inútil.

—Maldición —exclama Duncan, dando un puñetazo en la mesa—. Acaba de perder a su madre y el único hogar que conocía.

—Mary Jo no es asunto tuyo —escupe con inquina—. Voy a pedirte lo mismo que tú a mí, mantente fuera de mi camino.

—Eres tú la que insiste en seguir en el mío —rebato, mirándola con unas terribles ganas de… No sé qué demonios quiero hacer realmente—. Solo digo lo que pienso.

—Cuando quiera escuchar tu opinión, serás el primero en saberlo —replica—. No intentes dar consejos, ni siquiera eres padre.

—Ni tú su madre, aunque pareces olvidarlo —exclamo de los nervios, la niña gimotea asustada, me siento como un miserable y, aun así, no puedo dejar de decir—: ¿Lo ves?

—Vete al infierno —sisea, levantándose dispuesta a marcharse.

—Meadow —exclama mi amigo—, vuelve a sentarte, por favor.

Ella obedece de mala gana en el momento en el que Gillian aparece con una de las criadas para servirles la cena. La pelirroja que tan bien conozco me sonríe y guiña un ojo sin importarle que todos puedan verla, no me pasa desapercibida la mirada de desaprobación de la mojigata que tengo al lado.

—Después… —susurro con clara intención de que me escuchen incluso las personas que me acompañan en la mesa. La aludida se marcha complacida con un movimiento de caderas de lo más seductor.

—Debo pedirte que respetes a los que estamos presentes, Alasdair —amonesta la señora del castillo—. No necesitamos enterarnos de tus puterías.

—Siento ofender la sensibilidad de mi señora —replico burlón—. Por Dios, Duncan, ¿por qué debo soportar esto? A este paso, me planteo regresar con tu padre y los MacArthur.

—La puerta está abierta —replica Gillian molesta—. Al paso que vas, me dejarás sin criadas —refunfuña.

—Paz —interviene el *laird*, a mí toda esta situación me produce unas enormes ganas de reír —. Esposa, deja a Alasdair, es un joven soltero.

—¿Y por ello Meadow y yo debemos ser testigo de cómo trata a las demás mujeres como si fueran un trozo de carne con las que saciar su deseo? —pregunta entre dientes.

—Gillian… —amonesta su esposo—. ¿Podemos terminar de cenar con tranquilidad? ¿Cuándo vais a aprender a llevaros bien?

—¿Tú no dices nada? —pregunto harto de su silencio y su actitud temerosa, es lo que odio de ella, que siempre agache la cabeza.

—¿Qué debería decir? —pregunta, alzando sus ojos al fin para encontrar los míos—. Me es indiferente lo que hagas, y no tengo voz ni voto en este lugar, así que prefiero guardar silencio.

—¿No te cansas de ir por la vida como una mártir? —escupo frustrado, quiero una maldita reacción real por su parte.

—¿No te cansas de ser un bastardo insensible? —replica, levantándose de su asiento con la niña en brazos, la cual ha terminado de cenar y parece volver a tener sueño—. Si me disculpáis,

se me ha quitado el apetito —suelta, lanzándome una mirada de asco.

Observo cómo se marcha, me doy cuenta de que cojea y que le cuesta horrores poder llevarla como la haría si no la hubieran molido a palos.

—Eres un cerdo —sisea Gillian, quien también se levanta dispuesta a marcharse—. No pienso arreglar tus errores, Alasdair.

—Amigo —suspira Duncan—, de verdad que intento comprenderte, pero no lo consigo. ¿Qué demonios te sucede con esa muchacha?

—Nada —espeto levantándome—. Que pases buena noche en compañía de tu esposa.

Salgo del salón como alma que lleva el diablo en busca de la pelirroja, para que me haga olvidar que convivo bajo el mismo techo con la muchacha que no he logrado sacarme de la cabeza desde que la conocí.

Encuentro a la mujer con la que pienso pasar la noche intentando ahogar una vez más la sensación de soledad, de sentirme incompleto, que jamás me ha abandonado desde que era apenas un niño. Pocos conocen realmente al verdadero Alasdair, puede que Duncan lo haga, pero incluso con él tengo secretos, sentimientos que no comparto porque detesto que la gente me mire con lástima.

«Soy un guerrero, maldita sea», pienso mientras la criada me sonríe sabiendo por qué la busco, no es la primera vez que me la beneficio e imagino no será la última. Se acerca a mí, en cuanto está a mi alcance, la giro de cara a la pared, no parece importarle que estemos en el pasillo de la servidumbre, por lo que nos pueden ver, al contrario, parece que le gusta la idea, ya que cuando mi mano se pierde bajo su falda, la encuentro húmeda.

—Alasdair —gime cuando mis dedos se pierden en su interior a un ritmo lento que consigue que sus caderas salgan en busca de más—. Por favor…

No necesito más para apartar la ropa que nos separa y adentrarme de una estocada que la hace gritar por el dolor y el placer. Cubro su boca y la poseo como un animal, cierro los ojos, aunque los vuelvo a abrir cuando la imagen de una Meadow en la posición que se encuentra mi amante llega a mi mente.

—Maldita sea —gruño con rabia, incrementando el castigo de mis caderas, los gemidos de mi amante no consiguen que me concentre y me enfurezco.

La liberación de la pelirroja hace que termine sin conseguir el alivio total para mi mayor frustración. Arreglo mi ropa con rabia apenas contenida, siento deseos de golpear algo hasta que todo lo que tengo dentro desaparezca.

—Largo —ordeno entre dientes—. ¡He dicho que te vayas! —bramo cuando no se mueve. Al fin se marcha dejándome solo.

Golpeo la pared varias veces hasta que noto cómo la sangre fluye entre mis dedos. Siento que me ahogo y salgo del castillo a pesar del frío que hace en plena noche, monto a mi caballo y galopo sin destino aparente, lo hago para escapar de todo lo que siento y que no sé descifrar. Me detengo en un claro, mi montura resopla, el aire frío nos envuelve, miro a mi alrededor, pero solo la luz de la luna me permite vislumbrar lo que me rodea. Me tenso cuando me parece ver varias sombras tras los árboles que tengo a mi derecha, intento disimular para estar seguro y actuar en consecuencia. Maldigo para mí mismo cuando me doy cuenta por los colores de su *plaid* que son Cameron.

Son cuatro y no tienen muy buenas intenciones si entran en tierras Campbell al amparo de la noche. Me superan en número, sin embargo, no pienso huir para dar la voz de alarma, rezo para que no haya más y esto sea un ataque.

—Salid de vuestro escondite, ratas —ladro, desenvainando mi espada, y lo hacen mientras

desmonto—. ¿Qué buscáis? —pregunto cuando me rodean con gesto despectivo.

—¿Qué hace el perro faldero de MacArthur de noche fuera del castillo? —pregunta el que parece el cabecilla—. ¿Acaso la ramera Cameron no calienta tu lecho?

Gruño ante el insulto tanto a mi *laird* como a Meadow. Pero me dejan claro que saben que está aquí e imagino han venido a buscarla, lo que no logro comprender es el motivo.

—Lo que haga no es de tu incumbencia —espeto entre dientes—. Volved por donde habéis venido, aquí no sois bien recibidos.

—Qué maleducado —se burla—. Nosotros te acogimos cuando acompañaste a esa zorra de Elaine hasta nuestro clan.

—Respeta a los muertos —le ordeno—. Vosotros no hicisteis nada, no os debemos nada, así que marchaos si no queréis acabar muertos.

El cabecilla pierde la sonrisa, y con un sutil gesto, ordena a los otros tres que ataquen. Cuando el primero llega hasta mí, estoy más que preparado, no tardo mucho en acabar con su miserable existencia, los otros dos no me dan tregua. Siento cómo una de las espadas abre mi carne en la pierna, siseo por el dolor lacerante y, aun así, no me dejo vencer.

—Malditos cobardes —grito al acabar con la vida de otro más—. ¿No sois capaces de atacar de uno en uno? Sois unos perros.

Recibo otra herida en el hombro que me enfurece lo suficiente como para dejar de jugar y acabar con el tercero con una simple estocada. Solo quedamos el líder y yo, frente a frente. Ahora parece furioso y horrorizado a partes iguales.

—¿Qué buscáis? —pregunto, intentando no tambalearme, me siento mareado—. Dime la verdad y puede que te dé una muerte rápida.

—A la perra Cameron —sisea, observando a sus compañeros, quienes bañan con su sangre la tierra de los Campbell—. Esa maldita se escapó cuando pensábamos que estaba demasiado golpeada como para hacerlo y se llevó a la niña.

—¿Qué os importa si no las queréis allí? —pregunto, preparándome para acabar con su vida en cuanto me diga todo lo que necesito saber.

—Su tío tiene intereses —se alza de hombros—. Es algo que no te concierne. Entréganosla —ordena.

—Dime cuáles son esos intereses y puede que lo haga —me burlo—. Puede que me beneficien…

—Quiere casarla con el segundo al mando —revela—. De ese modo, será alguien muy cercano al viejo *laird*.

—Tiene edad para ser su padre —exclamo con asco, ya que recuerdo muy bien a quién se refiere—. Dile a quien te ha enviado que Meadow y Mary Jo no van a salir de aquí.

—¿Y eso por qué? —pregunta furioso—. Ella no es nadie para ti…

—Esa niña es hija mía y no pienso permitir que nadie se la lleve lejos de mí —miento con convicción—. ¿Queréis una guerra con los Campbell y los MacArthur?

—Quédate a la mocosa —sisea—. Solo me habían ordenado llevármela para conseguir que esa perra obedeciera, pero no nos hace falta esa bastarda.

—Voy a dejarte vivir para que le des un mensaje a quien te ha enviado —escupo cansado de este juego—. No van a salir de aquí, ambas están bajo la protección del *laird* Campbell, conde de Argyll. Creo que sabes lo que significaría que lo contrariarais, vuelve a tu clan y no regreses.

—Si os interponéis en nuestro camino, sois hombres muertos —sisea dispuesto a marcharse—. Volveré, y la próxima vez no lo haré con tres principiantes. Todo el ejército Cameron caerá sobre vosotros.

—Adelante —me carcajeo—. Veremos cómo acabáis cuando los dos clanes más poderosos de estos lares os masacren. Lárgate —le ordeno de nuevo.

Se marcha corriendo, perdiéndose entre las sombras de la noche. Miro los cuerpos que yacen en el suelo sin remordimiento alguno antes de subir a mi caballo como puedo y dirigirme hacia el castillo. Cuando ya soy capaz de vislumbrarlo, mi visión se torna borrosa y temo no ser capaz de llegar para advertir a Duncan de lo que ha sucedido.

—Maldición —balbuceo—. Tengo que llegar…

Una vez en el patio, caigo del caballo, y no estoy seguro de si voy a ser capaz de levantarme del suelo.

—¿Alasdair? —escucho una voz…—. ¿Estás bien?

Meadow… ¿Qué demonios hace fuera en plena noche?

Se arrodilla a mi lado y me da la vuelta para quedar frente a frente, me mira ceñuda intentando comprender por qué estoy tirado en el suelo. Cuando se da cuenta de que estoy herido, jadea y posa sus manos sobre el desgarro de mi muslo, muy cerca de mi entrepierna, quien parece feliz, no puedo creer que reaccione en un momento como este.

—Eres un cerdo —amonesta, mirándome furiosa, ya no queda nada de la preocupación de hace unos instantes—. Incluso desangrándote, sigues pensando con la entrepierna.

—No es algo que pueda evitar, maldita harpía —siseo—. Ayúdame a levantarme.

Lo hace sin protestar, algo nuevo en ella con respecto a mí, supongo que verme herido la ha conmovido de algún modo. Logro entrar al castillo cojeando, dejando un reguero de sangre a mi paso, necesito cerrar las heridas lo antes posible.

—Llévame a mi alcoba —le pido—. Tenemos que subir las escaleras y girar a la izquierda.

Hace lo que le pido en silencio, sé que le cuesta soportar mi peso, ya que, en comparación, soy un gigante a su lado, aun así, no me suelta ni me deja caer en ningún momento.

CAPÍTULO IV



Meadow

El hambre y la rabia no me dejan dormir.Mary Jo lo hace como una bendita en el centro del lecho, mientras que miro por la ventana hacia el lejano horizonte la luna llena iluminando el patio. Me pierdo en mis pensamientos hasta que veo llegar a alguien a caballo. Me tenso, no son horas para que nadie salga a cabalgar, y grito al verlo caer al suelo, reconocería esa figura en cualquier parte.

—Alasdair —exclamo. Salgo corriendo de la alcoba, sin importarme el frío, hacia la noche invernal.

Pronto me doy cuenta de que no está borracho, sino herido y, a pesar de que la reacción de su cuerpo a mi toque me enfurece, una pequeña parte de mí se siente orgullosa por ese hecho. Le ayudo a llegar a su alcoba, está perdiendo demasiada sangre y me preocupa que muera antes de que alguien consiga ayudarle.

—Debería ir a buscar a la curandera —le digo una vez está en el lecho—. Tienen que coserte esas heridas.

—No hay tiempo —gruñe—. Antes de que esa vieja llegue al castillo, habré muerto desangrado. Tienes que hacerlo tú.

—¿Yo? —exclamo horrorizada—. No sé hacerlo…

—Pues tendrás que apañártelas —interrumpe, alzando la voz—. No me queda tiempo, Meadow.

Verlo tan indefenso remueve algo en mi interior, le he traído hasta aquí, sin importarme que

mi cuerpo todavía esté dolorido y él es un hombre grande, pero coserlo e infligirle dolor no va a ser fácil para mí.

—Podemos hacerlo más rápido —interrumpe mis pensamientos, le miro para darme cuenta de que me tiende una daga—. Caliéntala en el fuego —ordena—. Deprisa —apremia al ver mi indecisión—. Maldita sea, Meadow, aunque me odies, al menos, sálvame la vida.

Reacciono y obedezco, una vez la daga está al rojo vivo, regreso a su lado esperando nuevas órdenes. Asiente y se aparta el *plaid* empapado en sangre para dejar a la vista el desgarro de su muslo, jadeo porque es enorme y debe dolerle horrores, y, aun así, no ha dicho nada.

—Ahora quémalo —pide con tranquilidad—. De ese modo, cerraremos la herida y dejará de sangrar.

—¿Te has vuelto loco? —pregunto espantada—. Va a doler.

—¿Crees que no he pasado por esto antes? —pregunta entre dientes—. Si salgo de esta, recuérdame que te enseñe mi cuerpo.

Con un gesto impaciente, señala la herida, mis manos tiemblan cuando acerco la daga hasta ella. No voy a ser capaz, y cuando estoy a punto de retirarme, su mano empuja las mías hasta que la hoja quema su piel, gruñe y se tensa hasta que su cuerpo tiembla. El olor a carne quemada me da ganas de vomitar, sin embargo, no alejo la daga hasta que me suelta. Al hacerlo, me doy cuenta de que la herida ha dejado de sangrar, a pesar de tener un aspecto horrible.

—Ahora el hombro —jadea pálido y sudoroso—. Venga, Meadow, deprisa.

Corro de nuevo hacia el fuego para volver a calentar la daga y regreso tras unos minutos que me han parecido una eternidad, tiene los ojos cerrados, pero al escucharme llegar, los abre, puedo ver en ellos el dolor que se niega a gritar en voz alta y siento muchísimo lo que está sufriendo.

—Hazlo —suplica avergonzado, odio verlo así, por lo que obedezco para acabar de una vez por todas su agonía.

De nuevo, gruñe y se tensa, por más que esta herida sea mucho más pequeña que la primera. Es por eso que no tardo tanto y aparto la daga para asegurarme de que esté cerrada. Escucho su suspiro y salgo corriendo de la alcoba para bajar a la cocina en busca de agua y paños para poder lavarlo y acabar de curarlo en condiciones. Frunzo el ceño al encontrarme a la pelirroja descarada llorando, al verme, se apresura a borrar todo rastro de debilidad.

—¿Qué? —pregunta con hostilidad.

—Necesito agua caliente y paños —le pido, ella no mueve un dedo para ayudarme, solo me indica dónde puedo conseguirlo.

—Espero que ese perro se desangre por cómo me ha tratado —sisea cuando estoy a punto de marcharme—. No soy su ramera para que me trate como a un perro después de vaciarse en mi interior.

No digo nada, solo siento ganas de vomitar lo que no he comido en días. No debería importarme las puterías del hombre que casi se desangra frente a mí, pero desgraciadamente lo hace. Al entrar de nuevo en la alcoba, mi visión sobre él ha vuelto a ser la misma que antes de encontrármelo malherido.

—Has tardado —refunfuña—. Limpia bien las heridas para que no se infecten.

—Haré lo que pueda —replico—. Aunque tu amante acaba de desearte una buena infección, imagino que ser tratada como una ramera no ha sido de su agrado.

—¿Qué has dicho? —pregunta mortalmente serio mientras mojo un paño y comienzo a lavar el hombro—. ¿Dónde os habéis encontrado?

—Pareces demasiado preocupado —me burlo—. Estaba en la cocina —respondo a su

pregunta—. Llorando —añado, mirándolo de reojo, y como suponía, no parece importarle.

—Nunca le he prometido nada —escupe incómodo—. Malditas mujeres, solo dais problemas.

—Tal vez si no sacaras a pasear eso que te cuelga entre las piernas con tanta asiduidad, no los tendrías —rebato ofendida.

—¿Qué sabes tú de lo que cuelga entre las piernas de un hombre? —cuestiona, mirándome con una intensidad que me pone de los nervios

—Te recuerdo que no hace mucho he sentido cómo se endurecía al poner mis manos en tu muslo para que no te desangraras como un cerdo —espeto—. He terminado con el hombro, te agradecería que controlaras a tu cuerpo, tengo que limpiarte el muslo…

—No prometo nada, harpía —gruñe, cruzándose de brazos—. Acaba de una vez, no te va a morder.

Suspiro intentando encontrar el valor, aparto el *plaid* e intento no mirar cierta parte, me concentro en mi tarea, en hacerla lo más rápido posible. El muslo de Alasdair se tensa dejándome claro que debe dolerle, sin embargo, no pronuncia ni un solo sonido que lo deje en evidencia.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, algo que debería haber hecho en cuanto lo encontré.

—Tú —escupe—. Sorprendí a cuatro Cameron dentro de las tierras de los Campbell. Venían a por ti.

—Dios mío —jadeo horrorizada—. Nunca pensé que me seguirían, no soy nada para ellos…

—Se te ha olvidado decirnos que tu tío está muy interesado en casarte con el segundo al mando —amonesta—. ¿Fue él quien te pegó?

—Mi tío lo permitió —respondo sin querer recordar el momento más terrorífico de mi vida—. Fue mi supuesto prometido quien lo hizo, según él, debía hacerme entrar en razón.

—Sabía que causarías problemas —acusa mientras recojo todo tras terminar de limpiarlo—. Si no hubiera salido del castillo, no los habría interceptado.

—Siento haber puesto en peligro a los Campbell —replico—. Mañana me iré como tenía previsto. No quieren a Mary Jo, me quieren a mí.

—¿Piensas que creerán que no estás entre estos muros? —cuestiona con ironía—. He arriesgado mi vida por ti, les he dejado claro que tienes el apoyo de Duncan, de nada servirá decirles que te has marchado.

—Pues les decís que me habéis echado —exclamo aterrada ante la idea de haberle puesto en peligro—. Después de todo, estás deseando hacerlo, solo que no tienes esa potestad.

—Ahora mismo solo siento deseos de estrangularte —replica—. Deberías habernos advertido.

—Lo sé —asiento, reconociéndolo al fin—. Solo intentaba olvidarlo, Alasdair.

Lo escucho gruñir mientras juego con mis manos con nerviosismo. El silencio se instala en la alcoba, solo roto de vez en cuando por el crepitar del fuego, me sonrojo cuando mi estómago ruge por el hambre que había olvidado que sentía ante el susto de encontrarme a Alasdair malherido.

—Puede que seas una dama —se burla—, pero tus tripas no parecen saberlo.

Ruedo los ojos al darme cuenta de que incluso en un momento como este es capaz de burlarse de mí. Me doy cuenta de que está a punto de quedarse dormido, imagino que la pérdida de sangre afecta hasta al guerrero más fornido; cuando lo hace, me aseguro de taparle para que no pase frío y salgo de la alcoba dispuesta a comer algo. Al pasar por la mía, me asomo y suspiro aliviada, Mary Jo sigue dormida, y me apresuro a llegar a la cocina que ahora está desierta y cojo un poco de pan y queso para acallar el hambre.

Vuelvo a mi lecho poco después consciente de que no podré conciliar el sueño sabiendo lo que ha sucedido por mi culpa. Alasdair podría haber muerto solo allí fuera, he puesto a los Campbell

en peligro, ya que si mi propia gente ha venido a buscarme es porque mi tío tiene mucho interés y motivos ocultos que desconozco.

Contemplo a mi pequeño ángel mientras duerme plácidamente ajena a toda la maldad que nos rodea, acaricio su suave mejilla sintiendo un nudo en la garganta al comprender que a tan temprana edad lo ha perdido todo; su padre, su madre y ahora, si yo me marcho, quedará rodeada de gente a la que no conoce. De nuevo, me encuentro en una encrucijada de la que no sé como voy a escapar; haga lo que haga, alguien sufrirá por las consecuencias de mis actos.

—Si te dejo, estaré dejando parte de mi corazón contigo —susurro como si esperara una respuesta por su parte—. Y si me quedo, puede que condene a muerte a mucha gente inocente.

Las horas pasan lentas y el alba me encuentra sin haber cerrado los ojos, me siento agotada, sin embargo, Mary Jo despierta y debo ocuparme de ella. La lavo y cambio con la única muda que fui capaz de llevarme, aunque tampoco es que tuviera mucho más. Al salir de la habitación, estoy tentada a ir a la de Alasdair para asegurarme de que esté bien, pero me sorprende al verlo dirigirse hacia mí recorriendo el pasillo que nos separa, cojea y está más pálido de lo normal, e incluso así nadie diría que anoche fue atacado y llegó aquí medio muerto.

—¿Qué haces fuera de la cama? —le pregunto incrédula y molesta por su estupidez—. Deberías estar descansando, Alasdair.

—No tengo tiempo para eso —replica, observando de reojo a la niña—. Debía asegurarme de que no hacías ninguna tontería y hablar con Duncan, debo informarle de a qué nos enfrentamos.

—No debéis enfrentaros a nada —alzo el mentón—. La solución es sencilla; o me marcho, o regreso para cumplir con lo que se espera de mí, no pienso permitir que nadie muera por mi culpa.

—Lo que yo suponía —espeta, poniendo los ojos en blanco, y pasa de largo dejándome con la boca abierta—. Si te atreves a salir del castillo y me haces seguirte, pienso dejarte el trasero rojo durante un mes.

Jadeo ante la amenaza que sé que es muy capaz de cumplir. Corro tras él con Mary Jo en mis brazos, la niña parece ajena a todo lo que la rodea, todavía debe acostumbrarse a los cambios que ha sufrido.

—¿Cómo te atreves, patán? —escupo furiosa—. No vas a ponerme una sola mano encima…

—Haré mucho más que eso, mujer —interrumpe, deteniéndose y consiguiendo que me choque con su gran espalda, gimo y lo rodeo para seguir mi camino lejos de él—. Mira por dónde vas o harás daño a la niña.

—Pues quítate de mi camino —exclamo, bajando las escaleras—. Maldito seas —farfullo ofuscada sin darme cuenta de que está tras de mí—. Debí dejarlo desangrándose…

—Qué negro corazón el tuyo, muchacha —se burla, poniéndose a mi lado—. No hagas nada —ordena—. Mantente quietecita.

Voy a decirle por dónde puede meterse sus órdenes, no soy uno de sus hombres, cuando aparece el *laird*, frunce el ceño al mirar a su amigo y me doy cuenta de que él sí ha sido capaz de ver que algo le ocurre.

—¿Qué demonios te ha pasado? —espeta—. ¿Por qué parece que te han pegado una paliza?

—Anoche tuvimos una visita muy interesante —responde con ironía—. Resulta que salí a cabalgar y…

—¿En mitad de la noche? —interrumpe como si hubiera perdido el juicio—. Alasdair —bufa como si estuviera riñendo a su propio hijo, contengo una carcajada, pero ambos hombres se dan cuenta, y el amonestado me lanza una mirada asesina, por su parte, el *laird* solo alza una de sus cejas—. Prosigue…

—Cuatro Cameron entraron en tierras Campbell —anuncia, cruzándose de brazos, no me pasa desapercibido el gesto de dolor por su hombro herido.

—¿Cómo se han atrevido? —brama furioso—. ¿Qué demonios buscaban?

—A mí —replico—. Imagino que mi tío les ordenó que lo hicieran…

—Aquí la damisela en apuros no tuvo a bien contarnos el motivo por el cual la habían molido a golpes —replica molesto—. Su tío quiere casarla con el segundo al mando, de ese modo, tendrá algún tipo de poder, imagino.

Duncan me observa molesto y no puedo evitar encogerme, Mary Jo parece sentir mi temor porque esconde su cabecita en mi cuello y se aferra a mí con fuerza. Sé que merezco sus miradas desaprobatorias, aun así, que dos hombres de su tamaño me observen de esa manera consigue intimidarme.

—¿Están muertos? —pregunta entre dientes, dirigiéndose a su amigo—. ¿Dónde te hirieron? ¿Y por qué demonios no se me informa cuando unos bastardos osan cruzar mis fronteras? —brama cada vez más furioso.

—Dejé uno para que le diera el mensaje a su *laird* —responde a la primera cuestión—. En el hombro y muslo, pero estoy bien, Meadow me curó las heridas. Respecto a informarte, no lo creí necesario…

—¿No lo creíste? —sisea—. No necesito que creas, sino que hagas lo que se espera de ti como segundo al mando, Alasdair.

—¿Qué ocurre aquí? —la voz de la señora del castillo interrumpe la discusión—. ¿Por qué parece que os vais a matar de un momento a otro? Tenéis a Meadow y a la niña asustadas —replica preocupada—. Duncan, basta.

—Tú y yo hablaremos después —dice reticente a dejarlo estar—. A solas…

—Como ordene, *laird* —gruñe Alasdair molesto—. ¿Desayunamos?

Cojea hasta la mesa, Gillian se da cuenta y con la mirada me pregunta qué ha sucedido, solo niego con la cabeza porque no me apetece contar de nuevo la situación en la que nos encontramos por mi culpa.

Una vez sentados en la mesa, me ocupo de alimentar a Mary Jo, que parece más relajada al estar cerca del hijo de Gillian, puede que solo sea un bebé, pero consigue calmarla, y ella a él. Como un poco, ya que los nervios no me lo permiten, percibo la mirada de los dos hombres de vez en cuando, y eso solo consigue que me sienta todavía más incómoda.

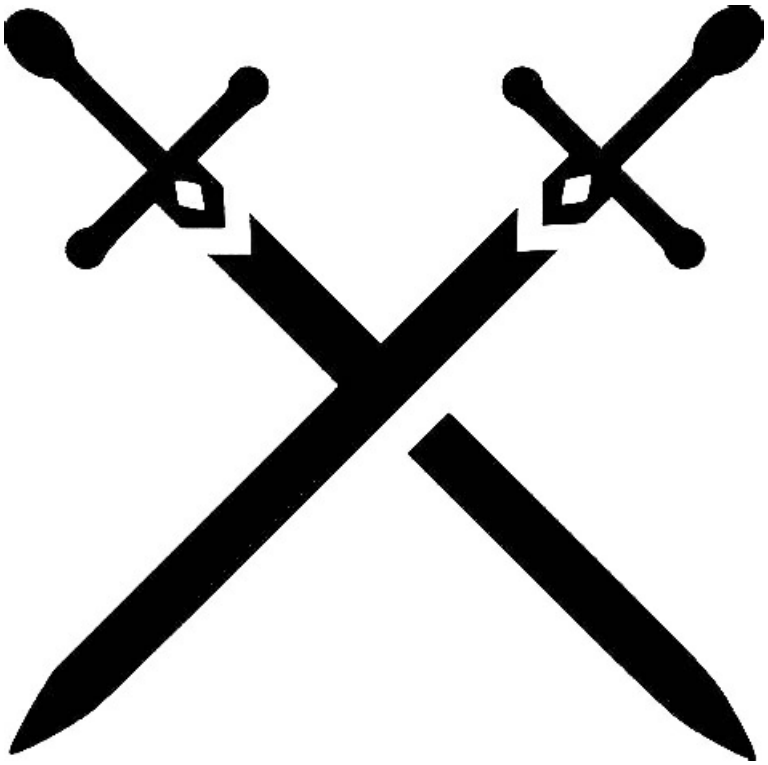
—¿Va a decirme alguien qué sucede? —pregunta Gillian—. La tensión se puede cortar con un cuchillo, Alasdair cojea…

—Anoche, mi segundo al mando se dio cuenta de que cuatro Cameron habían entrado en nuestras tierras en busca de Meadow —responde su esposo sin dejar de dar buena cuenta de su desayuno—. Así que ahora mismo estamos en una maldita encrucijada. Imagino que les dijiste que cuenta con mi protección, ¿me equivoco?

—Lo hice —asiente Alasdair—. No son tan estúpidos como para desafiar al conde de Argyll.

—Ya lo han hecho entrando a mis tierras para buscar y llevarse por la fuerza a una invitada en mi hogar —replica—. No contentos con eso, hieren a mi segundo al mando. ¿Qué hubiera pasado si fueran más? Habríamos encontrado tu cadáver, o tal vez no, Alasdair.

CAPÍTULO V



Alasdair

Ruedo los ojos ante su histeria, parece una mujer asustadiza en vez de mi *laird.*

—Creía que tenías más confianza en mí —escupo contrariado—. ¿Crees que no soy capaz de encargarme de cuatro bastardos?

—Por supuesto que puedes —exclama—. ¿Cómo de graves han sido las heridas? —pregunta, mirando a Meadow.

—La del muslo era horrenda —responde nerviosa—. La del hombro no tanto.

—¿Por qué le preguntas a ella? —inquiero—. Soy muy capaz de responderte. Me hirieron porque son unas ratas que atacan todos a la vez, no tienen honor.

—Lo hago porque ella me dirá la verdad —se alza de hombros—. Ella fue quien te curó, deberías estar agradecido.

—Estaría agradecido si no me hubieran atacado por su culpa —replico, y la veo tensarse ante mi ataque.

El golpe de una copa en la mesa nos llama la atención a todos. Gillian ha sido la responsable, me mira como si estuviera pensando en rebanarme el cuello, nadie puede negar que la esposa de mi mejor amigo tiene el espíritu de una guerrera.

—Ya me tienes harta —sisea—. Si vuelvo a escucharte decir que ella es responsable, si vuelvo a escuchar cómo la acusas por haber buscado refugio con los Campbell, pienso patearte las pelotas. Compórtate como un hombre y encárgate de que todo este problema no llegue a mayores —ordena, alzando la voz—. Pareces un niño, siempre refunfuñando.

—Ya has escuchado a mi esposa —se burla Duncan—. No lo habría podido decir mejor.

—No debéis discutir por mí —interrumpe Meadow—. Como le dije anoche a Alasdair, lo

mejor será que me vaya. Ellos no van a parar hasta encontrarme para obligarme a casarme con el hombre que han escogido para mí, tienen mucho en juego, algo que todavía no logro comprender.

—¿Irte a dónde, muchacha? —pregunta mi amigo—. Nunca me he dejado intimidar, si los Cameron me convierten en su enemigo, no solo se enfrentarán a los Campbell, sino a los MacArthur también.

—¿Quieren casarte en contra de tu voluntad? —pregunta Gillian espantada.

—Con un viejo —puntualizo irónico—. Eso deja claro la poca estima que le tienen.

—Creía que durante los meses que viviste con nosotras te había quedado claro que mi propia gente me había dado la espalda —escupe con inquina.

—Pues encontraremos un esposo para ti —interrumpe la señora del castillo, todos la miramos como si hubiera perdido el juicio—. Una vez casada, ellos no podrán decir nada y evitaremos entrar en guerra.

Observo cómo Duncan parece pensárselo como si no fuera una idea descabellada. Meadow parece nerviosa, la única que sonríe como si hubiera encontrado la solución perfecta es Gillian.

—¿Os habéis vuelto locos? —pregunto incrédulo—. ¿En qué nos diferenciaría eso a los perros Cameron?

—He dicho que busquemos un esposo para ella —explica Gillian sin perder la sonrisa—. Será alguien de su elección, en el clan hay muchachos que tienen edad para casarse, estoy segura de que no le faltarán pretendientes —aplaude emocionada—. ¿Qué te parece, Meadow?

Mis ojos se dirigen a la aludida, que parece sentirse acorralada, Mary Jo toca su mejilla consiguiendo que sonría, su mirada se ilumina, y cuando dirige su atención a la esposa de mi amigo, temo que no me va a gustar su respuesta.

—¿Podré quedarme con Mary Jo? —pregunta—. Sé que le prometí a Elaine que la traería con vosotros, pero creo que estaría mejor conmigo, y después de todo, no incumplo por completo su demanda.

—No creo que a tu futuro esposo le agrade cargar con la hija de otros —espeto—. ¿En qué demonios piensas al no negarte en rotundo a esta locura?

—En que es una solución para que nadie muera por mi causa, un escape para no tener que casarme con un maldito anciano, una luz de esperanza que me permita cuidar de Mary Jo —enumera con fervor—. No todos podemos ir por la vida siendo tan egoístas como para pensar solo en nosotros mismos y nuestros placeres.

—Sea —interviene Duncan—. Gillian, ayuda a Meadow a conocer a los hombres del clan, ¿eres consciente de que no tenemos mucho tiempo? —pregunta a la muchacha.

—Lo sé —asiente—. Solo pido que se me permita quedarme con Mary Jo.

—Tranquila —dice Gillian—. Nos encargaremos de dejar claro que la niña te pertenece. El hombre que desee desposarte debe hacerse cargo de las dos.

—Gracias —susurra emocionada.

Me levanto tan bruscamente que tiro al suelo mi asiento, todos me observan, Duncan sin intimidarse ante mi estallido, Gillian expectante y Meadow interrogativa. Salgo de la sala sin decir una palabra, ya que caerán en saco roto, ellos ya han decidido que esa locura se lleve a cabo, pero no me pueden pedir que participe en ello.

—¡Alasdair! —el bramido de Duncan me detiene en medio del patio, me giro para verlo acercarse a mí—. Tenemos que hablar —ordena al pasar por mi lado, le sigo hasta los establos ceñudo.

—¿Qué sucede ahora? —pregunto harto de esta maldita situación—. Tengo cosas que hacer,

Duncan.

—No deberías siquiera levantarte de la cama —amonesta—. ¿Qué es lo que tanto te molesta de la idea que ha tenido mi esposa? —cuestiona, cruzándose de brazos—. Creía que querías perder de vista a la muchacha, y si se casa, ya no vivirá en el castillo.

—Seguirá en el clan —farfullo—. No somos mejores que los Cameron si la obligamos a un matrimonio que no desea.

—No se ha negado —rebate, alzándose de hombros—. Tiene edad para casarse, de ese modo, podrá criar a Mary Jo como su hija. Es una solución perfecta, amigo mío, y el único que no parece verlo eres tú, me pregunto por qué.

—¿Perfecta? —alzo la voz incrédulo ante lo que escucho—. ¿Edad adecuada? Es una niña…

—No lo es —replica—. Solo tiene un par de años menos que Gillian, además, la muchacha ha pasado por tanto que parece haber vivido mil años. Detrás de esa apariencia frágil, estoy seguro de que se esconde toda una guerrera.

—Haced lo que queráis, pero no contéis conmigo —le digo, sabiendo que no hay nada más que pueda objetar para hacerle cambiar de opinión. Me dispongo a salir del establo cuando sus palabras me detienen

—Si tanto te molesta, siempre puedes presentarte a candidato —exclama.

—¿Desde cuándo he dicho yo que quiera casarme, y mucho menos con Meadow? —pregunto volviéndome—. Puede que tú estés encantado con las mieles del matrimonio, mas yo no pienso pasar por eso.

—¿Cuándo vas a dejar de fingir que no la soportas y te es indiferente? —vuelve a la carga.

—Vete al infierno —escupo frustrado para salir como alma que lleva el diablo.

Durante toda la mañana, me concentro en mis tareas, me encargo del entrenamiento, aunque no pueda hacer movimientos bruscos, la herida de la pierna me duele horrores y la del hombro estira con cada pequeño gesto que hago, un recordatorio constante de lo sucedido anoche.

Al terminar, los muchachos más jóvenes están exhaustos, puede que me haya excedido en mi intento de olvidar las palabras de Duncan. Mientras los veo marchar, no soy consciente de que alguien se acerca hasta que escucho su voz tras mi espalda.

—No deberías pagar con ellos tu malhumor, amigo. —Me giro para ver a Blaine con su acostumbrado semblante cruzado de brazos.

—Maldición —exclamo sonriente—. ¿Qué demonios haces aquí? —pregunto, acercándome hasta él para saludarlo.

—Anoche unos Cameron fueron tan imbéciles como para pasar por tierras MacArthur —dice —. Aunque imagino que eso ya lo sabes y por eso estás herido.

—¿Ya has hablado con Duncan? —pregunto ceñudo—. No me he enterado de tu llegada.

—Estabas demasiado ocupado intentando alejar tus demonios dándoles una paliza a esos muchachos —bromea—. No he hablado con nadie, Alasdair. Hemos crecido juntos, aprendimos a manejar una espada juntos, ¿crees que no soy capaz de darme cuenta de cuándo estás herido? ¿Qué pasó?

—Has venido por orden de tu *laird*, supongo —replico, comenzando a andar hasta el establo donde tengo un cubo con agua para poder lavar la mugre acumulada.

—Por supuesto que MacArthur quería saber si ocurría algo en el clan de su hijo —bufa—. Pero podría haber enviado a cualquiera, le pedí venir yo personalmente.

—Ha pasado más de un año, Blaine —acuso—. Cuando regresé del clan Cameron, habías vuelto a marcharte, y hasta hoy.

—Mi lugar está allí, Alasdair —rebate—. El tuyo aquí, fue tu elección. Ahora dime de una

maldita vez por qué tenemos a los Cameron por nuestras tierras —exige.

—Se podría decir que por culpa de Meadow —respondo al fin mientras mojo mi cabello.

—¿Y quién demonios es? —pregunta, perdiendo la poca paciencia de la que dispone.

—La prima de Elaine —explico—. Vino hace dos días para traer a Mary Jo, antes de que lo preguntes, es la hija de la exprometida de Duncan.

—¿Y dónde está ahora ella? —interroga con el ceño fruncido—. Siempre causando problemas.

—No creo que cause más —rebato con ironía—. Está muerta.

—Maldición —exclama—. Imagino que le dijo a su prima que trajera a la niña aquí y los Cameron la han seguido, ¿me equivoco?

—Un poco —me alzo de hombros—. Elaine se lo pidió porque sabía que no tendría una vida tranquila con esa gente. Meadow huyó después de haber sido molida a golpes por negarse a casarse con un anciano por orden de su tío, uno que la había repudiado por acoger a su prima, y que ahora, por sus intereses, recuerda que son familia.

—Vamos al castillo —dice mi amigo—. Necesito hablar con Duncan.

Recorremos el corto trayecto y, al entrar al salón, encontramos al matrimonio Campbell sentado en la mesa. Gillian parece anotar algo concienzudamente, mientras que su esposo mira a su alrededor buscando una forma de escapar, no puedo evitar carcajearme cuando se levanta con demasiado entusiasmo al vernos llegar.

—¡Blaine! —exclama emocionado—. Bienvenido, amigo mío.

—Duncan —devuelve el saludo más comedido—. Imagino que sabes por qué estoy aquí.

—Mi padre te ha enviado. —Asiente—. Esperaba que el viejo mandara a alguien para comprobar qué demonios está pasando. ¿Alasdair te ha puesto al día? —pregunta mientras le ofrece asiento.

—Bienvenido, Blaine —saluda Gillian con cariño—. Ha pasado un tiempo desde que te vimos por última vez.

—*Lady* Gillian… —devuelve el saludo una vez sentado.

—Por amor de Dios —exclama la mujer—. Sabes que no me gusta tanto formalismo entre los que considero familia.

—¿Dónde está vuestra invitada? —pregunto al darme cuenta de que no la veo por ningún lado.

—La he animado a que dé un paseo con Mary Jo —responde Gillian—. Es una buena opción para que conozca a gente y puede ver a algún hombre que le llame la atención.

—¿Perdón? —pregunto incrédulo—. Creo que tenemos asuntos mucho más importantes que resolver.

—Ella no puede luchar, Alasdair —rebate, perdiendo la sonrisa—. Pero puede acabar con todo esto casándose para que su familia ya no tenga potestad sobre ella y evitar una masacre que involucrara a tres clanes. ¿No creerás que mi suegro no va a respaldarnos?

Escucho cómo Blaine silba a mi lado, cuando le miro con malas pulgas, él solo se encoge de hombros. Ahora comprendo que estaba haciendo una maldita lista de posibles pretendientes para Meadow.

—¿Y puede saberse quiénes son los afortunados? —pregunto con sorna—. O los desgraciados, según se mire —me carcajeo.

Ahora es el turno de Gillian para lanzarme una mirada acerada, dejándome muy claro que no le ha hecho ninguna gracia mi comentario. Me dejo caer en el asiento más cercano mientras me cruzo de brazos en una pose relajada, aunque disto mucho de estarlo.

—Creo que es algo que no te incumbe —replica con tono gélido—. A no ser que quieras que

tu nombre figure en la lista —sonríe maliciosa.

—Todavía no he perdido el juicio, bella dama —replico sin perder la sonrisa.

—Entonces mantente al margen —ordena, señalándome con el dedo—. Y deja a Meadow en paz.

Alzo las manos en señal de rendición, puedo sentir la mirada de Blaine, sin embargo, continúo en mi papel de hombre insolente que acostumbro a utilizar cuando me siento amenazado.

Y odio reconocer que una muchacha que no me llega ni a la barbilla y de apariencia frágil llega a hacerme sentir cosas que nunca antes había sentido, ni siquiera por Elaine. Una vez aposté todo por alguien que no merecía la pena, ya que me desechó como a un perro, no volveré a cometer el mismo error dos veces, ni pienso dejar que me utilicen por un propósito descabellado.

—Si se me permite dar mi opinión… —comienza a decir Blaine—, no es una idea descabellada que la muchacha se case, aunque no creo que eso disuada a los Cameron.

—¡Menos mal! —exclamo—. Alguien que piensa como yo. Gracias, amigo mío. Necesitábamos la voz de la cordura en esta situación.

—Puede que no —reconoce Duncan, acariciando su barbilla pensativo—. Pero de esa manera ya no tendrán poder sobre ella; si atacan, nosotros descargaremos toda nuestra ira con justa razón y nadie podrá decir que fue culpa nuestra.

—La culpa no sería nuestra de ninguna de las maneras —escupo—. Nos han metido en una guerra que no es nuestra, maldita sea.

CAPÍTULO VI



Meadow

Las palabras de Alasdair me golpean con fuerza, tanto que me tambaleo en la puerta del salón. Acabo de llegar de un pequeño paseo en el que he disfrutado de la hospitalidad de la gente, para encontrarme de golpe en mi oscura realidad gracias a él.

—Es mía —exclamo, consiguiendo que todos se giren—. ¿No te cansas de repetir lo mismo, Alasdair?

—Muchacha insolente —farfulla, mirándome ceñudo, algo que ya se ha vuelto costumbre en él—. Es bueno que lo reconozcas.

—Nunca lo he negado —me encojo de hombros—. Por ello me presto a la única solución que hemos encontrado.

Me doy cuenta de que al lado del malhumorado pelinegro se encuentra un hombretón incluso más grande que él, me pregunto quién será. Le miro fijamente, ya que, a pesar de su apariencia tosca, algo muy en el fondo de mí me dice que es un buen hombre. Un carraspeo llama mi atención, Alasdair me mira molesto, imagino que no le ha gustado que me haya quedado absorta observando al que supongo es su amigo, es de mala educación, por ello me sonrojo.

—Meadow, querida —dice Gillian—. Te presento a Blaine, buen amigo de mi esposo y Alasdair, y segundo al mando del clan MacArthur.

—Encantada —balbuceo—. Lamento… —comienzo a disculparme hasta que me interrumpe con un gesto de su gran mano.

—No te preocupes, Meadow. —Su voz es fuerte, potente, acorde a su aspecto—. No me he sentido ofendido, no todos los días me observa una bella dama.

—Por amor de Dios —exclama Alasdair—. Si estas son tus artes de seducción, ahora comprendo por qué tienes tan poco éxito con las mujeres.

Jadeo ante el insulto que acaba de dirigirle al que se supone es uno de sus mejores amigos. ¿Cómo puede burlarse de ese modo de él?

—Que no me encame con cuanta furcia se me atraviese en mi camino —replica con tranquilidad—, no significa que no tenga éxito, amigo.

No oculto la sonrisa que me produce su contestación, más porque justo la pelirroja amante de Alasdair lo ha escuchado mientras limpia, y me ha parecido muy graciosa la mirada asesina que le ha lanzado a Blaine, sin que este sepa que justo en esta estancia se encuentra una de las rameras de su amigo.

—¿Te hace gracia? —pregunta de malhumor—. Parece que mi amigo ha causado gran impresión en ti.

—Lo cierto es que sí —asiento sonriente—. Todo aquel que no concuerde con tu maldito estilo de vida será de mi agrado.

—Mojigata insolente —gruñe entre dientes—. Veremos qué dice tu marido al estar casado con un témpano de hielo.

—¿Y cómo sabes que es un témpano? —pregunta Gillian, entrecerrando los ojos.

Siento unas ganas enormes de golpearle, sus palabras me han puesto en un compromiso. Es algo que he intentado olvidar y que ahora, delante de todos, con su estúpido comentario, me deja en evidencia, es algo demasiado rastrero incluso para él.

—Un insulto más hacia mí —interfiero con nerviosismo—. Lo que Alasdair no sabe es que con el hombre correcto no tengo porque ser fría, ¿me equivoco?

La risa apenas contenida del *laird* y Blaine enfurece a su amigo, finalmente ambos estallan en carcajadas, los sigue Gillian, quien asiente complacida ante mi respuesta, imagino que me da la razón, quién mejor que ella que está casada para saber de lo que hablo.

—No me retes —sisea, lanzándome puñales con los ojos, está tenso y furioso, y lejos de asustarme, me complace ser capaz de hacerle reaccionar de esa manera.

—Ni se me ocurriría —sonrío con inocencia—. Gillian, ¿has preparado la lista que te pedí? —pregunto, ignorándolo por completo.

—Por supuesto, querida —asiente—. Siéntate a mi lado, Duncan me ha ayudado recomendándome a sus mejores guerreros.

—No sabía que también hacías las funciones de casamentero, amigo —se burla Blaine—. Esto debe saberlo tu padre —continúa con la broma, consiguiendo que todos rían menos Alasdair.

—Cuéntale al viejo lo que desees —exclama sonriente—. Debo ir a hacerle una visita cuando las aguas se calmen.

No puedo evitar observarlos con cierta envidia ante su camaradería, son una familia, algo que siempre me ha faltado a mí. Puede que me dieran la espalda por completo cuando decidí que Elaine no debía pagar por los errores de sus padres, pero jamás fuimos unidos, mi madre sí se casó con quien se le impuso y vivió sumida en una tristeza e ira continua, ya que mi padre no era capaz de serle fiel porque nunca la amó.

—Duncan se ha vuelto todo un romántico —se burla Alasdair—. La bella Gillian es la causante de ello.

—Y estoy muy agradecido por eso, amigo mío —replica el aludido—. Espero estar ahí el día que caigas rendido ante una mujer.

—¡No blasfemes! —exclama horrorizado, Blaine se ríe entre dientes mirándome como si quisiera leer mi mente—. ¿Qué te he hecho para que me desees ese mal?

—Deja de hacer el imbécil —escupe Blaine—. Creía que a estas alturas ya habrías aprendido a tomarte las cosas en serio.

—Y tú deberías aprender a sonreír un poco —dice, lanzándome una mirada que no sé muy bien qué significa—. Dinos, Meadow, ¿cómo te gustan los hombres? ¿Toscos como aquí mi amigo? —señala al hombretón.

—Nunca lo he pensado —reconozco, alzándome de hombros—. Solo deseo que sea un hombre honesto, leal, con el que poder compartir una vida apacible.

Bufa y rueda los ojos, algo que hace con bastante frecuencia.

—¿Leal? —cuestiona—. ¿Apacible? Qué matrimonio más aburrido acabas de describir.

—¿Qué buscarías tú? —le pregunto molesta—. Aunque creo que lo puedo adivinar —escupo asqueada.

—Si lo que piensas es que lo más importante que yo buscaría en un supuesto matrimonio es la pasión, entonces no te equivocas —sonríe.

—Cómo no —exclamo—. ¿Y no buscarías que tu compañera te fuera leal, fiel? —pregunto interesada por saber su respuesta a algo que él no será capaz de dar.

—Más le vale —replica—. El hombre que se encame con mi esposa es hombre muerto.

—Pues ten cuidado —le digo risueña—. Puede que algún día te encuentres con un marido con tu misma forma de pensar y acabes muerto.

El tenso silencio solo es roto por la carcajada de Gillian, seguido de varias palmadas, dejando claro que le ha hecho gracia mi forma de responder a Alasdair, los hombres se mantienen al margen, aunque al mirarlos, compruebo que también sonríen abiertamente.

—Creo que has encontrado la horma de tu zapato, hermano —exclama Blaine, palmeando con fuerza la espalda del pelinegro—. Me encanta.

—No te dejes engañar —escupe—. Meadow no es valiente, lo que ves solo es un espejismo, ¿verdad?

Aprieto con fuerza los puños conteniendo la rabia que siento, siempre consigue hacerme sentir insignificante, pequeña. Algo con lo que he tenido que lidiar toda mi vida, soportando miradas de desprecio, comentarios despectivos.

No sé qué decir, por lo que decido hacer lo que siempre he hecho, darme la vuelta y marcharme mientras siento la mirada de los demás sobre mí. Le odio, detesto lo que me hace sentir, aunque peor es lo que me hace anhelar. No he dejado que respondiera la pregunta que le ha hecho Gillian por un motivo, y es porque me siento muy avergonzada de lo que ocurrió hace algo más de un año, la noche antes de que se fuera para no regresar, el día que dejó a Elaine y a su hija atrás sin remordimiento alguno.

***

Es noche cerrada y hace frío, pero necesito salir de mi casa o voy a volverme loca. Mary Jo no para de llorar y nadie nos quiere ayudar, he probado de todo y nada parece funcionar, temo que le suceda algo y que muera sin que pueda remediarlo.

Las lágrimas fluyen ahora que nadie me ve, no quiero dejarme abatir delante de Elaine, suficiente tiene con el temor que siente ante la posibilidad de perder a su hija.

—¿Qué haces aquí fuera? —la voz de Alasdair me sobresalta—. Vas a enfermar.

—Como si te importara —escupo, limpiando todo rastro de debilidad, ya que este hombre parece detestar cualquier muestra de sentimientos—. Solo necesitaba un poco de aire…

—¿Se ha calmado? —pregunta, posicionándose a mi lado, tanto que soy capaz de sentir el

calor que emana de su cuerpo como un bálsamo para el mío—. Debo partir mañana, no puedo demorarme más.

—¿Mañana? —cuestiono incrédula—. No puedes dejarlas —exclamo contrariada.

—No me grites —sisea—. No son mi responsabilidad. Mis órdenes fueron traer a Elaine con su familia, no es mi culpa que no la quieran aquí.

No puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Va a dejarlas desamparadas? Siento una rabia inmersa recorrer mi cuerpo, por lo que no mido las palabras que salen de mis labios.

—Eres un miserable bastardo —siseo—. Las dejas cuando más te necesitan.

—Cuida lo que dices, muchacha, o te cerraré la boca —amenaza furioso.

—¿Vas a golpearme? —pregunto con valentía—. Hazlo, pero no voy a callar lo que pienso.

—Podría hacerlo —replica—. No obstante, creo que puedo conseguirlo de maneras mucho más placenteras.

—¿A qué demonios te…? —nunca termino esa frase, sus labios se apoderan de los míos.

Me tenso durante unos instantes, cuando su lengua busca adentrarse en mi boca, comienzo a forcejear. Al soltarme, me tambaleo hacia atrás, porque mis piernas no me sostienen, me sonríe de esa forma suya tan sarcástica, con un brillo en sus ojos que no logro comprender.

—Eres un cerdo —escupo, limpiando mis labios con rabia—. ¿Cómo te atreves a hacer algo así con Elaine a unos pasos?

—¿Eso quiere decir que si tu prima hubiera estado más lejos me hubieras correspondido el beso, Meadow? —pregunta con sorna.

—¡Por supuesto que no, patán presuntuoso! —le grito presa de una rabia e impotencia que amenaza con consumirme aquí mismo—. No vuelvas a tocarme nunca más…

—¿A un témpano de hielo? —interrumpe—. No empieces a imaginar cosas, muchacha. Era besarte o darte una bofetada, no creas que ardía en deseos de hacerlo. ¿Por qué lo haría cuando hay mujeres dispuestas a lanzarse a mis brazos? Tú eres una niña que no sabría cómo empezar a complacerme —se burla con inquina, cada palabra es un puñal en mi pecho y no logro comprender el motivo.

—Espero no volver a verte en mi vida —siseo, intentando contener las lágrimas—. Miserable bastardo.

Salgo corriendo para alejarme de él todo lo que sea posible.

***

Encerrada en mi alcoba, limpio mis lágrimas, las que han fluido al recordar aquella noche, todavía hoy me niego a pensar en los motivos por los cuales me sentí herida, y después de eso, comencé a detestarlo con todas mis fuerzas, no solo por lo que me hizo a mí, sino porque abandonó a Elaine y a su hija, ahora sé que Mary Jo no es suya, pero por aquel entonces estaba convencida de lo contrario.

Unos suaves golpes en la puerta me traen de regreso al presente, con voz temblorosa, doy permiso a quien sea. Al abrirse, suspiro aliviada al comprobar que se trata de Gillian, quien me mira preocupada sin perder su acostumbrada sonrisa.

—Imaginaba que te encontraría así —dice con dulzura mientras cierra para darnos privacidad —. No te conozco, Meadow, sin embargo, veo la fuerza y el coraje en tu interior. ¿Por qué dejas que Alasdair te afecte? ¿Entiendes el motivo por el que lo hace? —pregunta, sentándose a mi lado.

—Porque lo odio —siseo avergonzada—. Representa todo lo que detesto en un hombre.

—¿Quién te hizo daño, muchacha? —cuestiona de nuevo—. Alasdair tiene muchos defectos, pero no es un mal hombre. Te aseguro que es capaz de ser leal con las personas que ama, daría su vida si fuera necesario.

—Permíteme que lo dude —escupo—. Fui testigo de cómo montó en su caballo y se alejó para siempre de Elaine.

—La historia de ellos es complicada —suspira—. Tu prima lo rechazó, no lo eligió porque no le podía dar lo que sí conseguiría con Duncan. ¿Comprendes?

—Puede que ella pecara de egoísta. —Asiento—. No lo amó lo suficiente, pesaba más su ambición. Sé como era y, aun así, sé que le dolió que se fuera, que la dejara sola.

—No me gusta hablar de los muertos y no voy a empezar ahora —dice con cuidado, como si estuviera intentando elegir muy bien sus próximas palabras—. Creo que ambas sabemos los errores que cometió Elaine, dejemos que descanse en paz.

—¿Por qué lo defiendes? —pregunto, intentando comprender—. Sé que no te gusta su modo de vida.

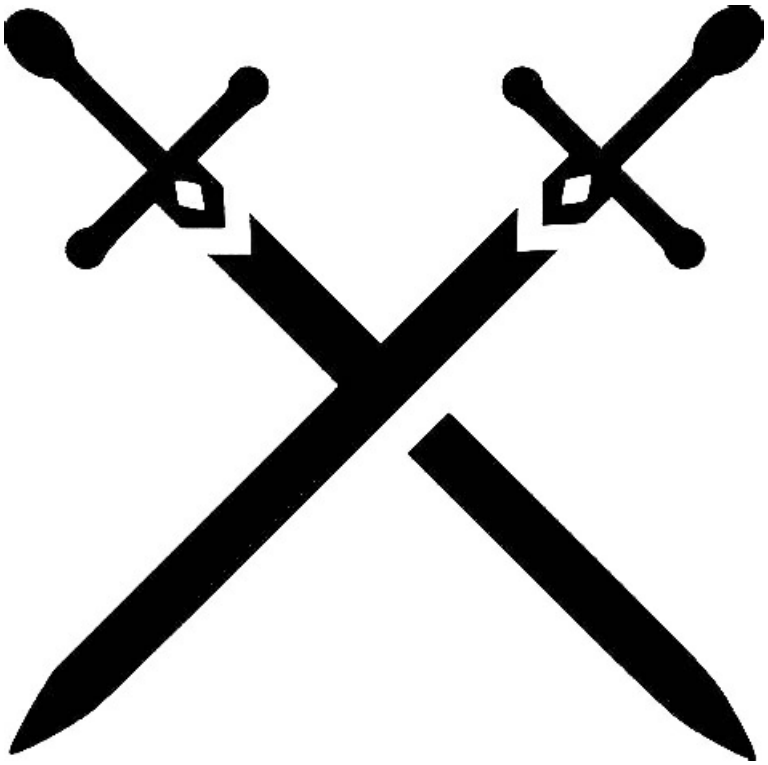
—No —niega, dándome la razón—. Lo detesto al igual que tú, y lo hacemos porque somos mujeres, para los hombres es de lo más normal, incluso es signo de orgullo que cada noche comparta lecho con una u otra mujer, sin embargo, a mí me parece degradante. Es difícil llegar a conocer a Alasdair, pero he estado mucho tiempo observándolo, creía que dejar a Elaine con los Cameron lo había marcado de alguna manera, y puede que en cierto punto lo haya hecho. Desde tu llegada, cada vez me convenzo más de que no fue ella la que dejó una huella en él, sino tú.

—¿Yo? —pregunto incrédula—. Qué disparate —farfullo enrojeciendo—. Me detesta, creía que había quedado bastante claro.

—Eso es lo que él lucha por conseguir —asiente—. Y lo que quiere que todos pensemos. He estado hablando con mi esposo, y él opina lo mismo, han crecido juntos, Meadow, lo conoce bien.

—No debe hacerlo, Gillian —niego—. Después de todo, nunca supo lo que ocurría entre su prometida y su mejor amigo.

CAPÍTULO VII



Alasdair

Aprieto con fuerza los dientes cuando la veo darse media vuelta y huir.

—Estás siendo un bastardo con ella —escupe Blaine—. ¿Ha sido así desde que la conociste?

No respondo perdido en mis pensamientos, escucho cómo mis amigos hablan, pero no soy capaz de entender lo que dicen. Sé muy bien que mi comportamiento con Meadow no es el indicado, sin embargo, ella representa de todo lo que huyo. Me doy cuenta de que Gillian se levanta tras lanzarme una mirada que deja claro el descontento que siente ahora mismo, imagino que va en busca de su nueva amiga.

Veo la lista en la cual estaba apuntando los posibles candidatos, la cojo y comienzo a leer. Frunzo el ceño al darme cuenta de que hay un total de ocho posibles esposos para la muchacha Cameron. Por supuesto, conozco a todos, ya que soy yo el encargado de intentar hacer de ellos buenos guerreros capaces de defendernos en caso de necesitarlo.

—¿No son de tu agrado? —pregunta Duncan con sorna—. Podrías añadir algún nombre si crees que se me ha olvidado alguno.

—Que te prestes a esta locura me sorprende —replico, alzando la vista para mirarlo—. ¿Alguien ha preguntado a estos muchachos si quieren ser cazados? —pregunto, dejando la nota sobre la mesa y cruzándome de brazos.

—Creo que en cuanto conozcan un poco a Meadow, estarán encantados —asiente—. Es más, acabarán peleándose por ella. ¿La has visto? Es una belleza, Alasdair.

—Que no te escuche tu esposa —replico—. No estoy ciego, amigo.

—¿Cuándo vas a anunciar el tema del matrimonio? —interfiere Blaine, lo miro extrañado ante su pregunta.

—¿Y por qué te interesa tanto? —cuestiono con recelo—. Acabas de llegar…

—Porque puede que me interese —se alza de hombros, ante mi mirada de espanto, sonríe—. ¿Por qué te sorprende? Debo casarme algún día —se encoge de hombros—. Soy realista y ninguna mujer en su sano juicio me elegiría por esposo, pero puede que Meadow contemple la posibilidad si le ofrezco mi protección.

—La niña va con ella, ¿sabías eso? —pregunto molesto.

—No tengo problema —asiente—. La criaré como si fuera mi propia hija.

—Recuerda quién es su madre, Blaine —gruño, sintiéndome acorralado porque no me quedan motivos para rebatirle.

—No me importa —espeta—. ¿Se puede saber que demonios te sucede? Estoy dando una solución rápida al problema. Me caso con Meadow y me la llevo con los MacArthur, les daré una buena vida y ambos lo sabéis.

—Estoy de acuerdo —dice Duncan—. Es más, sería un alivio que se casara con Blaine, al menos, estoy seguro de que lo hace con un buen hombre. Es el segundo al mando de mi padre, ser su esposa le daría ciertos privilegios.

—Habéis perdido el maldito juicio —exclamo—. No se conocen, no existe atracción entre ellos…

—Ya la has escuchado —interrumpe Duncan—. Para ella eso no es importante. Solo quiere un compañero leal, fiel y que le dé una vida tranquila. Conoces a nuestro amigo y sabes que la va a cuidar, jamás le pondrá la mano encima. Es mucho más de lo que podemos decir de los demás.

—¿Y cuando deban consumar su matrimonio? —insisto, mirando ahora a mi taciturno amigo, que parece que no está nervioso o dude de lo que está dispuesto a hacer.

—Amigo, yo no tendré problemas, te lo aseguro —replica—. Es hermosa.

—Es hermosa —farfullo, enfureciéndome por momentos—. Haz lo que quieras.

Me marcho, aunque escucho cómo Duncan me llama, mas ahora mismo me importa poco que sea mi *laird* y le deba obediencia. Subo las escaleras dispuesto a ir a mi alcoba y encerrarme allí durante horas, pero el llanto de una niña me lo impide, al pasar ante su alcoba, la escucho, no es estridente, apenas un murmullo, y no me siento capaz de marcharme. Entro despacio para no asustarla, al verme, guarda silencio como si temiera ser reprendida, me quedo inmóvil al darme cuenta de que los ojos con los que me observa temerosa son los mismos que los de su madre, la cual me observó de esa misma manera infinidad de veces cuando éramos unos críos.

—¿Por qué lloras, pequeña? —pregunto, intentando no atemorizarla—. ¿Echas de menos a mamá?

Asiente gimoteando, es apenas un bebé, maldita sea. Maldigo al destino que ha dejado a esta hermosa niña huérfana, sola en el mundo, y comprendo por qué Meadow no está dispuesta a separarse de ella.

—¿Quieres que te lleve con tu tía? —cuestiono, imaginando que así la debe tratar, aunque Elaine y ella eran primas. La niña parece no entender lo que digo—. ¿Meadow?

Asiente con fervor, por lo que me acerco hasta ella y la cojo en brazos temiendo hacerle daño. Es tan pequeña y yo tan grande que me siento un poco impotente al no estar seguro de cómo debería cogerla. Mary Jo parece saber lo que quiere porque se aferra a mi cuello, esconde su carita en él, y me muevo tras unos instantes en los cuales me quedo inmóvil, ya que no acostumbro a que nadie me muestre afecto, más que las mujeres cuando me encamo con ellas; esto es completamente distinto y aterrador.

Suspiro y salgo de la habitación sin apartarla, no quiero que vuelva a llorar o crea que está haciendo algo mal. Doy unos pocos pasos, los que separan ambas alcobas, y llamo a la puerta

esperando permiso; cuando lo recibo, abro para encontrar a Gillian hablando con Meadow, que se levanta deprisa para llegar a mi lado y arrebatarme a la niña.

—¿Qué le sucede? —pregunta acusatoriamente—. ¿Qué le has hecho? Espero que no hayas pagado con ella tu malhumor.

—Relájate —ordeno—. La niña estaba llorando y la he escuchado al pasar por la puerta para dirigirme a mi alcoba. Deberías cuidarla mejor —espeto, y sin darle tiempo para replicar, salgo de la alcoba dejando a las mujeres en ella.

Al llegar a la mía, cierro de un portazo furioso porque haya pensado lo peor de mí. Aunque no puedo culparla, no le he ofrecido nunca más que malas palabras, es lógico que crea que soy capaz de hacer llorar a una niña inocente, lo que no sabe es que me veo reflejado en Mary Jo. Quedé huérfano a temprana edad, pero como tenía la fuerza suficiente como para sostener una espada, el abuelo de Duncan comenzó mi adiestramiento y fue lo más parecido a un padre que pude tener, ambos crecimos con sus enseñanzas, después se unió Blaine, y juntos formamos un trío invencible. Sin embargo, cuando llegaba a la pequeña choza en la que había nacido, estaba solo. Recuerdo tener siete u ocho años cuando cada noche lloraba como un bebé porque echaba de menos a mi madre. Ella murió de unas fiebres, mi padre lo hizo poco después en batalla, al perderla, creo que no le importó que le rebanaran el cuello en la frontera. No le importé lo suficiente como para regresar a casa sano y salvo.

Así que cuando la gente me habla de amor, solo recuerdo lo egoísta que es ese sentimiento. Elaine también me dijo una vez que me amaba, no obstante, prefirió comprometerse con mi amigo, ya que él sí sería algún día el *laird* de su clan, sin saber que Gillian y los Campbell aparecerían en su camino alejándola por completo de él. Mi padre no me amó lo suficiente como para volver a mi lado, y no recuerdo nadie más a mi alrededor para quien haya sido una prioridad.

—Amor —escupo con asco—. ¿Quién lo necesita?

Me acuesto en mi lecho, mis manos tras mi nuca, y contemplo el techo pensativo. Durante un año, no he sido capaz de olvidar a la muchacha de cabello casi blanco, durante meses me he preguntado cómo estarían y si los Cameron se habían apiadado de ellas; no lo hicieron. Ahora Elaine está muerta y Meadow en el castillo demasiado cerca para mi cordura.

—Adelante —ladro tras los suaves golpes que escucho. Me sorprendo cuando la muchacha que utilicé la otra noche entra—. No te he mandado llamar —espeto molesto ante la intromisión.

—Me envía *lady* Gillian —responde sin temor ante mi tono—. Dijo que le gustaría darse un baño.

Frunzo el ceño, no comprendo por qué la esposa de Duncan piensa que quiero hacer algo semejante, mas no puedo negarme, ya que las criadas comienzan a llegar con todo lo necesario y, en pocos minutos, la tina está lista con agua humeante. Una a una salen, la pelirroja también se dispone a marcharse, pero la detengo.

—Quédate —le ordeno—. Cierra la puerta.

Obedece, y cuando se gira, lo hace con una sonrisa en sus labios y un brillo en sus ojos que promete hacerme olvidar por unas horas lo que tanto deseo. Comienzo a desnudarme y la muchacha me come con los ojos, se relame, haciendo que mi miembro despierte ansioso por conseguir alivio. Se acerca a mí con lentitud sin que su mirada abandone mi cuerpo, me doy cuenta de que le agrada lo que ve, por lo que no me tapo, no me oculto, porque no siento vergüenza alguna ante un cuerpo desnudo.

Parece que me lee la mente, por lo que se arrodilla delante de mí, y cuando su boca atrapa mi miembro y su lengua recorre toda mi longitud, gimo ante el placer que me atraviesa desde la

cabeza hasta los pies. Mi mano se pierde en su cabello para guiarla, cada vez necesito más, más rápido, más profundo. Mis gemidos son el único sonido que rompe el silencio que reina en la alcoba, siseo cuando siento que estoy muy cerca de alcanzar la liberación que tanto ansío, mi mirada se dirige hacia la mujer que me está proporcionando placer y gruño con rabia al imaginarme a cierta muchacha de cabello rubio a mis pies, cierro los ojos sin que esa imagen me abandone, consiguiendo que me corra con fuerza mientras muerdo mi lengua para no gritar el nombre de la persona que quiero olvidar.

—Márchate —escupo asqueado por lo que acaba de ocurrir.

—Pero… —se queja mientras se levanta del suelo.

—Ahora —interrumpo, deseando estar solo—. ¡Fuera! —bramo enfurecido ante su desobediencia.

Sale corriendo no sin antes lanzarme una mirada que me deja muy claro que no es una mujer con la que puedas enemistarte, es algo que me importa poco. Me meto en el agua, aunque todavía está demasiado caliente, y comienzo a frotar mi cuerpo como si así pudiera borrar lo sucedido.

«¿Por qué demonios no puedo sacarla de mi cabeza?», pienso frustrado. No importa con cuánta mujer me encame, ella siempre llega a mi mente en el peor momento, consiguiendo que mi éxtasis sea explosivo para después dejarme un mal gusto en la boca, sintiendo que lo que acabo de hacer está mal. ¿Desde cuándo he sentido remordimientos por buscar mi placer? ¿Por vivir mi vida a mi manera?

Salgo de la tina y me visto, peino mis rizos con las manos y abandono mi alcoba en busca de comida, me siento famélico y espero que un par de vasos de *whisky* templen mis ánimos. Recorro el pasillo sumido en el caos que es ahora mi cabeza, ni siquiera veo a Meadow hasta que ella choca contra mi pecho, jadeo ante el contacto y me alejo de inmediato.

—¿Qué demonios…? —espeto, cogiéndola por los hombros para que no caiga—. ¿Por qué no miras por dónde vas?

—Lo siento —se apresura a disculparse—. No esperaba encontrar a nadie…

La contemplo desde mi altura siendo consciente una vez más de lo menuda e indefensa que se ve. Su cabello ahora trenzado y con un vestido sencillo, me parece la muchacha más bella que he visto en mucho tiempo, puedo comprender por qué el viejo Cameron la quiere de vuelta.

—¿Cómo está la niña? —interrumpo su diatriba, ella parece sorprendida ante mi pregunta.

—Bien —responde—. La niñera se encarga de ambos. Me ha recomendado que si quiero que Mary Jo no se haga dependiente de mí, ella debe aprender a estar rodeada de más gente.

—Tiene sentido —asiento—. Es muy pequeña, cuando crezca, ni siquiera recordará todos los cambios que está viviendo, ni siquiera recordará a su madre.

—Le hablaré de Elaine siempre —rebate—. Mary sabrá quién fue la mujer que la trajo al mundo, no pienso permitir que mi prima caiga en el olvido.

—Encomiable —replico—. ¿Nunca has pensado en meterte en un convento? —pregunto con ironía.

Parpadea un par de veces como si esa idea nunca hubiera pasado por su cabeza, luego puedo ver que lo medita y me maldigo por ser tan bocazas. Las dudas brillan en sus ojos, se retuerce las manos en señal de nerviosismo.

—Lo cierto es que no —habla al fin en apenas un susurro—. Sería una solución a mis problemas, pero… —traga saliva y me mira—. No me dejarían llevarme a Mary Jo, ¿verdad?

—Por el amor de Dios —exclamo—. Solo era una maldita broma, Meadow. Tú no has nacido para pudrirte tras los muros de un convento.

—¿Y para qué he nacido? —pregunta agachando la mirada—. Allá donde voy causo

problemas, como tan bien insistes en recordarme.

—Basta —le ordeno—. Deja de martirizarte. No es tu culpa que ahora tus familiares, aquellos que siempre debieron darte amor, solo te quieran como un medio para un fin.

—No, no lo es —niega—. Pero sí haber venido aquí creyendo que no me seguirían, que no habría repercusiones. Ahora me veo obligada a elegir con prisas un marido, un hombre que compartirá mi vida y que no sé si hará de ella un infierno.

—¿No has hablado con Duncan? —pregunto extrañado.

—¿Con el *laird*? —cuestiona—. No, ¿debería? ¿Ha ocurrido algo?

—No —me apresuro a negar—. Nada que deba preocuparte. Solo quiero decirte que no hagas nada con prisa, piensa muy bien a quién escoges.

Los dos comenzamos a caminar hasta las escaleras, descendemos en silencio. Solo faltan dos escalones cuando Meadow tropieza, con rapidez impido que acabe en el suelo, la inercia hace que termine estampada contra mi pecho. Me cuesta respirar y el corazón me late muy deprisa, mis ojos buscan los suyos y me pierdo en ellos sin poder evitarlo.

—Gracias —susurra azorada mientras se aleja.

Solo asiento y continuamos el recorrido hasta el salón, en el que ya nos esperan Duncan, Gillian y Blaine. Me tenso recordando la maldita idea que se les ha metido en la cabeza, espero que haya recapacitado y no atosiguen a Meadow con el tema, porque sé que tomará una decisión que no será la correcta.

—Sois los últimos —amonesta Duncan—. Espero que no haya sido por estar molestándola.

—No ha hecho nada —se apresura a defenderme mientras se sienta al lado de Gillian—. Al menos esta vez.

—Gracias por aclararlo —replico, sentándome al lado de Blaine—. Mantén la boca cerrada —le ordeno entre dientes para que solo él pueda escucharme—. La muchacha tiene muchas dudas al respecto.

—¿Las tiene ella, o tú? —pregunta, mirándome fijamente—. Si no quieres que nadie se adelante, deberías ofrecerte tú primero.

—No digas tonterías —espeto demasiado alto, consiguiendo que los otros tres que ocupan la mesa me miren extrañados.

Comienzan a servir la comida, pido *whisky* y me lo bebo de inmediato en un intento de calmarme. Ya que pienso beber en abundancia, ordeno que me dejen la jarra y así puedo ir sirviéndome cuando me apetezca, si alguien lo ve raro, no dice nada; mejor así, no quiero explicar por qué siento la necesidad de embriagarme, sobre todo, porque ni yo mismo acabo de comprenderlo.

La comida transcurre sin más, todos hablan y yo solo escucho, al menos, lo intento. Al terminar, me siento bastante embriagado y todos esos sentimientos que amenazaban con hacerme estallar han desaparecido, sonrío aliviado.

—Meadow —dice Duncan una vez hemos acabado de comer—. Blaine quería proponerte algo.

Me tenso, miro a mi amigo en una muda advertencia que, aunque no pasa desapercibida, no es escuchada. Observa a la muchacha que lo mira expectante, Gillian sonríe, por lo que imagino que su esposo la ha puesto al día.

—Sé que apenas me conoces, Meadow —comienza a decir con su acostumbrada tranquilidad —. Como sabes, la solución más rápida es que dejes de estar atada a los Cameron, eso solo lo conseguirías mediante el matrimonio.

—Lo sé —susurra—. Y prometo decidirme pronto.

—¿Qué me dirías si te ofrezco mi protección? —interrumpe—. ¿Te casarías conmigo? Sé que mi aspecto no es el mejor, pero puedo asegurarte que a mi lado ni a ti ni a la niña os faltará de nada, y seré un fiel compañero si me aceptas.

En el salón solo se escucha el crepitar del fuego. Todos miramos a Meadow expectantes, a la espera de que de una respuesta a Blaine. Aparto la mirada y me remuevo en mi asiento incómodo, algo dentro de mí me dice que detenga este disparate. No pensaba que todo sucediera tan rápido, ni que fuera uno de mis mejores amigos el que se ofreciera para casarse con la muchacha en algo muy parecido a un sacrificio.

CAPÍTULO VIII



Meadow

No puedo creer lo que estoy escuchando.

Blaine me acaba de proponer matrimonio delante de todos, hace apenas unas horas que lo he visto por primera vez y, aun así, es capaz de sacrificarse por ambos clanes para conseguir que la paz que ha costado tanto siga existiendo.

No comprendo por qué miro a Alasdair, él ni siquiera me está mirando a mí. ¿Qué esperaba, que se erigiera como mi salvador? Mi amiga me mira esperanzada y el *laird* lo hace sin mostrar sentimiento alguno; imagino que si su amigo me ha hecho esta proposición, él ha dado el visto bueno.

—No sé que decir … —balbuceo—. Reconozco que no se me había pasado por la cabeza. No te conozco, aunque a los otros tampoco.

—Es un buen hombre, Meadow —interviene Gillian—. Duncan nunca hubiera permitido que te preguntara si no lo fuera.

—Lo sé —asiento convencida de ello—. Pero no quiero que nadie deba sacrificarse por mí.

—Créeme, no será un sacrificio —replica—. Eres hermosa, joven y buena persona, es más que suficiente para mí.

—¿Puedo pensarlo? —pregunto dudosa—. Al menos esta noche…

—No —exclama Alasdair, levantándose de su asiento, y lo miramos extrañados.

—¿Por qué no lo puedo pensar al menos unas horas? —pregunto frustrada—. No te metas en esto.

—Lo que quiero decir es que no te casarás con él —especifica, mirándome de una forma que

me da escalofríos.

—¿Y por qué no? —cuestiono mientras también me levanto de mi asiento—. No tienes voto en esto, Alasdair.

—No vas a casarte con Blaine porque lo vas a hacer conmigo. —Tras su afirmación, no puedo más que comenzar a reír a carcajadas, tan fuerte que mi estómago comienza a doler.

—¿Estás seguro de esto, Alasdair? —pregunta Duncan, consiguiendo que me calme de golpe —. Esto no es ningún juego.

—Sí —asiente convencido—. Yo me casaré con ella.

—Estás borracho —escupo con asco, con rabia—. Ve a dormir.

—No lo estoy —rebate con convicción.

—Entonces has perdido el juicio —replico—. O te tomas esto como un juego, no sé qué es lo peor, la verdad. —Vuelvo a sentarme, me siento derrotada.

—Necesitas un marido —se alza de hombros—. Pues aquí lo tienes.

—No me casaría con un putero como tú en la vida —siseo—. Antes prefiero pasar mis días en un convento.

El jadeo de Gillian me deja claro lo que piensa de mi idea, pero no me importa. ¿Cómo podría casarme con alguien que me recuerda tanto al hombre que me dio la vida? Estaría convirtiéndome en mi madre.

—La dama ha hablado —aplaude, tambaleándose, dejando claro su estado de embriaguez—. No digáis que no intenté ser noble —continúa mirando a sus amigos.

Se marcha, no sin antes hacerme una reverencia con una sonrisa burlona que me crispa los nervios al pasar por mi lado. Lo observo hasta que sale de la estancia y le pierdo de vista, hago un esfuerzo sobrehumano para no llorar por la humillación que siento ahora mismo.

—¿Por qué has hecho eso, muchacha? —pregunta Blaine, llamando mi atención—. Creíamos que nos costaría más hacerle reaccionar.

—No comprendo… —balbuceo—. Alasdair no era sincero, para él solo es un maldito juego —exclamo a la defensiva ante los rostros serios que me observan como si hubiera cometido un crimen.

—No lo conoces como nosotros —interrumpe Duncan—. Ni siquiera yo he llegado a hacerlo bien, pero Blaine es bueno leyendo a las personas, y se ha dado cuenta de que tú eres una amenaza para él. Por eso te ataca, es su manera de mantenerte lejos, y lo más importante, mantenerse alejado él mismo.

—Estáis equivocados —escupo incrédula—. O habéis perdido el juicio. Si esto es para que me dé prisa en escoger marido, lo hago —replico con nerviosismo—. Elijo a Blaine.

—¿Qué? —exclama Gillian, levantándose de su asiento—. Meadow, este no era el plan, no te precipites, por favor.

—¿Qué plan? —grito presa de los nervios—. Dios mío —jadeo porque me cuesta respirar—. Nunca debí venir aquí…

Mis manos tiemblan, mi respiración se torna trabajosa y mi vista es borrosa. ¿Qué me está pasando? Me asusto cuando me doy cuenta de que no soy capaz respirar, que la sensación de ahogo cada vez es más fuerte. Escucho cómo Gillian grita, siento alguien a mi lado, mas no consigo ver de quién se trata, al menos, hasta que siento sus manos, su calor sobre mis hombros.

—¿Qué demonios le habéis hecho? —el bramido de Alasdair consigue que reaccione—. Meadow, mírame —ordena con firmeza y con un deje de ternura que nunca había escuchado en él—. Pequeña, tienes que calmarte —apremia con algo muy parecido al miedo.

«¿Pequeña?», pienso sin poder creer lo que escucho. Sus manos acarician mis hombros, mis

brazos, llegan hasta mis manos y las coge entre las suyas como si quisiera infundirme calor, lo cierto es que tiemblo y no sé si es de frío.

—Deja de llorar —me pide—. Si todo esto es por lo que he dicho, lo retiro, Meadow.

Su propuesta, la confesión de los demás, y todo lo que ha sucedido en mi vida durante meses ha explotado en mi interior y amenaza con acabar conmigo. Grito aterrada ante el pensamiento de que me esté muriendo, lo hago hasta que todo se vuelve oscuridad.

***

—¿Así pretendes cuidar de ella? —es lo primero que escucho cuando vuelvo en mí, me cuesta abrir los ojos, por lo que los mantengo cerrados—. ¿Qué le habéis dicho? No volveré a preguntarlo.

La furia de Alasdair es palpable, exige saber qué ha sucedido para que yo me haya comportado como una estúpida, ahora que soy capaz de respirar, me doy cuenta de que he hecho el ridículo más absoluto.

—No hemos hecho nada, Alasdair —responde Duncan—. ¿Por qué no te preguntas el motivo por el que has reaccionado así?

—No tengo tiempo para tus acertijos —escupe—. Sea lo que sea que hayáis hecho, dejadlo estar, lo digo en serio.

—Basta —susurro—. Ellos no han hecho nada.

—Meadow —exclama Gillian, llega a mi lado y abro los ojos en el momento que su mano aparta el cabello de mi rostro—. ¿Cómo estás, querida?

—Bien —respondo, intentando incorporarme—. Estoy en mi alcoba…

—Alasdair te ha traído cuando te has desmayado —explica—. Nos has dado un susto de muerte.

—Lo siento —le digo intentando sonreír—. No sé qué me ha pasado.

—Demasiadas emociones. —Giro mi rostro para encontrar a Blaine en la puerta—. Has sido fuerte durante demasiado tiempo y has colapsado. ¿Recuerdas lo que has dicho antes de que te diera el ataque?

Sé lo que quiere decir, asiento porque recuerdo absolutamente todo, y no pienso ser el juguete de nadie, por lo que mi destino pienso decidirlo yo, no ellos. Lo miro y creo que comprende de inmediato lo que deseo decir sin palabras.

—Sea —afirma para después mirar a los demás presentes—. Meadow y yo nos casaremos en una semana, debo regresar con los MacArthur y ella lo hará como mi esposa.

Siento la mirada de Alasdair sobre mí, mas no alzo mis ojos para no encontrar los suyos y flaquear. No puedo permitirme soñar, no puedo permitir que él me haga daño, he soportado por años el desprecio de los demás, pero no podría soportar su deslealtad hacia mí.

—No tienes que tomar una decisión precipitada, Meadow —dice entre dientes—. No lo hagas por lo que digan los demás.

—No lo hago por eso —alzo al fin la mirada para enfrentar la suya—. Lo hago porque si debo elegir entre él y tú, elegiría mil veces a Blaine.

Si no fuera imposible, juraría que una sombra de dolor empaña su mirada por un pequeño instante. El jadeo horrorizado de Gillian no se hace esperar, la miro y ella niega con la cabeza dejando claro lo que piensa de mi exabrupto.

—Es tu elección —replica indiferente—. De ese modo, desaparecerás de mi vista.

—¡Alasdair! —ladra Duncan, que se había mantenido al margen.

Lanza una mirada airada a su amigo y sale de la alcoba como si nada. Contengo las lágrimas intentando convencerme de que he tomado la decisión correcta, debería ser sencillo tras lo que me acaba de decir, ha dejado muy claro que no quiere verme más de lo necesario, entonces, ¿por qué pedirme matrimonio?

—No ha querido decir eso —lo excusa Gillian en voz baja—. Le has herido y…

—Para herirlo debería tener sentimientos —interrumpo con frialdad—. Y es un bastardo sin corazón, por lo que no lo ha dicho por eso. Alasdair puede tener muchos defectos, pero es sincero, mi sola presencia le molesta, estará feliz cuando me marche con Blaine.

—No puedo con tanta estupidez —exclama Duncan—. Haz los arreglos, esposa. Ella ha decidido y no podemos obligarla a hacer algo en contra de su voluntad, no estaríamos siendo mejores que su familia.

—Yo no tengo familia —le recuerdo—. Nunca la tuve.

El *laird* se marcha tras mis palabras, Blaine lo sigue cerrando la puerta, dejándome a solas con la señora de los Campbell.

—¿Por qué? —pregunta—. Sientes algo por él…

—Repugnancia, odio… —enumero con rabia—. Eso es lo que siento.

—No es verdad —niega con dulzura—. Ambos estáis cegados por vuestros propios temores, por vuestro orgullo, y estás a punto de cometer el mayor error de tu vida.

—Lo estaría cometiendo si me uno a un hombre que no va a ser capaz de serme fiel —espeto —. Nunca sabré dónde duerme ni con quién. Y puede que un día me sorprenda criando a sus bastardos.

—¿Por qué das por hecho que no te sería fiel? —pregunta—. Deberías darle una oportunidad.

—No tengo necesidad —rebato—. Blaine es un buen hombre, Gillian.

—El mejor, posiblemente mejor que Alasdair —concuerda—. Incluso mejor que mi esposo, pero él no te hace arder, enfadar, replicar. En definitiva, no te hace sentir viva.

—No quiero que me haga sentir todo eso —digo ofuscada—. ¿De qué me sirve? Prefiero una vida apacible, tranquila.

—Siento mucho todo esto, Meadow —suspira rindiéndose—. No es lo que quería conseguir, ya que Blaine no es un hombre para ti, no naciste para tener una existencia tranquila, porque en ti existe un fuego dormido que solo el hombre adecuado sabrá despertar.

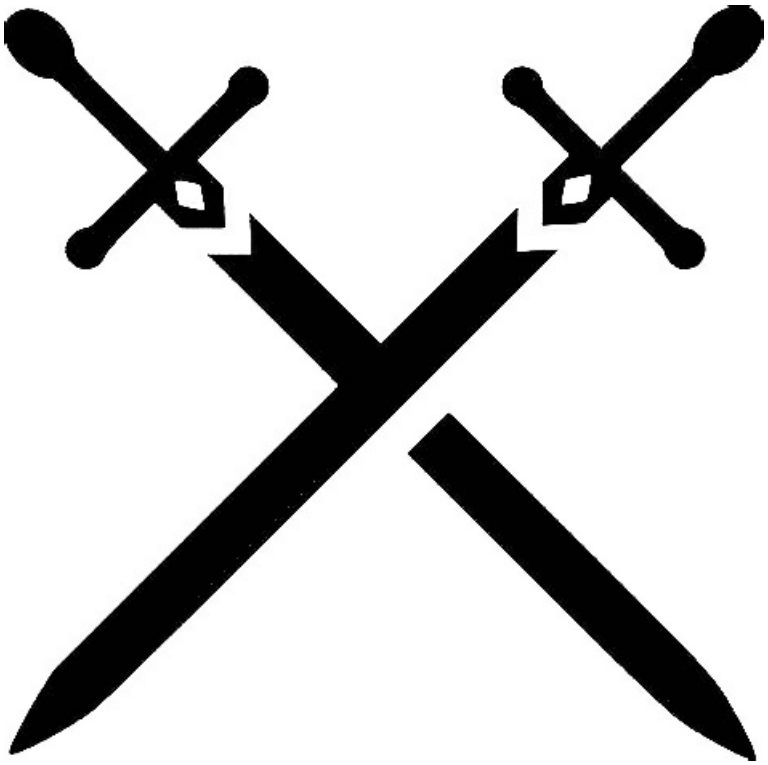
—El fuego quema, y yo no quiero quemarme —replico—. Dentro de una semana, seré la esposa de un MacArthur, dejaré de ser una Cameron si es que alguna vez lo fui.

—Todavía tienes tiempo para recapacitar —me aconseja mientras se levanta dispuesta a marcharse—. Descansa, me ocuparé de Mary Jo.

—No cambiaré de idea —le advierto cuando se dispone a salir—. No me casaré con Alasdair ni aunque me obliguéis. Es Blaine o un convento, no hay más opciones para mí.

Asiente en señal de que me ha escuchado y sale en silencio. Cierro los ojos intentando relajarme, olvidar lo que ha ocurrido y mentalizarme de que en una semana mi vida y la de la niña va a volver a cambiar. Nos marcharemos de aquí para emprender rumbo a nuestro nuevo hogar, y espero que sea la última vez.

CAPÍTULO IX



Alasdair

Ha elegido a Blaine…

Salgo del salón intentando no tambalearme, me detengo en el pasillo para tratar de calmarme, y cuando lo consigo, doy varios pasos sin saber dónde ir, pero escucho cómo Gillian grita algo. Corro para encontrar a una Meadow aterrada sin poder respirar, blanca como un cadáver y a punto de desfallecer.

Aparto a Gillian y cojo a la muchacha por los hombros para que solo me mire a mí, aunque lo hace, no estoy seguro de si es capaz de reconocerme, creo que por un breve instante lo hace, incluso consigue respirar, después cae en mis brazos inconsciente.

—¡Meadow! —grito con la esperanza de que reaccione.

—Hay que llevarla a su alcoba —apremia Gillian, y camino con rapidez hasta dejarla en su lecho.

—Llamad a la curandera —ordeno preso de los nervios, la embriaguez que sentía hace unos minutos ha desaparecido.

—No creo que sea necesario —rebate Gillian con aparente tranquilidad—. Solo ha sido un ataque de nervios, la muchacha ha pasado por mucho…

—Y vosotros no ayudáis —exclamo—. ¿Es necesario atosigarla de esa manera? Si los Cameron vuelven, los arrasaré —bramo encolerizado.

—¿Y tú me lo preguntas? —cuestiona—. Has sido tú el que le ha propuesto matrimonio, Alasdair.

—No vuelvas a gritar a mi esposa —la orden de mi amigo hace que me gire para verlo en la puerta—. Ella no es la culpable del estado de Meadow. Pregúntate a ti mismo y encontrarás las

respuestas que tanto ansías conseguir.

—¿Qué ha pasado? —pregunto—. ¿Qué le habéis dicho?

No obtengo respuestas, ya que Meadow vuelve en sí, y es ella quien me deja claro que ha tomado una decisión y que no piensa cambiarla. ¿Duele? Nunca lo reconoceré, al menos, en voz alta. Salgo de la alcoba y no me detengo hasta montar sobre mi caballo y alejarme del castillo, es lo que suelo hacer cuando quiero escaparme de todo lo que me abruma, cuando quiero alejarme de la gente, puede que los que no nos conozcan crean que solo es Blaine el que disfruta de la soledad, pero se equivocan.

El viento golpea en mi rostro, cabalgo sin rumbo fijo hasta llegar a la frontera de las tierras que separan la de los Campbell de la de los MacArthur. Me detengo y observo el horizonte, a lo lejos está el hogar donde crecí y el que dejé atrás por seguir a Duncan. Nunca había pensado en volver hasta ahora, ¿para qué hacerlo? No quiero ver cómo Meadow comete un error arrastrando a mi amigo en el proceso, Blaine lo hace porque es el mejor hombre que he conocido y tiene una maldita opinión de sí mismo que no le deja vivir en paz, cree que por su aspecto no merece una buena mujer que lo ame. Todos tenemos nuestros propios demonios que nos martirizan cada día, él tiene los suyos, yo los míos. Aun así, siempre he admirado su fortaleza y su modo de ver la vida, y ahora lo envidio, ¿me estoy volviendo loco? Nunca hemos peleado por ninguna mujer, jamás, y no quiero empezar ahora, sabía que Meadow pondría mi vida patas arriba si se lo permitía, y lo está consiguiendo.

¿Cómo se atreve a rechazarme? ¿A dar por sentado que no sería un buen esposo? En estos momentos la odio más que la deseo, porque sí, es hora de reconocerlo. Llevo mucho tiempo deseando ese menudo cuerpo, me lo he negado hasta la saciedad e intentado apagar ese fuego con otras mujeres, y al final siempre es ella la que veo conmigo.

—Maldita seas, Meadow —siseo con las tripas revueltas al imaginar que lo que tanto ansío obtener en una semana será de mi mejor amigo. Solo hay tres personas que admiro y respeto; al *laird* MacArthur, Blaine y Duncan, y nunca pensé que me vería envidiando algo que fuera de ellos hasta este día.

Debería regresar y, sin embargo, lo único que quiero es galopar en línea recta hasta llegar a mi antiguo hogar, pero ¿qué me queda allí? Nada. ¿Qué tengo aquí? Nada. La soledad hoy pesa más que nunca, la sensación de no ser suficiente amenaza con ahogarme, y todo es culpa de ella. He intentado alejarme, y, aun así, con unas pocas palabras ha conseguido que me sienta como un gusano, la odio por ello.

Frunzo el ceño al escuchar unos cascos de caballo y diviso cómo a lo lejos se acerca una montura, no reconozco quién es hasta que está tan cerca como para darme cuenta de que se trata del padre de Duncan, el mismo *laird* MacArthur en persona.

—¿Qué haces aquí, muchacho? —pregunta—. ¿Ha sucedido algo a mi hijo?

—Por supuesto que no —me apresuro a tranquilizarlo—. Si así fuera, no estaría parado aquí como un imbécil.

—Lo cierto es que un poco estúpido sí que pareces —concede ahora con una sonrisa serena en su rostro, tan parecido al de mi amigo—. ¿Entonces?

—¿Cómo has sabido que…? —pregunto sin comprender.

—¿Que estabas parado en el límite entre las tierras Campbell y la de los MacArthur? —cuestiona—. Desde anoche tengo vigías por todos lados controlando las fronteras, si otro Cameron osa chafar mis dominios, no le va a gustar las consecuencias. Estaba cerca con algunos de mis hombres y me han avisado que te encontrabas aquí plantado como un pasmarote.

—No creo que lo hagan —respondo sin estar seguro—. Me encargué de ello.

—No lo pongo en duda —asiente complacido—. ¿Vas a decirme de una maldita vez que te atormenta?

—Blaine va a casarse —suelto de golpe, y veo cómo la sorpresa cambia su rostro—. Se lo he pedido yo, y lo ha elegido a él.

—¿Qué demonios me he perdido? —frunce el ceño—. ¿Envío a mi segundo al mando para asegurarse de que todo esté en orden y se busca esposa? Explícate, muchacho.

—Sabes que hace un año llevé a Elaine con los Cameron —comienzo a explicar—. La dejé en cuanto dio a luz, debía regresar. Su prima Meadow cuidó de ambas, de la niña y de la madre, hasta que ha muerto.

—¿La prima? —interroga confusa—. Hijo, no entiendo nada.

—Elaine —especifico—. Y Meadow ha traído a la niña por expreso deseo de su madre. No quería que los Cameron la criaran. No solo eso, llegó toda golpeada por no acceder a casarse con el segundo al mando del *laird*, es por ello que la buscan.

—Comprendo —asiente—. ¿Y estás aquí como un perro apaleado porque Meadow te ha rechazado? —pregunta, intentando ocultar una sonrisa.

—Tu nuera ha tenido la brillante idea de casarla para que los Cameron nos dejen en paz —escupo—. Y tu hijo la apoya en esta locura. Así que Blaine, como buen caballero andante, se ha ofrecido voluntario, y yo…

—No has podido soportarlo —interrumpe—. El gran Alasdair cazado. Pensé que jamás vería este día. ¿Por qué te rindes antes de luchar? Nunca lo has hecho, ¿por qué ahora es distinto?

—No imagines cosas, viejo —escupo al sentirme acorralado por sus preguntas—. Solo quería evitar que Blaine cometiera un error.

—¿Cometiéndolo tú? —cuestiona ceñudo—. Vuelve a casa, chico, y compórtate como un hombre. Dile a Blaine que haga lo que deba y regrese lo antes posible. No quiero ausentarme ahora de mi puesto, díselo a mi hijo; cuando todo se calme, nos reuniremos.

Da media vuelta a su montura y se aleja a galope sin darme tiempo para responder. Lo observo hasta que lo pierdo de vista, después soy yo quien emprende el camino de regreso sin prisa alguna, ya que cuando llegue al castillo, deberé enfrentarme al hecho de que la vida de todos está a punto de cambiar de nuevo sin que pueda hacer nada por evitarlo.

Intento demorarme todo lo que puedo, por ello me dirijo al establo, guardo a mi caballo y comienzo a cepillar su pelaje negro, y así me encuentra Blaine, al principio ninguno de los dos dice una palabra, me siento observado por mi amigo y espero que sea él quien diga lo que tenga que decir.

—¿Qué vas a hacer, Alasdair? —pregunta al fin.

—¿A qué te refieres? —cuestiono, acariciando el lomo del animal.

—Nunca has sido estúpido —amonesta—. Sabes a qué me refiero. Te conozco, puede que hayas sido capaz de engañar a todos con tu embriaguez, pero hace falta mucho más para que el *whisky* te haga decir o hacer algo que tú no quieras.

—No digas estupideces, Blaine —replico con sarcasmo—. Solo me estaba divirtiendo, parece que no me conoces tan bien como crees.

—Lo hago —insiste—. Incluso mejor que tú mismo. Y veo cómo estás a punto de cometer el peor error de tu vida por orgullo, por soberbia.

—¿Me lo dices precisamente tú? —exclamo, girándome para verle la cara—. No soy yo quien le propone a una extraña matrimonio, Blaine.

—¿Prefieres que lo haga con alguien que no conocemos? —pregunta con parsimonia mientras se acerca hacia mí.

—¡Prefiero que no lo haga, maldita sea! —vocifero, después de mi exabrupto, solo reina el silencio y me doy cuenta de lo que he dicho—. ¿Por qué insistís en pedir algo de mí que no soy capaz de dar?

—Porque eres el único que piensa de esa manera —suspira—. ¿No te cansas? Mantienes a todos alejados con esa pose indolente y sarcástica, intentas aparentar que no necesitas a nadie, pero todos lo hacemos.

—Basta —ordeno entre dientes—. Tú haz lo que quieras y dejadme en paz de una vez. Llévate a Meadow lejos de aquí y así podré volver a la normalidad.

—¿Eso crees? —interroga con un deje de tristeza que no me pasa desapercibido—. Déjame que te diga algo, amigo mío. Si consientes que me lleve a Meadow convertida en mi esposa, ya no habrá normalidad a la que regresar.

—No seas melodramático —escupo ofuscado—. Puede que saque lo peor de mí y que quiera compartir su lecho, mas no me voy a morir de amor por ella.

—Ella no es Elaine, Alasdair —rebate, cruzándose de brazos, no parece dispuesto a marcharse y dejarme en paz.

—Puede que no —me encojo de hombros—. Pero ambas me han rechazado, no fui suficiente para su prima y parece ser que no lo soy para ella.

—Representas algo que detesta —explica, perdiendo la paciencia ante mi cabezonería—. Debes recordarle a alguien de su pasado…

—No me dices nada nuevo —le digo, encaminándome hacia la salida—. Estoy cansado de tanta charla sin sentido. La muchacha ha elegido, fin del asunto.

—Si se lo pidieras como corresponde y le prometieras fidelidad… —dice tras de mí, me detengo de golpe, casi chocamos.

—¿Fidelidad? —pregunto incrédulo—. Solo le he jurado algo así a una persona y ha sido a mi *laird.*

—Ella lo necesita —exclama, comenzando a enfurecerse—. Maldición, Alasdair, me dan ganas de golpearte.

—Hazlo —le reto, dejando que la rabia que siento me domine—. No creas que me quedaré de brazos cruzados.

—¿Es lo que necesitas para entrar en razón? —cuestiona con ironía—. Porque si es así, estaré encantado de darte el gusto.

No sé lo que se apodera de mí para que mi respuesta sea darle un puñetazo que ni siquiera consigue moverlo del sitio. Cuando gira su cara para mirarme, sonríe divertido, no me da tiempo a nada antes de que su puño impacte en mi rostro, gimo de dolor, pero la ira arremete contra mí y me lanzo hacia él con un gruñido más animal que humano. Caemos al suelo, yo encima de él, y le doy varios golpes antes de que, con una patada, me lance lejos de su cuerpo. Hemos cambiado las tornas y ahora es él quien me golpea mientras intento quitármelo de encima sin mucho éxito.

—¿Qué demonios sucede aquí? —el bramido de nuestro amigo no nos detiene, no paramos hasta que él empuja a Blaine lejos de mí y me levanto con rapidez dispuesto a volver a abalanzarme y acabar lo que he empezado—. ¡Basta! —ordena, cogiéndome por los brazos para detenerme.

Con un tirón, consigo liberarme de su agarre, me limpio la sangre que brota de mi nariz y boca mirando a Blaine con ganas de matarlo. Él parece impasible, diría que divertido ante lo que acaba de suceder, no recuerdo cuándo fue la última vez que peleamos, ni el motivo.

—¿Más tranquilo? —pregunta, escupiendo sangre en el suelo—. Puedo golpearte más, a ver si consigo que uses la razón…

—Blaine —interrumpe Duncan enfadado—. No le provoques, ¿no ves que está a punto de explotar?

CAPÍTULO X



Meadow

Necesito respirar…

De nuevo, siento que me ahogo entre estas paredes, por lo que después de asegurarme de que Mary Jo está durmiendo su siesta, decido salir a caminar un poco antes de que anochezca. Salgo al patio obviando las miradas de curiosidad que recibo, aunque sí que saludo a quien lo hace por educación; no tengo muchas ganas de entablar conversación, aun así, cuando alguna de las mujeres me detiene para preguntarme algo, intento concentrarme en ello.

Frunzo el ceño cuando veo a varios hombres correr llamando a Duncan, este no tarda en aparecer y, tras escuchar lo que dicen, corre a los establos. Me despido de las mujeres y corro hacia allí sin comprender muy bien el motivo que me impulsa hacerlo. Escucho gritos y me asomo por la puerta intentando no ser vista, jadeo y cubro mi boca para que no me escuchen cuando descubro el motivo de tanto alboroto.

Blaine parece que se lo toma todo a broma, mientras que Alasdair parece a punto de lanzarse de nuevo para golpearlo, aunque, por su aspecto, parece que ha salido peor parado, no me extraña, porque es fuerte, aun así, su amigo lo es mucho más. No puedo evitar preocuparme por sus heridas, y al bajar la vista, me doy cuenta de que le sangra la pierna. No pienso, solo actúo, y corro a su lado.

—Te has abierto las heridas —amonesto, consiguiendo que me mire incrédulo—. Ven, volveré a curarte.

—No necesito que me cures —escupe, apartándose de mi toque—. Ocúpate de tu futuro marido.

Le observo marchar cojeando, muerdo mi labio con saña…

—Ve con él, muchacha —apremia el *laird* Campbell—. Te necesita.

—No —niego con tristeza—. No lo hace, ¿no lo habéis visto? Ha rechazado mi ayuda…

—Créeme, lo hace —interviene Blaine—. Ve tras él o te arrepentirás.

—¿Por qué me empujas hacia Alasdair si se supone que vamos a casarnos? —interrogo sin comprender su proceder.

—No pienses —apremia—. Solo sigue tu instinto, tu corazón.

Veo en sus ojos tanta bondad que no puedo evitar alzar mi mano y acariciar su mejilla golpeada, él me mira sorprendido, como si no estuviera acostumbrado al tacto o a que alguien le muestre afecto. Desearía que mi corazón latiera con fuerza en mi pecho cuando lo veo, sin embargo, solo hay un hombre en este mundo que tiene ese efecto en mí.

Corro dejándolos atrás, intentando no pensar y solo guiarme por lo que siento en estos momentos, y lo único que deseo es saber que Alasdair está bien, que va a estar bien. No importa que hace unas horas le haya despreciado dolida por su conducta, no importa que no sea capaz de comprometerse con una sola mujer, solo necesito que esté sano y salvo.

No lo encuentro por ningún lado, por lo que me dirijo a su alcoba con la esperanza de encontrarlo allí, no sin antes preparar agua y paños, rezando para que no tenga que volver a quemarle las heridas. Subo las escaleras despacio cargada con todo lo necesario y, al llegar a la alcoba, decido no llamar ni esperar a que me dé un permiso que seguramente no consiga.

—¡Qué demonios! —exclama, ahogo un grito al verlo completamente desnudo—. ¡Meadow!

Cierro de nuevo la puerta por puro instinto. Siento cómo enrojezco hasta la raíz del cabello, nunca había visto a un hombre desnudo, mucho menos uno como Alasdair.

La puerta vuelve a abrirse con él vestido, o casi, su pecho sigue al descubierto, todavía manchado de sangre, no puedo evitar que mi mirada se pierda entre el vello que cubre sus fuertes pectorales.

—¿Qué crees que hacías entrando en mi alcoba sin llamar? —cuestiona, haciéndome pasar.

—Solo quería ayudarte —susurro, avergonzada, apartando con esfuerzo los ojos de su cuerpo —. Alguien tiene que curarte.

—No necesariamente tú —sisea, sentándose en la cama.

Mi orgullo me hace alzar la barbilla, dejar la palangana con agua caliente y los paños sobre la mesa más cercana y dirigirme a la puerta. Un gemido me detiene, suspiro sabiendo que no voy a ser capaz de salir de aquí, no sin curarlo.

—No te vayas —susurra, mi corazón da un vuelco, sin embargo, no me giro y no retiro mi mano del paño de la puerta—. Por favor…

Su súplica es lo que acaba de desarmarme. Me giro con lentitud para ver cómo me observa con los ojos empañados en dolor, me apresuro a mojar uno de los paños y comienzo limpiando el hombro herido. Me doy cuenta de que no se ha abierto por completo, y no creo que sea necesario hacerle pasar por la tortura de quemar la herida de nuevo.

—¿Te hago daño? —pregunto en voz muy baja.

—No —miente—. Acaba de una vez, no voy a comenzar a gritar como una damisela.

—Túmbate —le pido—. Así podré ver mejor la herida del muslo…

Obedece a regañadientes y aparta el *plaid* para ocultar lo que ya he visto. Jadeo porque la herida del muslo sí está abierta, al menos la mitad, por ello sangra tanto, le miro esperando qué me diga que hacer.

—Maldición —espeta cubriendo la cara con sus manos—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—No —exclamo horrorizada—. Va a doler más que la primera vez.

—¿Crees que no lo sé? —espeta, apartando las manos—. ¿Qué sugieres que hagamos, mujer?

—Podríamos llamar a la curandera —respondo—. Tal vez ella pueda hacer algo…

—Esta piel ya no se puede coser, Meadow —interrumpe—. Haz lo que te digo.

—¿Por qué has tenido que pelearte con Blaine? —amonesto mientras cojo la daga que me tiende y me acerco al fuego con manos temblorosas—. No sois unos niños.

—Menos charla y acaba de una vez —replica, cruzándose de brazos—. Que yo recuerde, no debo darte explicación ninguna de mis actos.

—No sé ni por qué te he seguido —escupo enfadada por su manera de tratarme a pesar de ayudarlo.

Me acerco y cuento mentalmente hasta cinco antes de conseguir encontrar el coraje suficiente para hacer lo que debo. El gemido lastimero que emite cuando la daga al rojo vivo quema de nuevo su herida me parte el corazón y debo contenerme para no sollozar, al terminar, arrojo el cuchillo, mis manos pican con la necesidad de tocarlo, de abrazarlo para consolarlo. Por lo que las ocupo en limpiar la herida, y una vez terminada esa tarea, cojo otro paño y limpio el sudor de su rostro y la sangre de la pelea. Abre los ojos sorprendido ante mi acto, me doy cuenta de que estamos muy cerca, tanto que puedo perderme en la oscuridad de sus ojos negros y respirar su aliento entrecortado.

—¿Por qué haces esto? —pregunta sin apartar sus ojos de los míos—. ¿Por qué me cuidas?

—Porque no puedo evitar preocuparme por ti —reconozco como hipnotizada, mis ojos viajan a sus mullidos labios, ahora heridos por los puños de Blaine—. No me gusta verte herido, no lo vuelvas a hacer —le ordeno sin ser consciente de lo estúpida que sueno.

Alasdair sonríe, pero no de esa forma suya tan burlesca, sino que lo hace con algo muy parecido al cariño, juraría que es así si no estuviera segura de que me odia. Sus ojos abandonan los míos para imitarme y mirar mis labios con algo parecido al anhelo, contengo el aliento a la espera de que haga algún movimiento, mas no lo hace y comienzo a desesperarme, por lo que en un arranque de valentía, soy yo la que doy el primer paso, a pesar del miedo a su rechazo, sin embargo, el deseo de volver a ser besada por él es más fuerte.

Cierro mis párpados, acerco mi boca a la suya, y puedo sentir cómo se tensa, aunque mi cuerpo no roce el suyo. No obtengo respuesta por su parte, por lo que comienzo a separarme muerta de la vergüenza, no voy muy lejos cuando sus manos cogen mi rostro y me besa con una pasión abrasadora, le escucho gemir, ¿o soy yo? No puedo estar segura, mis manos se posan en sus fuertes brazos, una manera de buscar un punto de apoyo porque todo tiembla bajo mis pies. Una de sus manos se pierde entre mi cabello, la otra desciende por mi cuello hasta casi rozar uno de mis senos, me arqueo en busca de su contacto y gimo mientras me separo un poco en busca de aire. Ambos nos miramos incrédulos ante lo sucedido, todavía muy cerca el uno del otro.

—Vas a volverme loco —dice entre dientes sin dejar de observarme—. No puedes besarme de este modo y pretender que te deje casarte con otro, Meadow.

Sus palabras rompen el hechizo y me separo de él con brusquedad, no soy capaz de mirarlo a la cara avergonzada ante mi comportamiento. ¿Cómo he podido ser tan tonta? No puedo permitirme guiarme por mis estúpidos sentimientos o acabaré sufriendo, y no quiero hacerlo más, estoy cansada, solo quiero paz.

—No debería haberlo hecho —susurro, dando varios pasos hacia atrás, alejándome cada vez más del lecho y del hombre que lo ocupa—. Lo siento…

—No des un paso más —espeta—. Deja de huir de una maldita vez, odio que hagas eso.

—Odias muchas cosas de mí, como yo de ti —replico, alzando mis ojos y obedeciendo sin darme cuenta—. Por ello me reafirmo en que no debería haber sucedido, Alasdair.

—Te aseguro que lo que acabas de sentir conmigo no lo harás con Blaine —asegura con orgullo—. Si me dejaras…

—No voy a ser una de tus rameras —interrumpo con rabia ante la insinuación—. Valgo más que un revolcón.

—¡Te he ofrecido ser mi esposa! —exclama, incorporándose en el lecho como si quisiera saltar de él—. ¿Qué más quieres?

—Algo que tú jamás podrás darme —respondo con aplomo—. No insistas, Alasdair. Es mejor que me case con Blaine y me marche lejos de aquí.

—Entonces vete al infierno —gruñe—. Lárgate, ya he tenido suficiente de charla insulsa.

—Eres un maldito bastardo —escupo—. No comprendo por qué te he besado…

—Porque no eres distinta de las mujeres que pasan por mi cama y que tanto desprecias —se burla—. Puede que te niegues a reconocerlo, sin embargo, en el fondo, lo sabes.

—¿Qué se supone que debo saber? —cuestiono airada.

—Que me deseas —se jacta—. No lo puedes evitar, y por eso prefieres fingir que me odias, ¿me equivoco?

—Te detesto por lo que representas —confieso con saña, harta de que dé por sentado cosas que no son, es hora de que alguien lo baje de ese falso pedestal—. Un hombre sin sentimientos que pasa por la vida obteniendo de las mujeres lo que no le pertenece —continúo sin medir mis palabras—. Para ti somos meros objetos para tu placer y no te importa si haces daño en el proceso…

—Créeme, reciben más placer del que tú conocerás en tu vida —interrumpe—. No creas conocerme porque no lo haces.

—No estés tan seguro —rebato—. Crecí con un miserable como tú. No le importaba dejar a mi madre llorando mientras yacía con cuanta ramera se cruzaba por delante, ni siquiera sé con seguridad cuántos hermanos tengo, Alasdair. Al hombre que me engendró poco le importaba ir dejando bastardos por doquier.

Me mira en silencio, parece que le he dejado sin palabras, algo poco usual en él. Ahora que he confesado algo que durante mucho tiempo me había estado carcomiendo, no veo motivo alguno por el que seguir guardando lo que realmente pienso.

—¿Crees que quiero esa vida para mí? —pregunto—. ¿Crees que voy a esperarte mientras tú te sigues divirtiendo por ahí? ¿A aceptar a tus bastardos? Ni lo sueñes, Alasdair MacArthur, no soy mi madre, ni nunca los seré.

—Das por sentadas demasiadas cosas —replica—. No soy tan estúpido como tu padre —se encoge de hombros—. Soy capaz de evitar la existencia de posibles bastardos. Y no serías como tu madre, ya que ni tú me amas a mí, ni yo siento nada más allá de un deseo que puedo calmar con cualquier otra.

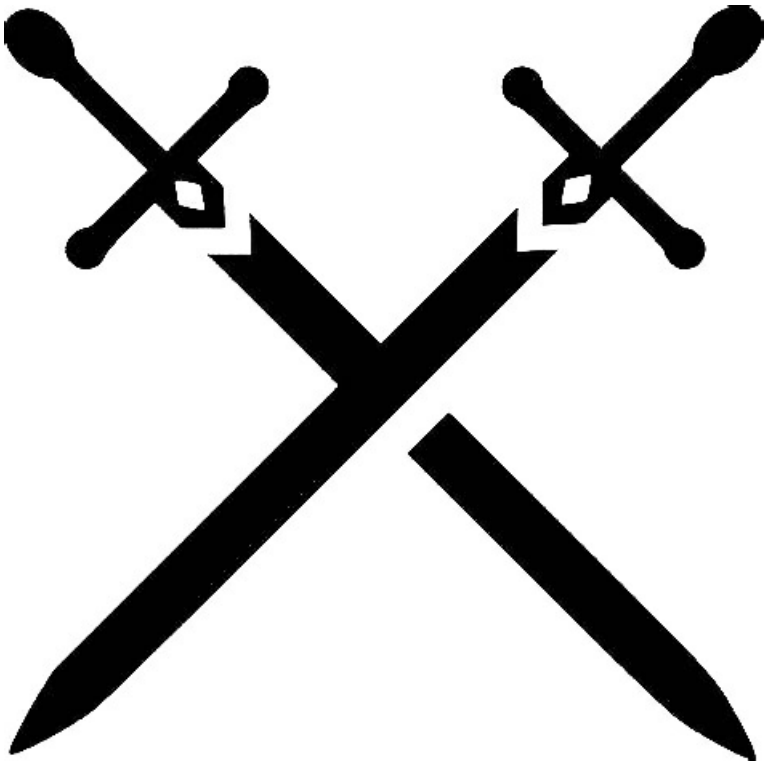
Creo que un puñetazo no me hubiera dolido tanto. Ahora más que nunca estoy convencida de que quiero salir de aquí siendo la esposa de Blaine, incluso me casaría con el anciano que mi tío ha elegido para mí antes que con un hombre que me ve como un trozo de carne en el cual saciar sus instintos.

—Pues continúa haciéndolo —escupo—. No me casaría contigo ni aunque fueras el último hombre en toda la Highlands.

—Cuánto orgullo —se carcajea—. Veremos si calienta tu lecho en invierno…

Me marcho dando un portazo, segura de haber tomado la decisión correcta.

CAPÍTULO XI



Alasdair

El portazo debe escucharse en todo el castillo.

Maldigo y siento ganas de destrozar cualquier cosa que se cruce en mi camino. Me duelen las heridas, mis puños están en carne viva y no creo que mi rostro tenga mejor aspecto, y, aun así, no dudaría en volver a pelearme con quien fuera con tal de sacar la rabia que llevo dentro.

Ahora sé por qué Meadow siempre ha actuado conmigo de una forma distante, incluso esquiva. Imagino que mi llegada con Elaine la llevó a una equivocación que ninguno de los dos quiso aclarar. Todos dieron por hecho que Mary Jo era mi hija, por ello, que me divirtiera con otras mujeres me convirtió en el reflejo de un padre al que odia. Puedo entenderlo, sin embargo, yo no soy él y odio que tenga que pagar por las faltas de otro.

¿Cuándo le he prometido fidelidad? Solo le he propuesto matrimonio, algo que nunca debí hacer. Puedo ofrecerle protección, ser la esposa del segundo al mando del clan más poderoso de las Highlands y, aun así, pide algo que no estoy seguro de poder darle. ¿Por qué es tan importante? No logro comprenderlo y me frustra sobremanera. Me remuevo inquieto porque ese maldito beso ha conseguido encenderme más que si se hubiera puesto desnuda delante de mí. El roce tímido de sus labios, el jadeo ante mi contacto, la respuesta tan natural, sin artificios, ha sido como el afrodisiaco más potente. No puedo creer que no sea consciente de que algo así no suele encontrarse con facilidad, antes lo intuía, ahora estoy seguro de que como amantes seríamos como el fuego.

—¿Por qué ha tenido que besarme? —refunfuño, levantándome del lecho—. Maldita sea, y maldito yo por ser tan imbécil como para sentirme tentado por alguien que me detesta.

Salgo de mi alcoba para encontrarme a Blaine a punto de tocar a mi puerta.

—Venía a buscarte —dice—. Duncan quiere hablar con nosotros.

Asiento sin decir una palabra, no estoy enfadado con él, realmente no. Puede que nos hayamos peleado como hace mucho no lo hacíamos, aun así, no es responsable de mi estupidez ni de mis demonios.

—¿Qué sucede ahora? —pregunto al entrar al salón para encontrar a mi *laird* pensativo frente al fuego.

—¿Te han curado tus heridas de nuevo? —cuestiona mientras se gira para mirarnos—. Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué? —devuelvo con desconfianza—. Por cierto, tu padre te envía saludos.

—¿Perdón? —espeta ceñudo—. ¿Cuándo lo has visto?

—Hace unas horas, cuando salí a cabalgar, llegué hasta el límite entre nuestras tierras —explico, alzándome de hombros.

—Debe tener vigías —interviene Blaine—. Ahora debemos estar alerta.

Asiento por toda respuesta, Duncan me observa hasta conseguir ponerme nervioso y no entiendo el por qué.

—¿Mi padre cree que no soy capaz de actuar como corresponde? —pregunta algo alterado—. No soy un inútil, si los Cameron entraron en mis tierras fue porque no esperaba que lo hicieran, desconocía que querían a Meadow de regreso.

—¿Quieres que organice a los hombres? —pregunto—. ¿Es por eso que me has llamado?

—Sí y no —concede—. Tenemos que idear un plan, ya que no creo que el de mi esposa dé el resultado que ella espera. Si han sido tan estúpidos como para arriesgarse a venir aquí, sabiendo las consecuencias, poco les va a importar si está casada o no.

—Al menos, has recobrado el juicio —exclamo.

—No te equivoques, Meadow debe casarse —interrumpe con firmeza—. Pero no sé si será lo mejor que lo haga con Blaine, no quiero que los MacArthur se vean envueltos en esto, es mi responsabilidad, se lo debo a Elaine.

—¿Entonces? —interrogo, perdiendo la paciencia ante tanto rodeo.

—Tienes que casarte tú con ella, Alasdair —responde, y alzo una de mis cejas escéptico—. Créeme, me duele traicionar así la confianza de la muchacha porque ella y yo sabemos que eres el último hombre que sirve para ser buen esposo, pero necesito que se mantenga aquí, que los Cameron me ataquen a mí y no a mi padre.

—Soy tu amigo, Duncan —le recuerdo—. Deberías tener un poco de fe en mí. Meadow no se casará conmigo, lo ha dejado muy claro.

—Lo hará si cree que es Blaine con quien intercambiará los votos —dice indeciso—. Puede que nunca nos perdone por lo que vamos a hacer, ¿podrás con ello?

—Ya me odia, así que no supone ninguna diferencia —replico, intentando ocultar el malestar que siento ante la idea de que Meadow se case conmigo engañada y no por propia voluntad—. ¿Cómo lo hacemos?

—He dado mi palabra —ladra Blaine—. Fui yo quien le prometió mi protección…

—Blaine —advierte Duncan—, deja de intentar salvar a todo el mundo, pondrás en peligro a los MacArthur, y eso es algo que no pienso permitir.

—No intentes utilizar la situación y búscate tu propia mujer —escupo sin poder evitarlo ante su cabezonería.

—¿Y no puede ser mi mujer por…? —cuestiona de vuelta sin que le hayan afectado mis palabras—. Te recuerdo que no tengo ningún interés en casarme de inmediato, lo hago porque soy el mal menor y tú el mayor, al menos, para ella.

—Estoy harto de que deis por hecho que voy a ser un mal marido —exclamo, dando un puñetazo en la mesa, hago una mueca ante el dolor que me atraviesa el hombro—. Ni siquiera me dais la oportunidad…

—Todos los aquí presentes sabemos que no lo eres —interviene Duncan—. Pero te pido que hagas un esfuerzo, Alasdair. Piensa que es otra forma de luchar sin armas, de mantener a nuestra gente a salvo.

—Vuelvo a preguntar —suspiro—. ¿Cómo lo hacemos?

—La boda debe adelantarse —sentencia—. No debemos darles tiempo a que vuelvan, y si lo hacen, ella debe estar casada con alguien de mi clan, no del de mi padre. Soy el maldito conde de Argyll, aunque parezca que lo hayan olvidado, espero que no me obliguen a recordarles quién soy.

No puedo evitar que una sensación de asfixia comience a invadirme, ya que cuando me he ofrecido a casarme con ella, sabía de antemano que no me iba a aceptar, de esa manera, podía engañarme a mí mismo, ahora ya no hay escapatoria y mi vida va a cambiar para siempre.

—De acuerdo —asiento mientras me dejo caer en el asiento más cercano—. Que alguien me traiga un *whisky*, por favor.

—Míralo —escupe Blaine—. Ha perdido hasta el color del rostro. No vas a la horca, por el amor de Dios —exclama entre dientes—. Deja de fingir que no quieres esto, que es un sacrificio para ti, saca tu cabeza del culo, Alasdair.

—¿Quieres más? —exclamo alzándome—. No tenses la cuerda, amigo —le advierto.

—Basta —brama Duncan—. Hacía años que no tenía que separaros, y en el día de hoy ya habéis hecho bastante el imbécil.

—Duncan —los tres nos giramos al escuchar la voz de la señora del castillo—. Dime que no lo vais a hacer —pregunta desolada—. Ella confía en mí, en nosotros…

—Esposa —suspira mi amigo con pesar—, no puedo permitir que los Cameron ataquen a los MacArthur.

—Él no la va a tratar con respeto —exclama, entrando al salón como una fiera—. No voy a ser partícipe de esto, Duncan Campbell —advierte al llegar a su lado.

—Harás lo que te diga —exclama furioso ante su amenaza—. Esto va mucho más allá de los caprichos de una muchacha que sabe poco de la vida, ¿alguien nos preguntó cuando nos vimos obligados a casarnos, Gillian? No —grita—. Lo hicimos porque era lo mejor para nuestra gente, ahora vuelvo a hacerlo, como *laird* e hijo de otro *laird*, me debo a ambos clanes.

Gillian lo mira como si la hubiera golpeado, tras unos instantes, se gira y se marcha corriendo, temo que a advertir a su nueva amiga, aunque confío en que sea consciente de lo que nos jugamos y guarde silencio.

—Hacía mucho que no le hablaba así —se lamenta mi amigo, dejándose caer en su asiento—. No desde que dejamos todo atrás y decidimos convertir nuestro matrimonio en una realidad.

—Lo comprenderá cuando se le pase el enfado —dice Blaine—. Ella mejor que nadie sabe que hay momentos en los cuales debemos hacer sacrificios.

—No te digo por dónde te puedes meter esa palabra —siseo harto de escucharla—. Lo mejor sería que nos casáramos mañana. Ya que la señora del castillo no está muy contenta ante el giro de los acontecimientos, espero que ambos apoyéis el enlace.

—Meadow me va a odiar cuando termine esta charada —espeta Blaine—. Hablando de la señora del castillo… —farfulla para sí, aunque, al estar a mi lado, lo escucho—. ¿Por qué no hacéis *handfasting*? Duncan y Gillian lo hicieron, tal vez, dándole esa salida, no sea necesario mentirle a la muchacha.

—¿Por qué no se me ha ocurrido antes? —exclama eufórico Duncan—. Id a por la muchacha —ordena—. Hablaremos con ella, y si está de acuerdo, mañana celebraremos la unión.

Ambos me observan como si estuvieran esperando que sea yo quien me levante y vaya en busca de la que parece será mi futura esposa en unas horas. ¿Cómo puede cambiar tanto el destino de las personas en menos de un día?

—No hace falta, mi señor. —Gillian y Meadow se encuentran en la puerta, gruño, ya que sus semblantes no presagian nada bueno, y me doy cuenta de que la esposa de mi amigo ya ha debido irse de la lengua—. Me habéis dado cobijo tanto a mí como a Mary Jo, e imagino que debo pagar el precio.

Frunzo el ceño porque no me gustan sus palabras, entran con paso firme y decidido. Puedo darme cuenta de que Gillian está furiosa, Meadow derrotada, y odio verla así, todos guardamos silencio a la espera de que continúe hablando.

—Mi pregunta es la siguiente —su voz tiembla y sus ojos se empañan—. Si me niego y me marcho, ¿Mary Jo seguirá bajo vuestra protección?

Me levanto ante su pregunta, dirige su mirada hacia mí y Blaine me contiene; me conoce y sabe que voy a replicar.

—¿Qué pregunta es esa? —cuestiona mi amigo.

—Lo que Meadow desea saber, esposo —intercede Gillian con mordacidad—, es que si ella se va a un convento, Mary Jo podrá quedarse a mi cuidado.

—¡Gillian! —exclama—. ¿Debería haberte ordenado que no interfirieras en esto? —pregunta enfadado, intentando contenerse porque se siente mal por hablarle de ese modo.

—No he interferido —rebate, cruzándose de brazos—. Solo le he advertido del engaño, ¿ibas a cambiar al novio el mismo día de la boda, Duncan? —pregunta—. ¿Ese era tu plan?

—Si hubieras esperado para ir corriendo a advertir a Meadow, sabrías que habíamos pensado en que podrían hacer lo mismo que hicimos nosotros, Gillian —explica con la poca paciencia que le queda—. Un *handfasting*.

—¿Una unión de un año y un día? —pregunta recelosa—. ¿Esa es tu solución?

—Fue lo mejor para nosotros, esposa —rebate frustrado—. Y lo puede ser para ellos.

—¿Puedo hablar? —Meadow lo hace con una frialdad que me sorprende—. Gillian me ha explicado los motivos por los que es mejor casarme con Alasdair, y los entiendo, juro que no había pensado que podía poner en peligro a otro clan, nunca ha sido mi intención.

—Entonces, si lo entiendes, ¿podemos acabar con esto ya? —pregunto yo—. Es un maldito año, Meadow.

—¡Es mi vida! —grita, dejándonos a todos sorprendidos—. Al menos, me gustaría poder decidir, por ello, preferiría entrar a un convento.

—No vas a entrar en ningún maldito convento —gruño—. No has nacido para pudrirte entre unos fríos muros.

—¿He nacido para compartirla contigo? —cuestiona con ironía—. ¿Qué debo hacer, Alasdair? Paso un año de mi vida junto a ti, y después de eso eres libre de darme la espalda y continuar como si nada.

—O hacerlo tú —respondo—. Cuando llegue el momento, veremos qué pasa, Meadow. Lo importante es que podamos solucionar el problema, no nuestros sentimientos.

—¿Me acusas de egoísta? —susurra—. Tal vez lo esté siendo, lo siento mucho. Si creéis que casarme con él solucionará el problema, lo haré —cede al fin.

CAPÍTULO XII



Meadow

—Sea —acepta el *laird*—. ¿Dentro de dos días os parece aceptable? —pregunta, mirando a su esposa, quien lo observa decepcionada—. Gillian… —la mujer alza la mano para acallarlo.

—Si os ayudo es porque soy consciente de lo que supondría no hacerlo —replica—. Sin embargo, no me pidas que esté de acuerdo, ya que nadie mejor que yo sabe lo que le espera al casarse con un hombre que no la ama, y lo que es peor, que nunca va a ser capaz de hacerlo.

Sale del salón, me siento tentada a seguirla para volver a esconderme, no lo hago porque estoy harta de hacerlo. Los hombres me miran a la espera de que diga o haga algo, pero ¿el qué?

—¿Meadow? —cuestiona Duncan, apesadumbrado ante la salida airada de su esposa.

—Si me preguntáis qué me parece la fecha, me es indiferente —me encojo de hombros—. Si queremos acabar con todo de una vez, cuanto antes, mejor.

—Opino lo mismo —escupe Alasdair—. ¿Por qué demorarlo? Los malos tragos mejor pasarlos rápido.

—¿Recuerdas la condición que puse para aceptar a mi esposo? —le pregunto, intentando no pensar en lo que acaba de decir.

—¿Cuál de todas? —devuelve—. Creo recordar que fueron varias…

—Sé que lo que pedí no lo puedes ofrecer —siseo—. Lo referente a Mary Jo, eso no es algo negociable, la niña se queda conmigo.

—No soy tan desalmado —espeta—. La niña se quedará con nosotros.

—Conmigo —rectifico—. Cuando tú te vayas, ella se quedará conmigo.

Bufa, pero no dice nada más, por lo que imagino que he ganado esta pequeña batalla. Ya que

no tengo nada más que hacer aquí, salgo de la sala con paso lento porque siento ahora mismo todo el peso del mundo sobre mis hombros. Pensé que todo estaba solucionado, que me iría con los MacArthur y no volvería a ver a Alasdair en mucho tiempo, sin embargo, ahora me veo atada a él, al menos, un año. Me detengo en el pasillo al ver unas cuantas criadas cuchicheando, entre ellas, la amante de mi futuro esposo, no me gusta cómo me miran.

—¿Es cierto? —pregunta con brusquedad—. ¿Se va a casar?

—¿Quién? —devuelvo, haciéndome la tonta, puedo ver cómo se impacienta.

—Alasdair, estúpida —espeta, impidiéndome pasar—. Ya has conseguido lo que querías, ¿no?

—Créeme, casarme con alguien como él no estaba en mis planes —respondo—. Apártate —le ordeno molesta ante esta escena innecesaria.

—No eres quién para ordenarme nada —sisea—. No creas que porque te cases con él será únicamente tuyo —se burla, consiguiendo que las demás rían.

Su comentario, las burlas… Es como estar reviviendo el pasado cuando mi madre caminaba en la aldea conmigo de la mano y las mujeres se carcajeaban a su paso, no obstante, ella siempre iba con la cabeza alta, aunque al llegar a casa se rompiera en mil pedazos.

—Ella puede que no —Gillian nos interrumpe, las risas cesan y sus rostros palidecen—. Pero yo sí. En mi hogar no pienso tolerar estos comportamientos, si volvéis a molestarla, estáis todas fuera —les advierte—. Y tú —sisea, señalando a la pelirroja—, no sigas por ese camino, Regina

Alza el mentón y se marcha seguida por sus amigas, bajo la mirada avergonzada por lo ocurrido, no solo he tenido que soportar algo que odio, sino que no soy capaz de defenderme y deben hacerlo los demás por mí. Todavía no me he unido a Alasdair y ya me humilla, ¿cómo voy a soportarlo?

—No debes dejarte avasallar, Meadow —aconseja—. No les hagas caso porque, si lo haces, vas a volverte loca.

—Todo esto es su culpa —gruño, apretando los puños—. Gillian, no voy a poder…

—Vas a poder —interrumpe con firmeza—. Demuestra a esos energúmenos de qué pasta estamos hechas las mujeres. Vas a salvar a muchas personas, Meadow, después serás libre y tendrás un estatus que no tienes ahora.

—Si el estatus me hubiera importado, me habría casado con el viejo, al menos, él no… —me callo al darme cuenta de lo que he estado a punto de confesar.

—El viejo no te hacía sentir nada —termina ella por mí como si fuera capaz de leer mi mente —. Alasdair sí, y ese es el problema. He pasado por eso, querida.

—¿Cómo pudiste soportarlo? —pregunto acongojada.

—Me marché, Meadow —responde—. No podía soportar mirar a Duncan, pero cambió y me lo demostró.

—Se enamoró de ti —suspiro—. Dudo que Alasdair sea capaz de amar…

—Amó a tu prima —recuerda con cuidado—. Quien no se enamore de ti es porque es tonto o ciego.

Sonrío a pesar de la desazón que siento en mi interior sabiendo que en dos días seré la esposa del pelinegro. Gillian pasa uno de sus brazos por mis hombros y me acompaña hasta mi alcoba, donde estaba con Mary Jo hasta que ha venido a advertirme de lo que los hombres pretendían hacer a mis espaldas. Debo reconocer que me ha dolido que Blaine se haya prestado a semejante embuste, podía esperarlo de los demás, no de él.

—Mañana comenzaremos a prepararlo todo —dice—. Te probarás mi traje para ver si te queda bien, si no, siempre podemos arreglarlo. A mí tampoco me dio tiempo a nada, todo fue muy precipitado, quizá podamos añadirle algunos adornos.

Trago con fuerza para intentar deshacer el nudo que tengo en la garganta. Nunca pensé que mi matrimonio sería así, tampoco es que tuviera muchas esperanzas, en mi clan ningún hombre iba a pedírmelo, pero la niña que fui sí soñaba con un salvador que la llevara lejos en su caballo.

—Gracias —susurro frente a la puerta de mi alcoba.

Se marcha tras mirarme con un pesar poco disimulado, me encierro en mi habitación y me tumbo en el lecho al lado de la niña, que duerme plácidamente. Acaricio su pelo con ternura emocionándome aliviada, ya que lo único bueno de todo esto es que ella podrá seguir a mi lado. Cierro los ojos rezando para conseguir sacar fuerzas para soportar un año al lado de Alasdair.

***

Dos días después…

Mi cabello trenzado adornado con pequeñas flores frescas, el vestido de Gillian me queda bien, un poco largo, pero nada que sea incómodo. Pellizco mis mejillas con la esperanza de darles un poco de color, no me reconozco, siento que soy una extraña dentro de mi cuerpo y odio la sensación.

—Estás guapísima —alaba Gillian—. Alasdair se va a quedar con la boca abierta —dice extasiada—. Veamos si puede mantenerse impasible ese mendrugo —refunfuña.

—Él está acostumbrado a mujeres mucho más bellas —rebato, acariciando la tela de la falda con nerviosismo—. ¿Deberíamos bajar?

—Creo que sí —asiente, perdiendo la sonrisa—. Recuerda, querida, debes ser fuerte.

Asiento con firmeza, algo que estoy lejos de sentir. Gillian abre la puerta y nos encontramos a Blaine, que viste los colores de los MacArthur. Me observa con su acostumbrada seriedad antes de hablar.

—Vengo a acompañar a la novia —le explica a Gillian, que asiente y se marcha sin mirar atrás —. ¿Lista?

—No —reconozco—. Acabemos con esto de una maldita vez —espeto todavía enfadada con él.

—Lo siento —susurra mientras cierro la puerta de la alcoba una vez estamos fuera—. No estuve de acuerdo en lo que querían hacer, Meadow, incluso ahora mismo, si quieres, detengo toda esta locura y al infierno todos.

—Ni se te ocurra —replico de inmediato—. Voy a casarme con Alasdair por el bien de todos, después seré libre.

—Dale una oportunidad, tal vez te sorprenda —dice mientras bajamos las escaleras.

—Lo dudo —espeto—. Seguramente, si me sorprende, sea para mal.

El salón está lleno de Campbells que se han reunido para ver cómo el segundo al mando se casa. Me hubiera gustado que esta charada hubiera sido privada, más que nada para que poca gente pudiera reírse de mí cuando mi marido me ponga la cornamenta.

—Vamos allá o a tu futuro marido va a darle un ataque —bromea sin conseguir que sonría, mis ojos encuentran los de Alasdair, que parecen dos pozos negros, soy incapaz de leer nada en ellos, ni para mal ni para bien—. Parece que te estoy llevando a la muerte, muchacha, sonríe un poco —gruñe, mas no le obedezco.

Al llegar al lado del hombre con el que me voy a casar, ni siquiera le dirijo una mirada, ni él dice una palabra; no lo esperaba, por lo que no me sorprende en absoluto su mutismo. Blaine se hace a un lado y quedamos frente a Duncan, quien nos va a unir como *laird* del clan. La

ceremonia es corta y sencilla, mi cuerpo se encuentra presente en esta sala; mi mente ha volado lejos hace mucho tiempo. Solo reacciono cuando Alasdair coge mi rostro entre sus grandes manos y me besa con maestría, como si estuviera buscando en mí una respuesta que no estoy preparada para dar delante de tanta gente.

Los gritos de júbilo y los buenos deseos se hacen eco en el gran salón, sin embargo, yo no soy capaz de sentirme feliz.

—Disimula un poco —sisea mi ya marido—. Todo el mundo nos mira.

—No me des órdenes —replico del mismo modo—. Me he casado contigo porque es lo que debía hacer, nadie me dijo que tuviera que fingir que lo hacía por gusto.

Va a replicar, pero un alboroto en el patio llama la atención de Alasdair, que frunce el ceño buscando a sus amigos. Duncan y Blaine se apresuran a salir seguidos de todos los hombres, les sigo y jadeo horrorizada cuando veo a mi tío y varios de mis primos con sus caballos, como si estuvieran dispuestos a arrasar con todo con tal de llevarme de nuevo con ellos.

—¡Meadow Cameron! —brama mi tío—. Sal de ahí inmediatamente.

Mi esposo me mantiene oculta a sus espaldas mientras los demás nos ocultan a los dos, tiemblo recordando de lo que son capaces, de los golpes que recibí y de los cuales todavía me recupero sin quejarme.

—¿Cómo osáis entrar a mis tierras? —brama Duncan enfurecido—. Creía que mi segundo al mando os había dejado claro lo que sucedería si volvíais a poner un pie en tierra de los Campbell.

—La ramera de mi sobrina se esconde aquí y vengo a por ella —grita en respuesta—. No tenéis derecho a ocultarla, es una Cameron y…

—Ya no —exclama Alasdair, dando un paso al frente—. Meadow es ahora mi esposa y no va a moverse de aquí.

—¿Qué estás diciendo, miserable bastardo? —pregunta uno de mis primos—. ¿Crees que nos vamos a creer esa patraña? Cuando estuviste con nosotros, ni siquiera la mirabas…

—Eso a ti no te incumbe —interrumpe—. Largaos de aquí —ordena.

—¡Meadow! —vuelve a gritar el hermano de mi padre—. Sal si no quieres que acabe el trabajo con esta zorra —asomo mi cabeza entre los cuerpos de mi esposo y Blaine, y jadeo horrorizada al ver a Judith, una de mis hermanas, montada tras nuestro tío—. Puedo rebanarle el cuello, ¿no te importa? —pregunta con sorna.

Gillian se posiciona tras de mí y solo me doy cuenta cuando me da la mano, inspiro aire y me adelanto a los hombres, a pesar de que mi esposo intenta detenerme. Los Cameron sonríen satisfechos, ya que han conseguido que salga de mi escondite.

—Suelta a mi hermana —ordeno con firmeza—. Me quieres a mí, aquí estoy.

—¿Te has casado con este perro? —pregunta furioso—. No solo me desobedeciste al negarte a casarte con el hombre que había escogido, sino que escapaste en plena noche como la rata que eres.

—No estaba escapando —alzo el mentón—. Nunca he sido una más de vosotros, por lo que pensé que era libre para marcharme.

—No te hagas la estúpida —exclama el mayor de mis primos—. Sube al caballo —ordena, dando un par de pasos con su animal.

—Estoy casada —grito sin moverme un solo paso—. No pienso volver, ahora marchaos antes de que haya derramamiento de sangre.

—Si eso es verdad, el matrimonio todavía no está consumado —rebate ufano—. Por lo que no es válido. Sube o te subo yo —amenaza entre dientes.

—Conocéis la fama de mi esposo —me jacto, alegrándome por primera vez de ello—. ¿Creéis que sigo siendo virgen? —pregunto sonriente.

La seguridad con la que han entrado en el patio de los Campbell desaparece. Sonrío complacida por haberles ganado, mi tío desmonta con rapidez, Alasdair se posiciona a mi lado dispuesto a desenvainar su espada si se acerca a mí, y parece mentira que ahora mismo me sienta protegida junto a él.

—¿Crees que esto es una broma? —coge de malos modos el brazo de Judith y tira de ella para que desmonte, la gira y desgarra la tela de su tosco vestido, mostrando una espalda en carne viva, sollozo al ver lo que le han hecho—. ¿Quieres que acabe el trabajo?

Una flecha vuela sobre nuestras cabezas clavándose en el muslo del salvaje que le ha hecho eso a mi pobre hermana. Giro la cabeza para ver que ha sido Gillian la que ha disparado desde lo alto de las escaleras, su esposo da la orden a los hombres para que rodeen a los cinco imbéciles que han pensado que podrían venir aquí sin consecuencia alguna.

—Judith —la llamo, ya que parece ida—. Ven aquí.

No lo hace, no se mueve, y comienzo a asustarme. Por más que intento correr hacia ella, Alasdair no me lo permite.

—Suéltame —le pido desesperada—. No voy a dejarla con ellos.

—¿Por qué nunca me hablaste de una hermana? —pregunta mientras hace un gesto con la cabeza, indicándome que Blaine va a encargarse.

—Es una de las bastardas de mi padre —respondo entre dientes—. No nos hemos criado juntas, pero si debo elegir alguno de entre todos los hijos del hombre que nos dio la vida, la elijo a ella. Déjame ayudarla, por favor, está herida.

—Maldición —gruñe—. No puedo matarlos si ellos no atacan primero, Meadow. Estaría comprometiendo a Duncan, no queremos problemas con el rey.

Mis primos han desmontado y están preparados para atacar, uno de ellos ayuda a su padre, que se arranca la flecha del muslo entre gruñidos que dejan muy clara su naturaleza animal.

—¿Quién es la zorra que ha herido a mi padre? —brama de nuevo el mayor de mis primos.

—Solo por insultar a mi esposa, no debería dejarte salir de aquí con vida, malnacido —brama Duncan, acercándose espada en mano y una mirada asesina que consigue asustarme—. Vais a dejar a la muchacha aquí con su hermana, vais a dar media vuelta y jamás volveréis a pisar mis tierras, ¿queda claro?

—¿Crees que porque seas conde tenemos miedo? —pregunta, intentando aparentar una valentía que ya no siente—. No vamos a dejar a Judith aquí, puede que ella ocupe el lugar de Meadow…

—¡No! —exclamo—. ¿Por qué tanta insistencia? ¿Qué le habéis prometido a ese maldito viejo? —pregunto furiosa.

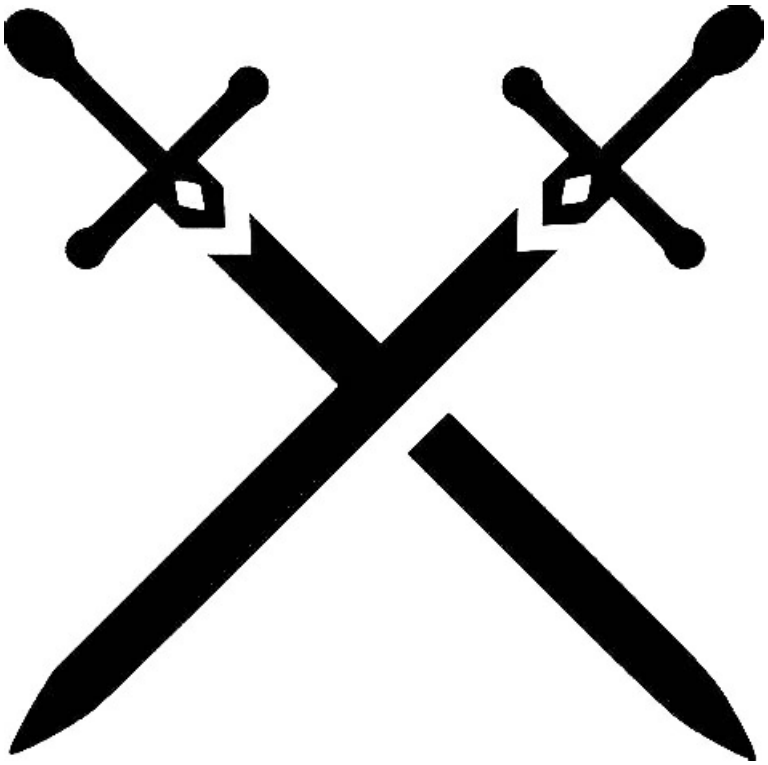
—Eso a ti ya no te incumbe —escupe a mis pies—. Después de todo, eres igual de zorra que Elaine, su madre y la tuya, y…

Otra flecha surca el aire, esta vez se clava a los pies del cerdo que ha osado insultar a las mujeres de mi familia, una clara advertencia de la señora del castillo. Mi primo alza la vista con desprecio, los otros dos han ayudado a su padre a subir al caballo y el tercero lucha con Judith por subirla de nuevo a la montura. Imagino que ella sabe tan bien como yo que, si vuelve con ellos, o muere, o la obligan a ocupar mi lugar.

—Si no haces algo, lo haré yo —siseo—. Al infierno el rey y toda Escocia…

Puedo ver cómo intercambia una mirada con Duncan y Blaine, asiente y, finalmente, desenvaina su espada.

CAPÍTULO XIII



Alasdair

Estos miserables han irrumpido el día de mi boda, se han atrevido a pisar de nuevo las tierras de los Campbell y amenazar a mi esposa, nadie lo hace y sale con vida, sin embargo, ahora hay mucho más en juego. Duncan asiente contestando mi pregunta silenciosa, Blaine se prepara a mi lado, no le ha quitado los ojos de encima a la muchacha que ahora lucha por librarse del agarre de uno de los bastardos que la han maltratado.

—Suelta a la muchacha y sube al maldito caballo —gruño cansado de todo lo que sucede a mi alrededor—. ¿No me has oído?

El hombre obedece con reticencia, pero al girarse, en su mirada, puedo ver una resolución. Me tenso preparándome ante un posible ataque.

—¿La quieres también? —bromea—. Hagamos algo. Tú y yo, quien gane se lleva a ambas, después de todo, si te mato, Meadow quedará viuda —se carcajea.

—Sea —respondo impasible—. Si gano, os largáis para no regresar.

—No lo hagas —susurra mi esposa tras de mí, parece preocupada, y lejos de agradarme, me ofende.

—No te metas —le advierto—. ¿No querías salvar a tu hermana? Después de todo, si te dejan viuda, te habrás librado de mí.

—Estás herido —sisea—. Te recuerdo que tus malditas heridas no cicatrizan porque no dejas de hacer el imbécil.

—Tu preocupación me abruma —me burlo—. Deja que me ocupe de esto de una maldita vez.

Se aparta dolida, mis amigos se acercan para hablar conmigo.

—¿Sabes lo que haces? —pregunta Blaine—. Deja que sea yo quien luche. Tus heridas no van

a soportarlo.

—Dejad mis heridas en paz —espeto harto de que me traten como si fuera un niño—. ¿Se puede saber cómo demonios han llegado hasta el patio, Duncan?

—Lo quise así —responde impasible—. De este modo, han sido ellos quienes han venido a mi hogar para atacar, Alasdair. Siéntete libre de acabar este asunto como mejor te parezca.

—Podías haberme avisado —reprocho—. Por un momento, he pensado que habían matado a nuestros hombres.

—¿Creías que iba a estar tranquilo si fuera así? —cuestiona, frunciendo el ceño—. Termina de una vez para que podamos continuar con la celebración de tu boda.

Pongo los ojos en blanco ante su petición, ya que en realidad no hay nada que celebrar. Me alejo hasta donde me espera mi oponente, sonríe confiado, así que debe saber que estoy herido y no piensa pelear con honor. La primera estocada la espero y esquivo sin esfuerzo, devolviendo el golpe, nuestras espadas chocan una y otra vez, mi hombro se resiente y pronto me doy cuenta de que estoy sangrando.

Los Campbell nos rodean expectantes, puedo sentir la mirada de Meadow sobre mí, sin embargo, no pierdo de vista a mi oponente, eso le daría una ocasión perfecta para que me rebanara el cuello. Cansado de jugar, saco mi segunda espada y comienzo a atacar con las dos, aprendí desde muy joven ha ser capaz de manejar ambas, y con el tiempo he ido perfeccionando mi ataque doble, algo que el bastardo con el que lucho no sabía porque la noche que su gente atacó no lo utilice.

—Bastardo —escupe cuando lo hiero en la pierna, la sangre comienza a bañar la tierra, sonrío complacido—. No creas que vas a ganar.

—Ya lo he hecho —sentencio, con un juego de muñecas, hago girar mis espadas, ataco con una en la parte baja de su cuerpo consiguiendo que se agache, y al hacerlo, se da cuenta de que está muerto.

Atravieso su pecho mientras escucho el bramido de su padre al contemplar la muerte de uno de sus hijos. Mi pecho sube y baja con rapidez intentando recuperar el aliento, por el rabillo del ojo, me doy cuenta de que los cuatro Cameron que quedan han sacado sus espadas furiosos ante el giro de los acontecimientos, y en el momento que los Campbell los imitan preparados para atacar, varios caballos entran en el patio, con el *laird* del clan MacArthur a la cabeza.

—¿Qué demonios sucede aquí? —brama el padre de Duncan—. ¿Te has vuelto loco, Cameron?

—El viejo MacArthur —escupe—. He venido a por lo que me pertenece.

—Hijo —le llama—, veo que lo tenéis todo controlado, ¿estabais de celebración? —pregunta como si tal cosa.

—Padre —saluda Duncan—. Sí, Alasdair se ha casado…

—Veo que nuestra charla sirvió de algo —aplaude—. ¿Dónde está la novia? Quiero conocer a la dama que ha postrado a nuestro amigo.

Meadow da un paso al frente sin perder de vista a su hermana, que parece un cervatillo asustado, Blaine se ha acercado a ella y le habla en voz baja.

—Qué belleza —alaba a mi esposa—. Ahora comprendo por qué tu marido parecía tan perdido —bromea—. ¿Habéis irrumpido en una boda? —cuestiona, frunciendo el ceño—. El cuerpo que yace en el suelo imagino que es de tu hijo —se dirige al viejo que, derrotado y herido, se niega a marcharse—. ¿Quieres derramar más sangre?

—No te metas —advierte furioso—. Han matado a mi hijo y quiero venganza —brama.

—Tu hijo me retó y perdió, regresa a tu hogar para enterrarlo junto a los suyos —hablo en voz

alta para hacerme escuchar sobre los murmullos de todos los que nos rodean—. He ganado y eso significa que tanto mi esposa como su hermana se quedan con nosotros.

—Ya has escuchado, viejo —interviene Duncan—. Largaos de mis tierras y recuerda que, la próxima vez que oséis poner un pie de nuevo en ellas, no seré tan indulgente.

Los hermanos recogen el cuerpo sin vida del que supongo era uno de los menores por su aspecto, suben a sus monturas y se marchan, no sin antes lanzarnos unas miradas de odio profundo que prometen venganza, me dejan muy claro que esto no ha terminado.

—¿Esto es una celebración? —pregunta MacArthur, desmontando junto con los pocos hombres que lo acompañan—. Pues que continúe la fiesta —exclama.

Veo cómo Meadow corre hacia la tal Judith, Gillian llega a su encuentro y juntas la meten en el castillo para curar ese desastre de espalda. Duncan y Blaine hablan con el *laird*, este abraza a su hijo con cariño y de nuevo me siento fuera de lugar. Miro mis manos y brazos manchados de sangre, por lo que me dirijo a los establos para lavarme y alejarme un poco de todo el griterío de mi alrededor. Me lavo lo mejor que puedo y suspiro al mirar la herida de mi hombro, al infierno, no pienso volver a curarla, ya cicatrizará por sí sola. Escucho pasos y me giro para encontrar a Regina tras de mí.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunto molesto.

—¿No necesitas que te cure? —pregunta como si todo fuera igual entre nosotros—. No parece que tu esposa esté muy dispuesta a hacerlo —termina melosa.

—Mi esposa está atendiendo a su hermana —espeto, pasando por su lado, me detiene con una mano en mi brazo, y la observo impasible—. ¿Qué crees que haces, Regina?

No responde, solo actúa lanzándose sobre mí. Sus manos en mi cuello y sus labios sobre los míos, me cuesta reaccionar, para cuando lo hago, el beso se ha intensificado, lanzo un gruñido y la aparto con brusquedad.

—¿Qué sucede? —pregunta extrañada como si no entendiera el motivo por el cual la he apartado.

—Me acabo de casar —siseo—. ¿Te has vuelto loca?

—Eso no cambia nada —se encoge de hombros—. Todo el mundo sabe que no amas a tu esposa y que no vas a serle fiel.

—Todo el mundo —escupo asqueado—. Si deseo algo de ti, mandaré llamarte, no te creas con ningún derecho sobre mí.

Salgo del establo como alma que lleva el diablo, mis amigos me ven y veo cómo Blaine niega con la cabeza como si le hubiera defraudado, me giro y me doy cuenta de que Regina me ha seguido con una sonrisa lobuna en sus labios, pasa por mi lado y acaricia mi brazo, que aparto con brusquedad.

Observo cómo se aleja contoneando sus caderas como si hubiera ganado. Me olvido de ella en el momento que la pierdo de vista y me acerco hasta donde se encuentran Duncan, su padre y Blaine, que me dirigen miradas no muy halagüeñas.

—No he hecho nada —exclamo al llegar a su lado—. No me miréis como si hubiera sido yo el culpable.

—Al menos, podrías respetarla el día de vuestra boda —amonesta Duncan—. No hagas que tenga más remordimientos de los que ya siento. La he obligado a casarse contigo por ti, maldita sea.

—¿De que demonios hablas? —cuestiono—. No te lo pedí.

—No ibas a hacerlo, por supuesto —refunfuña—. Eres demasiado orgulloso para hacerlo. Y demasiado estúpido como para reconocer lo que realmente sientes.

—No empecéis, porque veis algo donde no lo hay —rebato—. Me he casado con una mujer hermosa. ¿La deseo? Por supuesto.

—Es cabezota —replica el padre de mi amigo—. ¿A quién me recuerda? —pregunta, lanzándole una mirada a su hijo—. Hace no mucho tiempo, tú eras igual que él. Te negabas a aceptar lo que era más que obvio para los demás, dale tiempo.

—Y mientras seguirá haciéndole daño —espeta Blaine—. Cuando quiera darse cuenta, puede que sea demasiado tarde.

—Tienen un año por delante —dice Duncan—. No tardes tanto como yo.

—Ni Meadow es Gillian —le digo—, ni yo soy tú. Deja de compararnos, ni siquiera las circunstancias son las mismas.

—Muchacho —suspira el *laird* mientras niega con la cabeza—. Es como volver a revivir la historia. Mi hijo fue tan cabezota como tú, hasta el punto de que estuvo cerca de perder a su esposa. Toma un consejo de un hombre que perdió al amor de su vida, me lo arrebataron, y es como vivir faltándote la mitad de tu cuerpo.

—Si no recuerdo mal, estás con otra mujer —rebato, removiendo inquieto uno de mis pies ante sus palabras.

—Y han tenido que pasar casi treinta años —asiente—. Y puedo asegurarte que no la quiero de la misma forma. Asegúrate de no perderla, muchacho, o tu vida no volverá a ser la misma nunca más.

Exageran sobre ello, estoy seguro, sin embargo, sus palabras remueven algo en mi interior.

CAPÍTULO XIV



Meadow

Corro hacia Judith alejándola de Blaine.

Gillian viene tras de mí, y entre las dos la hacemos entrar en el castillo, mi hermana camina como en trance, como si todo lo que ha sucedido hace unos instantes hubiera sido demasiado para ella.

—Ya estás a salvo —susurro una y otra vez—. ¿Puedes escucharme, Judith?

Gillian nos guía hacia una alcoba que está al lado de la mía, las criadas salen en ese momento, y miro a mi amiga sin comprender.

—Mientras iba a por un arco, di la orden de que organizaran esta alcoba —se alza de hombros —. Sabía que ella no iba a volver con los Cameron, los hombres no lo hubieran permitido.

La tumbamos en la cama bocabajo, se deja hacer en todo momento sin rechistar ni emitir sonido alguno de dolor, a pesar de que debe estar sufriendo muchísimo. Su vestido está echado a perder, por lo que la desnudamos y cubro su cuerpo de cintura para abajo con una buena manta para que no tenga frío.

—La curandera debe estar al llegar —susurra mientras contemplamos a la muchacha a la espera de que diga algo—. Le debe doler mucho, Meadow —se lamenta, y aprieto mis labios con fuerza—. Esos malditos salvajes —sisea—. Debería haberle atravesado su negro corazón.

—Has sido muy valiente —alabo—. Me gustaría ser como tú…

—Lo eres —replica—. Solo tienes que darte cuenta. Deja todo tu pasado atrás y enfrenta tu futuro sin esa carga a tu espalda, no importa si tu matrimonio con Alasdair no sale como tú quieres.

—Vaya manera de empezar mi matrimonio —susurro en el momento que la puerta se abre para dar paso a la curandera y a Blaine.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta Gillian, anonadada ante su comportamiento—. No puedes entrar aquí.

—¿Cómo está? —pregunta, obviando las palabras de la señora del castillo.

Escucho por primera vez a mi hermana balbucear algo, estira la mano y nos miramos impresionadas al darnos cuenta de que le está pidiendo que se acerque, quedo con la boca abierta cuando lo hace sin rechistar, como si se sintiera atraído hacia Judith sin ser verdaderamente consciente.

—No puedo creerlo —susurra Gillian—. ¿Estás viendo eso? Blaine parece otro hombre…

No respondo porque la curandera comienza a curar cada latigazo que destroza la espalda de Judith. Mi hermana solloza y esconde su rostro para no dejar ver su debilidad, me duele, me destroza verla así. Durante mi infancia, la odié igual que hice con todos los demás, los nacidos y los que llegaron después que yo, eran un recordatorio constante de lo que hacía mi padre, y un motivo de zozobra para mi madre, pero ahora, viéndola así, soy incapaz de no sentir lástima por ella.

El taciturno amigo de Alasdair no se separa de su lado y las personas que estamos en esta alcoba somos testigos de cómo entre ellos ha nacido algo. ¿Cómo es posible? Al terminar la cura, Judith está exhausta y soy la primera en acercarme para darle consuelo.

—Ya ha terminado todo —susurro, arrodillándome para que nuestros ojos coincidan, en ellos veo reconocimiento y gratitud—. Deberíamos lavarte y cambiarte para que estés cómoda, ¿crees que podrás aguantar?

—No, por favor —susurra con la voz ronca, imagino que de tanto gritar—. No puedo soportarlo más.

—¿No puedes darle algo para el dolor, vieja? —cuestiona Blaine—. Sufre demasiado.

—Claro que lo hace —concede—. Tiene la espalda destrozada, llevará las marcas de por vida. Le daré lo más fuerte que tengo. Cuidado —advierte con fervor—, si le dais demasiado, podéis matarla.

Asiento mientras cojo el pequeño saquito de tela lleno de hierbas. Me explica cómo debo dárselo y se asegura de que lo he entendido antes de marcharse diciendo que mañana volverá para realizarle la cura correspondiente. Una vez solos, vuelvo a observar cómo Blaine parece cuidar el sueño de mi hermana, quien ha caído rendida ante el cansancio y el dolor.

—Blaine —llamo su atención para que aparte la mirada de una Judith durmiente—. ¿Qué sucede?

—Me recuerda tanto a ella… —susurra sin mirarme—. Es lo más hermoso que he visto en mucho tiempo.

—Judith es una buena muchacha —digo en voz baja—. Posiblemente la mejor de todos los hijos de mi padre.

—¿Sois muchos hermanos? —pregunta.

—Perdí la cuenta —me alzo de hombros.

—¿Y no te protegieron? —cuestiona incrédulo—. ¿Ni a ella?

—Nunca les he importado —respondo—. Y supongo que Judith no es la excepción, creo recordar que ella tenía un hermano, aunque murió hace unos años.

—Tu padre debería arder en el infierno —espeta furioso.

—Imagino que lo estará haciendo —asiento sin remordimiento alguno—. ¿Qué será de ella ahora? —me pregunto.

—Es mía —sentencia—. Puede que ella no lo sepa, pero lo es.

—No puedo decir nada en contra —replico—. Si ella te acepta, no creo que encuentre un hombre mejor. ¿Cuidarás de ella?

—Por supuesto —asiente—. ¿Me has perdonado?

—Si haces feliz a Judith, no habrá nada que perdonar —replico—. Cuídala y hazla dichosa.

—Si ella me lo permite, dedicaré mi vida a ello —responde con solemnidad—. Regresa a la celebración de tu boda, yo me quedaré cuidándola.

Dudo porque no debería dejarla sola con él, no porque tenga miedo de que le haga algo, sino por las habladurías. Sin embargo, salgo de la alcoba para dirigirme al salón, donde ya se escucha a toda la gente festejando mi enlace, uno que no ha tenido el mejor comienzo y temo que sea un presagio. Alasdair es el primero en verme, habla con Duncan y con su padre, mas se apresura a llegar a mi lado, alzo una de mis cejas interrogativa porque nunca se había acercado a mí por iniciativa propia, al menos, si no era para atacarme.

—¿Cómo está? —pregunta al llegar a mi lado—. ¿Blaine…?

—Se ha quedado con ella —respondo—. Está dormida. Su espalda va a quedar marcada para siempre.

—Malnacidos —sisea—. ¿Crees que es lo más sensato dejarlos solos? Blaine no la va a tocar, pero...

—Según él, es suya —me alzo de hombros—. No soy quién para prohibirle nada, de hecho, Judith es mayor que yo.

—¿Suya? —pregunta, frunciendo el ceño—. Se ha vuelto completamente loco.

—¿Por qué? —cuestiono, cruzándome de brazos—. Hay personas que son capaces de enamorarse a simple vista. Si hubieras visto cómo mi hermana buscaba su presencia… —enmudezco emocionada.

—Mujeres —refunfuña—. Comamos —dice mientras me coge de la mano para llevarme hasta la mesa repleta de comida—. Debes estar hambrienta

—Lo cierto es que no —susurro una vez sentada a su lado—. No podría probar bocado.

Bebo de mi copa de vino, sintiendo cómo caldea mi cuerpo y templa mis nervios. Todos a nuestro alrededor sonríen y festejan a pesar del ataque sufrido, como si mi esposo no hubiera acabado con uno de mis primos y mi hermana no se encontrara en cama con la espalda hecha un desastre.

—Deja de beber de ese modo —amonesta—. No quiero que pierdas la conciencia.

Su comentario me recuerda lo que se espera de mí dentro de unas horas. No me había dado tiempo a asimilar, ni se me había pasado por la cabeza, que él quisiera consumar nuestra unión, ya que era un propósito para un fin; la paz.

—¿Vas a querer que yo…? —no soy capaz de continuar, aun así, mi esposo parece entenderme.

—¿Que si quiero consumar nuestro matrimonio? —cuestiona en voz baja—. Por supuesto —asiente—. Si no lo hacemos, no es válido, Meadow.

—Pero no quiero quedarme embarazada —espeto—. No quiero que mis hijos sufran lo mismo que yo, Alasdair. ¿Por qué consumar algo que va a durar un año?

—A ver cómo te lo explico, esposa mía —suspira como si mis preguntas lo agotaran—. No pienso estar un año sin acostarme con una mujer, tú eres mía, por lo tanto, espero que cada noche me esperes en nuestro lecho para…

—¿Vas a serme fiel? —pregunto, incrédula, interrumpiéndolo—. ¿Quieres que nuestro matrimonio sea real?

—¿Por qué demonios pareces tan sorprendida? —espeta—. Nunca he dicho que no fuera capaz, sino que no quería. No obstante, ahora, pensándolo bien, puede que tenga sus ventajas.

—¿Como cuáles? —interrogo, frunciendo el ceño—. ¿No querías y ahora sí? ¿Qué ha cambiado?

—Basta de tanta pregunta y come —ordena entre dientes—. ¿Nos darás una oportunidad?

—¿No has dicho que coma y deje las preguntas? —replico con sorna—. No lo sé —reconozco siendo sincera—. Debes demostrármelo, Alasdair. No creo en promesas vacías ni palabras que son llevadas por el viento, creo en hechos.

Asiente y sigue comiendo con apetito mientras yo doy pequeños bocados aquí y allá. Al alzar la vista de mi plato, me doy cuenta de que Gillian me observa sonriente, imagino que habrá sido testigo de la conversación con mi esposo, enrojezco al pensar que alguien nos haya podido escuchar, me aseguro de que no es así y suspiro aliviada. El brindis por nosotros llega y nos ponemos de pie ante todo el clan para recibir sus buenos deseos. Al levantarme, me doy cuenta de que he bebido más de la cuenta, parece que mi esposo también se percata cuando me tambaleo, no dice una palabra, pero su mirada me deja claro que está molesto.

Después comienza la música y todos bailan, observo con una sonrisa en los labios cómo todos disfrutan. Duncan y Gillian lo hacen riendo y es palpable el amor que se profesan, y no puedo evitar sentir envidia por ello, porque deseo con todo mi corazón llegar a conseguir eso algún día.

—¿Quieres bailar? —pregunta mi marido—. Deberíamos hacerlo, somos los novios.

No me da opción a negarme, coge mis manos y me arrastra hasta donde todos los invitados han hecho un círculo, nos dejan en el centro y todo se vuelve una locura. Intento seguir los pasos, Alasdair no suelta mis manos en ningún momento, cuando al fin soy capaz de alzar la cabeza sin tropezarme, encuentro sus ojos mirándome fijamente como si nada ni nadie existiera a nuestro alrededor, doy un traspié ante la conmoción que eso me provoca y caigo sobre su pecho.

—Lo siento —balbuceo, apartándome con rapidez avergonzada—. He tropezado, siempre he sido muy torpe para bailar y…

—No pasa nada, Meadow —interrumpe—. No voy a enfadarme porque una muchacha bonita caiga sobre mí —bromea.

Tras un buen rato bailando, me siento cansada y nerviosa a partes iguales, la hora se acerca y no sé cómo voy a reaccionar. Veo que Gillian me hace un gesto y me dirijo hacia ella seguida de mi esposo.

—Es la hora —susurra—. Además, supuse que querrías ver a tu hermana…

—¿Cómo está? —pregunto, intentando obviar la parte donde debo prepararme para Alasdair.

—Dormida —informa sonriente—. Blaine no se ha separado de ella, puedes estar tranquila, querida.

Asiento y me giro para mirar a mi esposo, que no ha perdido detalle de nuestra pequeña conversación. Con un simple gesto, me dice lo que necesito saber, por lo que me marcho con mi amiga sabiendo que la próxima vez que nos veamos será en el lecho.

—El baño ya está listo —me explica—. Te ayudará a relajarte.

—¿A ti te funcionó? —pregunto mientras subimos al segundo piso.

—Mi matrimonio comenzó como el tuyo, Meadow —responde esquiva—. No debes temer, ambas sabemos que Alasdair tiene experiencia y lo hará agradable para ti.

Llegamos a la alcoba de mi hermana y, al entrar, compruebo que todo está tal como antes. Blaine parece sorprendido ante mi llegada y así me lo hace saber.

—¿Qué haces aquí? —pregunta—. Deberías estar en el lecho con tu esposo. No te preocupes por Judith.

—No puedo evitarlo —replico—. Solo quería comprobar que no estaba peor…

—Parece tranquila —intenta tranquilizarme—. No se ha movido ni una sola vez. Ahora márchate antes de que Alasdair se impaciente.

Gillian me saca de la alcoba a regañadientes, ya que me gustaría alargar todo lo posible el momento de encontrarme de nuevo con mi esposo. Al entrar en la mía, me doy cuenta de que todo está preparado y comienzo a temblar sin poder remediarlo. Cuando mi amiga empieza a ayudarme con el vestido, un nudo se instala en mi garganta, me meto en la tina y suspiro intentando que todo el miedo y nerviosismo desaparezca.

—Estás tan tensa que parece que te vas a romper en cualquier momento —bromea Gillian—. Debes relajarte —aconseja con cariño—. Entiendo tu temor, este momento es algo que pasamos todas las mujeres, pero mañana verás todo de diferente forma.

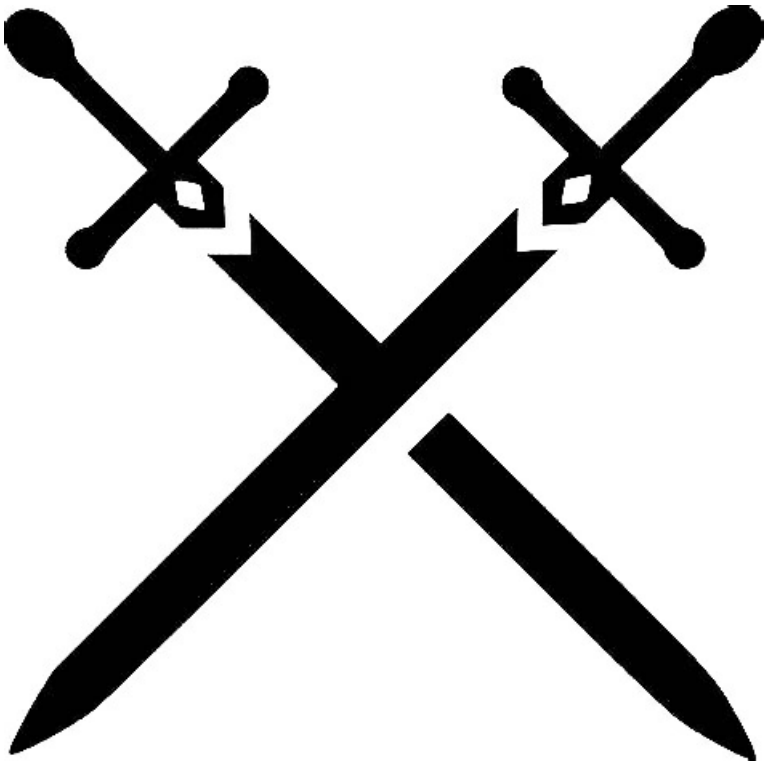
—Pensaba que no consumaríamos el matrimonio, que… —mi voz se apaga—. Me ha dicho que piensa serme fiel, Gillian —confieso con un deje de terror en mi voz—. Temo creerlo porque cuando me falle, no seré capaz de perdonarle.

—Démosle una oportunidad —susurra mientras me ayuda a salir de la tina—. ¿Crees que Duncan quería casarse conmigo? Estaba prometido con Elaine, nuestro matrimonio al principio fue un infierno, el tuyo no tiene por qué ser igual si ambos poneis de vuestra parte.

El camisón es precioso, aunque para mi gusto muestra demasiado, cepillo mi cabello con brío para poder meterme entre las mantas y así sentirme menos desnuda. Mis manos tiemblan tanto que soy incapaz, por lo que Gillian es la encargada de acabar lo que he empezado.

—Estás preciosa —alaba sonriente—. Voy en busca de tu esposo.

CAPÍTULO XV



Alasdair

Las veo subir las escaleras y desaparecer, suspiro intentando tranquilizarme. Me siento ridículo, ya que parezco un muchacho sin experiencia, no debería sentirme así, maldita sea.

—¿El gran Alasdair nervioso? —pregunta Duncan a mi lado—. Si no lo veo, no lo creo.

—Cállate —espeto entre dientes—. No lo estoy —miento.

—Es normal, ¿sabes? —cuestiona—. ¿Aceptarías un consejo de alguien que cometió tantos errores como para estar a punto de perder lo mejor que me ha pasado en la vida?

—Si no hay más remedio —refunfuño, sabiendo que no va a dejarlo pasar—. Estuve allí, ¿recuerdas?

—Y no hice caso a tus consejos —amonesta—. No hagas tú lo mismo. Esta noche es especial y difícil para Meadow, ambos sabemos que eres un amante experto, al menos, que toda esa experiencia sirva para algo.

—¿Crees que voy a forzarla o a dañarla? —espeto ofendido—. Nunca le haría daño de ese modo —siseo—. Creía que me conocías mejor, Duncan.

—No he dicho eso, maldita sea —replica—. Solo que lo hagas especial, ¿de acuerdo?

—Esto es innecesario —exclamo dispuesto a marcharme, pero me detiene.

—Asegúrate de contarle tu encuentro con Regina —aconseja—. Si esta noche la pasáis juntos y después se entera por otras personas, se va a sentir traicionada.

—No he hecho nada —me defiendo—. No llevo ni un día casado y todo son problemas.

—Hazlo —presiona—. Esposa, ¿dónde estabas? —pregunta, dejándome saber que Gillian está tras de mí.

—Meadow ya está preparada —anuncia mirándome—. Está asustada, ve despacio, por favor.

Maldigo y me marcho cansado de que crean que pueden aconsejarme como si fuera un estúpido que no sabe qué debe hacer. Odio que Meadow se sienta de ese modo, sin embargo, es lógico, ya que es virgen y teme lo desconocido, por mi parte, no puedo negar que me siento ansioso, mentiría si dijera que no deseo perderme en su cuerpo.

Al llegar frente a la puerta que me separa de mi esposa, me detengo y contengo el aliento durante unos instantes, suelto el aire y entro a la que a partir de esta noche será la alcoba que comparta con Meadow. Ella me mira desde el lecho como un animalillo asustado, y antes de dar un paso al frente, me prometo cambiar esa mirada por una oscurecida por el deseo, necesito escucharla gemir mi nombre mientras me adentro en su cuerpo poseyéndola y marcándola como mía.

—No me mires así —le pido, intentando contener mi impaciencia—. No voy a abalanzarme sobre ti.

—No pienso que lo vayas a hacer —susurra—. No lo puedo evitar, lo siento.

—No me pidas perdón —replico, dirigiéndome hacia la tina que está frente al fuego, meto la mano y compruebo que el agua está templada, por lo que decido darme un baño rápido con la esperanza de que eso la relaje—. Voy a aprovechar el agua.

—Debe estar fría —exclama, incorporándose en el lecho—. Deja que vaya a pedir más —se ofrece mientras retira las mantas que la cubren.

—No es necesario —interrumpo, perdiéndome en lo que deja entrever su camisón—. Me vendrá bien —refunfuño cuando mi miembro da un brinco entre mis piernas.

Me mira ceñuda hasta que comienzo a desnudarme. Su cabello largo cubre su rostro, es entonces cuando me doy cuenta de que lo lleva suelto, no creo recordar otro momento en el que lo haya llevado así en mi presencia y me deja fascinado.

—Nunca te había visto así —digo mientras me sumerjo en el agua sin perderla de vista.

—¿Así cómo? —pregunta—. Si te refieres medio desnuda —farfulla—, no acostumbro a que nadie me vea de semejante guisa.

—Todavía no estás desnuda, Meadow —rio ante su respuesta—. Estás preciosa —alabo casi como un suspiro.

Alza el rostro incrédula ante mis palabras, sonrío sin poder evitarlo al ver cómo se sonroja. Me lavo con rapidez y me pregunto a mí mismo qué debería hacer, ¿salir desnudo o cubrirme? Si fuera otra la que estuviera sentada en el lecho, no dudaría, saldría del agua tal cual mi madre me trajo al mundo, pero con Meadow no sé cómo demonios comportarme.

—¿No vas a salir? —pregunta mi esposa, sacándome de mis pensamientos—. No creo que sea la timidez lo que te impida hacerlo. Si te sientes más cómodo, no miraré —dice con solemnidad, cerrando los ojos.

Una carcajada brota de lo más profundo de mi pecho ante su ocurrencia, decido aprovechar para ponerme en pie y dirigirme con paso firme hacia el lecho que debo compartir a partir de ahora con ella, con la muchacha que me espera temerosa, a pesar de que intenta aparentar lo contrario.

—No me da vergüenza, esposa —le digo mientras me siento en mi lado y me cubro hasta las caderas—. Eres tú la que enrojecerías hasta la raíz del cabello si me ves desnudo.

—¡Eso no es cierto! —espeta, abriendo sus ojos y haciendo justo lo que acabo de decir al fijarlos en mi pecho desnudo—. Estás todo mojado —balbucea—. Vas a enfermarte.

—Me conmueve tu preocupación por mí —replico—. Voy a estar bien, mujer —digo, acercándome a ella—. Aunque si tanto te preocupo, siempre puedes darme un poco de tu calor…

La siento temblar y no creo que sea por el frío, ya que el fuego crepita en la habitación, ni

siquiera yo soy capaz de sentirlo. Decido que si quiero que se olvide del temor que la domina, debo dar el primer paso y no dejarle tiempo para pensar, por lo que mi mano se posa en su nuca consiguiendo que se tense y me mire aterrada. Mi beso es comedido al principio, buscando una respuesta por su parte, cuando sus labios se abren en un tembloroso suspiro, mi lengua se adentra empapándose de su esencia y buscando la suya.

Su cuerpo está tenso, aun así, responde con fervor a mi beso. Mis manos se pierden entre su sedoso cabello, abandono sus labios y escucho un gemido lastimero por su parte, recorro su cuello bajando con lentitud la tela que recubre sus pechos, cuando al fin los puedo ver y tocar a placer, mis manos los abarcan a la perfección. Sus pezones me llaman, por lo que comienzo a saborear uno mientras torturo al otro con mis dedos, los gemidos de Meadow van a conseguir que haga el ridículo más absoluto. Poco a poco, mientras la vuelvo loca de placer, la tumbo y lo hago yo también sobre ella, el camisón me estorba y me queda poca paciencia, necesito sentir su piel contra la mía, por lo que lo rasgo haciéndola jadear de la impresión, mas no se queja.

—Vas a hacerte daño en las heridas —gime contra mis labios.

—No son mis heridas lo que me duele en estos momentos, esposa —gruño entre dientes cuando mi miembro encuentra la humedad de su centro, comienzo a moverme por pura inercia, necesitando adentrarme en su interior—. No puedo esperar más, Meadow.

—Hazlo, Alasdair —apremia, clavando sus uñas en mi espalda.

Con un gruñido, me adentro de una sola estocada, ya que el dolor es mejor pasarlo de una maldita vez, noto la barrera de su virtud romperse y escucho su grito contra mi oido, a pesar de todo eso, solo soy capaz de sentir el placer más sublime del que he disfrutado en toda mi vida.

—Dios —siseo, conteniéndome para no volver a embestir como un loco—. Lo siento —susurro contra su cuello sudoroso cuando la escucho sollozar—. Te prometo que ya no va a doler.

Tras unos instantes en los cuales intento mantener la compostura y no correrme como un muchacho inexperto, me doy cuenta de que, poco a poco, el cuerpo de mi esposa se relaja entre mis brazos. Voy dejando besos por su hermoso rostro, por su cuello, hasta que llego a sus labios, donde me pierdo hasta que se remueve haciéndome gemir, sus caderas impulsan las mías, me muevo primero despacio, intentando adivinar si le duele, y tras varios gemidos, me deja claro que solo siente placer, por lo que comienzo a adentrarme en su interior con más fuerza. Tengo la impresión de que todo dura muy poco, Meadow me aprieta en su interior lanzando un grito de placer, y no puedo evitar derramarme en ella gruñendo su nombre.

—Alasdair —jadea temblorosa—. ¿Estás bien? —esa simple pregunta me golpea con fuerza y contengo el aliento al darme cuenta de algo que no he querido admitir.

—¿Que si yo estoy bien? —susurro sin fuerzas—. Debería ser yo quien te lo preguntara, mujer.

—Estoy mejor que bien —ríe con ligereza, su cuerpo tiembla entre mis brazos—. Gracias —dice contra mi cuello.

Alzo mi cuerpo con mis codos para poder verle el rostro sonrosado y sudoroso por lo que acaba de suceder entre nosotros. Me sonríe como nunca lo ha hecho, otro golpe de gracia que me hace entender que he caído rendido ante esta pequeña mujer, me siento aterrado por ello, pero feliz. La beso de nuevo y me aparto para asegurarme de que está bien, mi pierna y hombro se resienten, aun así, no digo nada mientras me levanto sin importarme mi desnudez y mojo un paño para lavarla y que esté más cómoda.

—Siento haber roto tu camisón —me disculpo, aunque no lo siento en absoluto.

—No importa —susurra ahora cohibida—. No es necesario que hagas esto…

—He sido yo el causante y quiero hacerlo —interrumpo con dulzura—. Deja que cuide de ti.

Se deja hacer mortificada. Conforme me tumbo de nuevo a su lado, nos cubro con las mantas, ambos desnudos, piel con piel. Meadow suspira contra mi pecho haciéndome estremecer, mis dedos de nuevo se pierden en su cabello, me relaja acariciar sus hebras, los ojos se me cierran y lo último que pienso antes de abandonarme al sueño es que me siento dichoso y completo por primera vez en mi vida.

***

Despierto sintiendo mucho calor, frunzo el ceño porque no estoy en mi alcoba, me cuesta unos instantes recordar dónde me encuentro. Al hacerlo, miro a mi lado para encontrar a Meadow enroscada a mi cuerpo, su brazo y pierna sobre mí, contengo un gemido cuando se remueve en sueños y roza mi miembro ya erecto.

—Fabuloso —farfullo, intentando relajarme—. Esta mujer va a matarme —susurro, intentando apartarme; si no lo hago, voy a poseerla de nuevo y le haría daño—. Suéltame, Meadow —le digo muy bajito para no perturbar su sueño.

No obedece, al contrario, se acerca todavía más, hasta casi subirse sobre mí. Cierro los ojos y aprieto los dientes ante el ramalazo de placer que me recorre el cuerpo. Aparto con dificultad su pierna intentando no perderme en la suavidad de su piel, hago lo mismo con su brazo y salto de la cama como si huyera del mismísimo diablo, y puede que la mujer que yace desnuda y durmiendo plácidamente lo sea, al menos, a mí me tienta como si lo fuera y no creo que sea consciente de ello.

La contemplo durante unos instantes hasta que me doy cuenta de lo estúpido que parezco y me visto para salir lo más rápido de aquí. No puedo evitar dejar un beso en su frente antes de marcharme, como si separarme de ella me doliera, vaya tontería. Cierro la puerta con cuidado y me encamino hacia el salón, encontrando a Duncan y Blaine hablando en voz baja.

—Buenos días —saludo extrañado ante su comportamiento—. ¿Le ha sucedido algo a la hermana de Meadow? —pregunto.

—Tiene fiebre —responde Blaine—. Algo normal por el estado de sus heridas. La curandera está ahora con ella.

—Maldición —gruño, pasando la mano por mi cabello—. ¿Debería despertar a mi esposa?

—No —niega—. Esperemos que la vieja pueda controlar la calentura.

Asiento y me dejo caer en la silla, mis amigos me imitan.

—¿Qué pasa? —inquiero de nuevo—. Sucede algo más, así que decidlo porque me estáis poniendo de los nervios.

—Debo volver con los MacArthur —anuncia Blaine con voz queda—. En cuanto todos despierten, partiremos.

—¿Cuál es el problema? —frunzo el ceño sin comprender—. Todo está arreglado, no creo que los Cameron vuelvan…

—No quiero dejarla —interrumpe, golpeando la mesa frustrado—. Parece una locura, pero se siente segura a mi lado.

Alzo una de mis cejas incrédulo ante lo que estoy escuchando. Meadow me dijo algo ayer, no le di mucha importancia creyendo que serían ilusiones suyas, sin embargo, ahora mi amigo, el más taciturno de los tres, reconoce que no quiere dejar atrás a Judith.

CAPÍTULO XVI



Meadow

Despierto cuando los rayos del sol entran por la ventana, me desperezo y gimo ante el dolor que siento en ciertas partes de mi cuerpo que nunca antes me habían dolido. Abro los ojos y descubro que me encuentro sola en el lecho. Suspiro aliviada, no sé si hubiera sido capaz de mirar a los ojos a mi esposo después de lo que ocurrió anoche entre los dos. Una tímida sonrisa se dibuja en mis labios, mi mano los roza recordando cuántos besos apasionados recibió hace unas horas. Incluso mi cuerpo me parece diferente después de que las grandes manos de mi esposo lo hayan recorrido con fervor, enrojezco al recordar los gemidos, los susurros y las miradas cómplices que compartimos. Nunca nadie me había dicho que algo así podría suceder entre un hombre y una mujer, ¿se referiría a esto Gillian?

Intento que los pensamientos de que otras mujeres han disfrutado entre los brazos de mi esposo no empañe lo que siento ahora mismo, es una realidad que no puedo cambiar, es su pasado, y si quiero tener una oportunidad a su lado, debo dejarlo atrás. Ahora, los consejos que me han dado durante estos días se hacen más presentes que nunca. Ante mí veo dos caminos; uno me lleva hasta Alasdair, otro a la soledad, y estoy cansada de estar sola.

Al vestirme, me doy cuenta de que tengo marcas en los pechos, caderas y muslos. Lejos de molestarme o asustarme, no puedo dejar de sentirme deseada a tal extremo que mi esposo no controle su fuerza, marcando mi delicada piel. Por inercia, comienzo a trenzar mi cabello, hasta que recuerdo lo que me dijo Alasdair, le gusta que lo lleve suelto, así que solo lo cepillo hasta dejarlo sedoso y con brillo.

Salgo de mi alcoba algo cohibida, pensando que todos saben lo que ocurrió anoche, niego con

la cabeza y me encamino primero a ver a Mary Jo. Al entrar al cuarto, descubro que continúa dormida al lado del hijo de Gillian. Salgo sin hacer ruido y voy a ver a mi hermana, me avergüenzo al reconocer que en toda la noche no he pensado en ella.

—¿Qué sucede? —pregunto a Blaine, ya que, al entrar, él y Gillian se turnan para colocar paños en la frente de Judith—. ¿Tiene fiebre? ¿Por qué no se me ha avisado?

—Cuánta intensidad a estas horas del día —replica Blaine—. Tu esposo debería haberte agotado tanto anoche que no tendrías que estar fuera de la cama —bromea de esa forma suya tan extraña—. No te hemos informado porque la fiebre está bajando.

Me acerco con rapidez para comprobar por mí misma que es así. ¿Cómo no se me ocurrió anoche pensar que esto podría pasar? Con las heridas que tiene en la espalda, lo raro sería que no se complicara la recuperación. Ante mi tacto, frunce el ceño, sin embargo, no abre los ojos, y de reojo, me doy cuenta de que Blaine sigue sin perder detalle, Gillian se mantiene expectante.

—¿Qué ha dicho la curandera? —pregunto preocupada.

—Ha estado media noche con ella —explica, y me tenso al ser consciente de que no me he enterado de nada en lo referente a mi hermana, podría haber sucedido algo mucho peor y yo no lo hubiera sabido—. No se ha marchado hasta que ha controlado la calentura. Ha vuelto a curarla, esta vez Judith ha sufrido más —su voz tiembla—. Ahora parece que está más calmada.

—Siento tanto no haber estado aquí —susurro, sabiendo que no me escucha—. No quiero que se me vuelva a ocultar nada —espeto, mirando a ambos—. No importa la hora que sea, ni dónde esté ni con quién. Es mi hermana y mi obligación es estar con ella.

—No es como si lo hubieras estado en el pasado —rebate Blaine y me tambaleo; sus palabras las siento como un puñetazo, ya que son ciertas.

—Déjala en paz —la voz pastosa de Judith nos sorprende a los tres que, de inmediato, la miramos impresionados—. Meadow no tiene la culpa de nada.

Su defensa me hace sentir peor todavía y a la vez caldea mi corazón. Cojo su mano sintiéndola fría, a pesar de que su frente está caliente todavía. Su apretón me sorprende, parece tan débil tumbada en esta cama enorme. Su piel, aunque siempre ha sido pálida, ahora lo parece aun más, y su pelo rizado y de un color anaranjado que siempre he envidiado está enmarañado y sucio.

—Judith —susurro arrodillándome—, ¿cómo te sientes?

—Como si me hubieran dado latigazos hasta casi matarme —bromea, intentando sonreír—. Son demasiado listos —se lamenta—. Siempre supieron que tú y yo teníamos un vínculo, aunque ninguna de las dos hicimos nada nunca por acercarnos, ¿verdad?

—De todos los hijos de mi padre, tú eres la única que me agradaba un poco —confieso, intentando seguir su broma—. ¿Por qué a ti? —pregunto, tratando de comprender qué pudo suceder en mi ausencia para que la castigaran de este modo.

—Creo que no éramos tan disimuladas como creíamos. —Abre sus ojos verdes, velados por la fiebre y el dolor, para mirarme—. Sabían que era la única por la que te podrías sacrificar, y que para mí tú eras especial entre todos los bastardos de padre.

—Lo siento —me lamento—. Todo esto es por mi culpa.

—No lo es —rebate con firmeza—. No te sientas culpable, Meadow. Allí hubieras muerto igual que lo hizo Elaine.

El nombre de nuestra prima trae su recuerdo a mi memoria, sintiéndome una intrusa, una impostora. El silencio nos envuelve y alzo los ojos para descubrir que mi hermana observa a Blaine sin pudor alguno, carraspeo porque me incomoda ver algo tan íntimo entre ellos.

—Debes recuperarte pronto —apremio.

—Lo intentaré —responde sonriendo—. Lamento haber irrumpido en tu boda, ¿eres feliz?, ¿lo

amas? —pregunta interesada entre susurros, como si supiera de antemano que es algo que no quiero hablar delante de tanta gente.

—Blaine —llama Gillian—, dejemos que hablen, tienen muchas cosas que contarse.

—Pero… —comienza a rebatir, aunque una simple mirada de la señora del castillo lo silencia, consiguiendo que sonría ante lo cómico de la situación—. De acuerdo —farfulla.

Salen dejándonos solas y nos observamos por lo que parece una eternidad, lo hago buscando algo en su rostro que se parezca al mío, mas no encuentro parecido alguno, nadie que no sepa nuestro parentesco diría que compartimos el mismo padre.

—Ahora puedes responder a mis preguntas —replica—. Recuerdo a tu esposo, pasó meses con vosotras antes de desaparecer.

—Sí —asiento—. Al morir Elaine, quise cumplir su deseo de traer a Mary Jo con los Campbell, así que después de la paliza que me dieron por no aceptar el destino que tenían previsto para mí, cogí a la niña y hui en medio de la noche.

—Sigo sin comprender que te hayas casado con tanta celeridad, Meadow —reprende—. Pensé que Mary Jo era su hija y Elaine…

—Yo también —interrumpo—. No lo es. En realidad, nuestra prima sí amó a Alasdair, pero amaba más su ambición y eligió a Duncan porque sería *laird* algún día. Al final, se quedó sola —susurro apenada—. Creímos que lo mejor para que los Cameron no atacaran y mataran a gente inocente era que yo estuviera ya casada, de esa manera no tendrían poder sobre mí.

—Entiendo —asiente despacio—. Entonces, ¿no lo amas? —pregunta, es algo que no soy capaz de responder—. ¿Qué estás haciendo, Meadow? —cuestiona con voz temblorosa—. Estás repitiendo la historia de tu madre, incluso tu esposo es como padre, ¿eso es lo que deseas para tu vida?

—No tiene por qué ser así, Judith —balbuceo mientras a mi mente llegan imágenes tan vívidas de anoche que me estremezco y me abrazo a mí misma para intentar retener el calor—. Si no sale bien, solo es un año… —mi voz se rompe.

—Tu reacción me ha dejado saber lo que ya imaginaba —suspira, apretando mi mano—. Le amabas a pesar de todo. Durante el tiempo que estuvo con los Cameron, me di cuenta de cuán parecido es a padre, Meadow —se lamenta—. Perdí la cuenta de con cuantas mujeres estuvo…

—Basta —suplico, sintiendo un dolor profundo en mi corazón—. Sé todo eso, ¿crees que no lo he intentado? Anoche fue…, y yo… —gimo, cubriendo mi rostro, me siento observada por ella.

—No quiero ser la mala de esta historia —dice apesadumbrada—. Pero es como comenzar de nuevo, ¿sabes? Era muy pequeña cuando padre se casó con tu madre, aun así, recuerdo todo lo que ocurrió después.

—Y yo también —exclamo—. Crecí con ello. Tengo las mismas dudas que tú, Judith, he luchado con uñas y dientes, aunque creo que me merezco una oportunidad.

—Entonces no tengo nada más que decir —replica—. Olvida todo lo que he dicho e intenta ser feliz, te lo mereces.

—Gracias —sonrío con tristeza, ya que ahora no estoy tan segura como cuando he despertado —. Deberías descansar —aconsejo—. Parece que la fiebre ha desaparecido.

—Sí —bosteza y cierra los ojos—. Dormiré un poco.

—¿Tienes hambre? —pregunto—. Tal vez deberías…

Guardo silencio cuando me doy cuenta de que no me escucha, se ha dormido mientras hablaba. Suelto su mano poco a poco para no perturbarla y salgo de la alcoba, no me sorprende encontrar a Blaine esperando en el pasillo con aparente tranquilidad.

—Se ha dormido —informo—. Ya no tiene calentura.

Asiente mientras pasa por mi lado para entrar de nuevo a la alcoba de Judith. Cuando va a cerrar la puerta, me observa durante unos instantes antes de hablar.

—Alasdair debe estar buscándote —dice en voz baja—. Por cierto, no hagas caso de todo lo que escuches, aprende a no dar nada por sentado y a preguntar a tu marido.

Me cierra la puerta en las narices antes de que me dé tiempo a preguntar qué demonios ha querido decir con eso. Una sensación de intranquilidad se apodera de mí mientras la conversación con mi hermana y lo que me acaba de aconsejar Blaine rondan mi cabeza. Bajo las escaleras tan ensimismada que no me doy cuenta de nada a mi alrededor, hasta que escucho la voz potente de mi esposo, y alzo la mirada para encontrarlo esperándome mientras me observa descender.

—Buenos días, esposa —saluda como si nada—. Espero que hayas descansado bien.

—Buenos días —le devuelvo al llegar a su lado—. Lo he hecho, gracias —respondo, bajando la vista hasta mis pies.

—Puedes mirarme a los ojos, Meadow —bromea, posando su mano en mi barbilla con mimo —. Déjame ver tu hermoso rostro, ¿te has dejado el cabello suelto por mí? —pregunta esperanzado.

—Sí —confieso, alzando el rostro ante su contacto—. He recordado que te gusta que lo lleve así.

—Por supuesto —asiente complacido—. Aunque no estoy seguro de si ha sido buena idea, mujer. Ahora todos te mirarán incluso más que antes, creo que prefiero ser el único privilegiado que vea toda tu belleza.

Me sonrojo ante sus halagos, nunca nadie me había dicho cosas así, y mucho menos él, ya que hasta hace muy poco éramos casi enemigos. Coge mi mano y me lleva hasta el salón, Gillian y Duncan están sentados a la mesa y les sonrío saludando mientras Alasdair aparta mi silla para que me pueda sentar, no me pasa desapercibida la aprobación de nuestros anfitriones ante su atención para conmigo.

—¿Estás más tranquila ahora, Meadow? —pregunta Gillian—. Imagino que Judith está mejor…

—Se ha quedado dormida —asiento—. La fiebre ha desaparecido, espero que siga así.

—Por supuesto que sí —replica Duncan—. Es una muchacha joven, saldrá adelante.

—Eso espero —digo con temor—. Se lo merece, nunca hemos sido cercanas, pero…

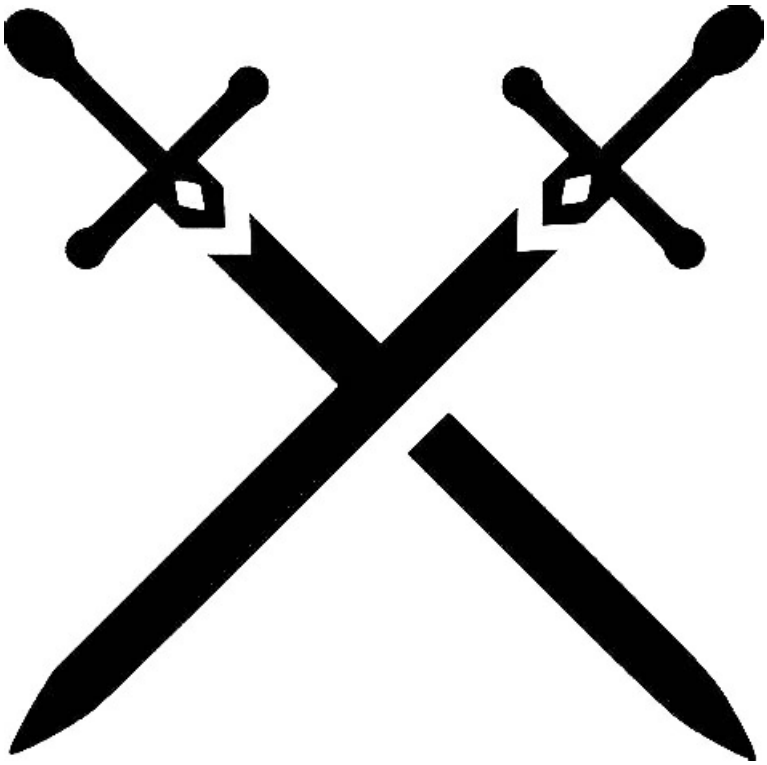
—Al fin y al cabo, sois hermanas —termina Gillian por mí—. Verás como en pocos días podrá levantarse de la cama y continuar con su vida.

Me doy cuenta de que Alasdair, sentado a mi lado, está muy callado. Le observo mientras come con apetito y le imito; anoche, por los nervios, no pude comer mucho. Mientras, escucho la conversación de nuestros anfitriones como a lo lejos, ya que, de nuevo, las palabras de Blaine me golpean en cuanto Regina hace su aparición en el salón trayendo más comida a la mesa. No me pasa desapercibida la mirada que le lanza a mi esposo, ni cómo este la esquiva, algo raro en él, no puedo evitar tensarme cuando la pelirroja se acerca demasiado a nosotros para dejar la fuente que porta en las manos.

¿Por qué siento que algo ha sucedido, algo de lo que no soy consciente? Cierro los ojos por un instante intentando espantar esa sensación, luchando con los viejos fantasmas de mi infancia para que no interfieran en mi matrimonio, es algo que me había prometido no hacer, no puedo desconfiar ante el primer escollo.

Odio sentirme tan minúscula ahora mismo, detesto la desconfianza que me corroe…

CAPÍTULO XVII



Alasdair

En el momento en que Regina hace su aparición, el ambiente distendido desaparece. Mi esposa se tensa ante su presencia y el comportamiento de la pelirroja no ayuda en absoluto, me gustaría levantarme y zarandearla para que deje de hacer lo que está haciendo. El carraspeo de Duncan, junto con una mirada acerada, consigue que mi antigua amante se aparte de la mesa y se marche con rapidez, suspiro aliviado sin poder evitarlo, no me gusta el cambio de Meadow.

—¿Te gustaría dar un paseo, Meadow? —pregunta Gillian, rompiendo el silencio—. Podemos ir con los pequeños y…

—Creo que debería ir con Alasdair, esposa —interrumpe mi amigo—. Al fin y al cabo, se acaban de casar.

—No es necesario —replica—. Soy consciente de que tiene obligaciones, no debe preocuparse por mí.

—No hables por mí, mujer —espeto—. Podemos dar un paseo a caballo si te apetece…

—Repito que no es necesario —dice con cabezonería—. Prefiero pasear con Gillian, no quiero alejarme demasiado por si Judith me necesita.

Sé que se está alejando de mí, lo noto, a pesar de que su cuerpo sigue sentado a mi lado. Vuelve a construir las barreras que anoche pude derribar y no sé cómo sentirme; frustrado, culpable…

—Creo que sí lo es —rebato con firmeza para que se dé cuenta de que no estoy dándole opción. No quería comportarme así, pero si no lo hago, siento que continuará, alejándose tanto que no seré capaz de alcanzarla de nuevo—. Saldremos a cabalgar y volveremos pronto para que puedas cuidar a tu hermana una vez se haya ido Blaine.

—¿Se va? —pregunta, incrédula, mirándome por primera vez desde que ha aparecido Regina —. ¿A dónde?

—Regresa con los MacArthur —me alzo de hombros—. Todo ha terminado y deben regresar a su hogar.

—¿Por qué él no se quedó aquí como tú? —pregunta interesada—. Los tres sois amigos.

—Blaine no estaba de acuerdo con mi forma de actuar —interfiere Duncan con pesar—. Tuvimos diferencias que nos separaron y decidió regresar con mi padre.

—Por tu tono de voz, me doy cuenta de que te gustaría que se quedara —dice, mirando a mi amigo—. ¿Se lo has pedido?

—No —niega—. Y no pienso hacerlo, él sabe que siempre será bienvenido en mi hogar, no voy a condicionar sus decisiones.

Me levanto cansado de tanta charla y cojo la mano de mi esposa para que me imite, forcejea conmigo durante un pequeño instante, algo debe ver en mi mirada porque se detiene, alza el mentón y me sigue sin pronunciar una sola palabra. Solo me detengo una vez estamos en los establos y comienzo a preparar a los caballos, estoy furioso ante su indiferencia, me ha juzgado y sentenciado por algo que no puedo controlar.

—No comprendo por qué me obligas —espeta entre dientes—. Tengo que estar con Mary Jo y cuidar de mi hermana, no tengo tiempo que perder, ¿sabes?

—Estar conmigo es perder el tiempo… —gruño—. Anoche no pensabas lo mismo.

—Lo que acabas de decir es muy poco caballeroso —jadea sonrojada—. Solo tú eres capaz de convertir algo bueno en algo sucio.

—Nunca dije que fuera un caballero ni pretendo serlo —replico—. Eso lo dejo para Blaine, que parece idiotizado por tu hermana y ni siquiera han hablado…

—No puedes comprenderlo porque no sabes amar —rebate con fervor—. No hables de lo que no entiendes, Alasdair.

Me giro con brusquedad sobresaltándola, me acerco a ella sin darle opción y mis manos rodean su nuca para besarla con ansias, de ese modo consigo que calle, rezo para que recuerde lo que sucedió anoche. Forcejea hasta que mi lengua encuentra la suya, entonces sus manos se pierden en mi pelo, dando un fuerte tirón que imagino es más un castigo que otra cosa, lo acepto con gusto. Empujo con delicadeza su cuerpo contra una de las paredes, lo que ha empezado como una forma de hacerla callar se ha trasformado en una necesidad casi dolorosa.

Le alzo la falda, mis manos se pierden entre sus muslos mientras la insto a que me rodee la cintura, cuando lo hace, la penetro hasta el fondo gruñendo como un animal, cubro su boca para acallar su grito, y no la aparto hasta que ambos alcanzamos el éxtasis, ha sido todo muy rápido, pero tan intenso que siento como tiemblan mis piernas.

Meadow esconde su rostro en mi cuello, siento sus jadeos sobre mi piel sudorosa. Me separo de ella recomponiendo mi ropa mientras me imita arreglando su cabello en un intento vano de tratar de ocultar lo que acaba de suceder entre nosotros. No me importa lo más mínimo que la gente sepa que le acabo de hacer el amor a mi mujer.

«¿Amor?», pienso, quedándome inmóvil mirando sin ver, ¿de dónde ha salido ese pensamiento? La observo mientras acaricia mi caballo susurrando algo que no soy capaz de entender, y es este momento, al ver con el cariño con el que trata al animal, que me encuentro envidiándolo.

—¿Sigues queriendo ir a dar un paseo? —pregunto con la voz quebrada ante lo que acabo de descubrir.

—Fuiste tú el que me obligaste a venir aquí, Alasdair —puntualiza mirándome—. No

obstante, si has cambiado de opinión, vuelvo al castillo.

Pasa por mi lado apresurada y no la detengo, ¿por qué demonios no lo hago? Dejo que se marche, a pesar de que lo que más deseo es volver a abrazarla. ¿Cómo he podido estar tan ciego? Son tantas preguntas para las que durante mucho tiempo no he querido obtener respuestas que ahora me parece todo tan simple que no sé si reír como un estúpido o darme cabezazos contra la pared más cercana.

Desde el principio me pareció hermosa, pero el fantasma de lo que sentí por Elaine no me dejaba ver más allá. Los meses pasaron y me di cuenta de que Meadow me detestaba, por lo que mi orgullo me obligaba a hacerlo también, odiaba esas miradas de reprobación constante como si nunca hiciera nada bien a sus ojos. ¿Y qué hice yo? Comportarme como mejor sé, disfrutar de los placeres que me proporcionaban las mujeres, beber y sacarla de sus casillas. Al marcharme, pensé que todo había terminado, una vez más me equivoqué porque no ha pasado un día en que no pensara en ella, no en Elaine ni en su hija, en su prima.

Intenté por todos los medios ser el que era antes de conocerla, me engañé a mí mismo creyendo que lo había conseguido, solo bastó verla de nuevo para confirmarme lo que ya sospechaba; no importaba lo que hiciera, nunca la sacaba de mi mente por completo.

—He sido un maldito estúpido —siseo, pasando las manos por mi cabello desordenado y no precisamente por el viento—. ¿Y ahora qué demonios hago?

—Parece que ya te has dado cuenta —la voz del padre de Duncan me sorprende, me giro para verlo entrar—. Me he encontrado a tu esposa de camino aquí, no tenía buen aspecto, ¿qué le has hecho, muchacho?

—Nada —replico ceñudo—. Puede que esté molesta porque no la he detenido después de… —guardo silencio, no quiero compartir un momento tan íntimo con nadie más, por primera vez en mi vida—. Lo arreglaré.

—Más te vale —asiente, dirigiéndose hacia su caballo—. Si ya te has dado cuenta de que la amas, lo más urgente es que se lo demuestres para que ella pueda creerte. Y lo primero sería no encamarte con otras, eso ayudaría sobremanera.

—¡No hice nada! —grito frustrado—. Maldita sea, si lo hubiera hecho, te aseguro que no hubiera durado tan poco —refunfuño—. Esa maldita mujer no hace más que causar problemas.

—Suele suceder cuando no eres capaz de esconder eso que te cuelga entre las piernas —amonesta—. Ten cuidado, Alasdair.

—Debería confiar en mí —exclamo, contrariado, cruzándome de brazos mientras contemplo cómo prepara su montura.

—¿Por qué? —pregunta—. No le has dado motivos para ello. Te ha visto ir de mujer en mujer, ¿qué esperabas?

—Soy su esposo —replico—. Si le digo que no pienso serle infiel, es porque no lo voy a ser.

—Ya —asiente—. No es tan fácil, muchacho. La confianza debe ganarse con hechos y no con palabras.

—Hablas como ella —gruño, poniendo los ojos en blanco—. Me ha tocado la mujer más testaruda.

—No —niega sonriendo—. Te ha tocado una que ha sufrido en el pasado y teme que le hagas tanto daño como para no ser capaz de recuperarse. Piensa en eso, Alasdair.

Ambos salimos del establo. Él ya montado en su caballo, en el patio, los pocos hombres que lo acompañaron esperan junto a Blaine, observo a mi amigo dándome cuenta de que no tiene buena cara, no suele sonreír, pero ahora está tan sombrío que incluso da pena, me acerco para despedirme.

—No tienes por qué irte —le digo a modo de saludo—. Lo sabes, ¿verdad?

—Mi sitio no está aquí —sentencia sin mirarme—. Asegúrate de no meter la pata, Alasdair. Ahora tienes una familia, compórtate como un hombre.

Me tenso ante sus palabras porque me hace sentir inferior, como si no fuera capaz de cuidar de mi esposa y de Mary Jo, como si fuera un miserable sin corazón que no siente nada por ella, ayudé a traer al mundo a esa niña, maldita sea.

—Más vale que no seas tú el que se esté equivocando —siseo—. Eres tú el que está huyendo ahora como un cobarde. Te conozco y tu comportamiento con la hermana de mi esposa no es normal, sin embargo, la dejas cuando más te necesita.

—No me conoce —gruñe—. No vuelvas a insultarme o te moleré a palos de nuevo —advierte —. No estoy huyendo, regreso a mi hogar, a mis obligaciones. Ella se merece algo mejor…

—Prefiero no escuchar tantas tonterías —refunfuño—. Haz lo que quieras, pero deja de dar consejos a los demás que tú no eres capaz de seguir.

—Cuando seas capaz de sacrificarte por alguien que no seas tú mismo, entonces me entenderás —sentencia—. Cuida de ellas —es casi una súplica.

Asiento con brusquedad. No seguimos hablando porque llegan Duncan y Gillian para despedir a sus invitados, mi amigo se despide de su padre con un abrazo, me siento incómodo ante tanto sentimentalismo, por lo que me concentro en un punto en concreto en la lejanía. Solo reacciono cuando escucho los cascos de los caballos alejarse, veo la espalda de mi amigo hasta que los pierdo de vista.

—Alasdair —el llamado de Gillian me hace volverme—, ¿podrías quedarte un poco con Mary Jo? Se encuentra algo inquieta y no quiero incomodar a Meadow, está con Judith, la fiebre ha regresado.

—¿Yo? —pregunto aterrado—. No sé nada de bebés, Gillian.

—Pues ya es hora de que aprendas —amonesta—. Después de todo, vas a ser lo más parecido a un padre que tenga esa niña.

Otro golpe de realidad, he estado tan centrado en mí mismo que ni siquiera había pensado en la niña. ¿Cómo voy a ser un buen padre si ni siquiera recuerdo al mío? Cuando me doy cuenta, Mary Jo está en mis brazos, observándome con sus ojitos tan parecidos a los de Elaine anegados en lágrimas apenas contenidas.

—¿Por qué lloras, pequeña? —pregunto con delicadeza—. No debes hacerlo —refunfuño al no conseguir que me haga caso.

—Así no vas a conseguir nada —se ríe Duncan a mi lado—. ¿Por qué no das un paseo con ella?

—¿Qué te ha dado a ti hoy con los paseos? —replico—. Tengo cosas que hacer.

—Soy tu *laird*, ¿recuerdas? —Asiento de mala gana—. Pues hoy te ordeno que pases el día con tu hija y tu esposa.

—Muchas gracias, amigo —siseo, encaminándome con Mary Jo en brazos sin saber muy bien a dónde ir—. ¿Qué hago contigo? —susurro—. ¿Quieres ver los caballos? —pregunto como si ella fuera a responderme.

Me dirijo hacia allí y parece que a Mary Jo le gustan los animales, porque deja de llorar y los observa con una sonrisa en sus labios. Uno a uno, se los muestro hablándole como lo haría con un adulto, poco a poco, sus ojitos van cerrándose hasta que se apoya en mi hombro dormida.

—Pues tampoco ha sido tan difícil —sonrío complacido—. Vamos a llevarte al lecho.

Camino con cuidado hasta llegar al castillo, me dirijo a la alcoba de los niños y la dejo con mimo en una de las cunas. La contemplo durante unos instantes velando su sueño, la puerta se

abre, no me giro para ver de quién se trata, ya que imagino que es Meadow.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con frialdad.

—Acabo de acostar a Mary Jo —respondo, mirándola de reojo, está tensa a mi lado—. Gillian me ha dicho que estaba algo inquieta y le he enseñado los caballos…

—¿La has llevado a las cuadras? —cuestiona, alzando un poco la voz, la niña se remueve en su cuna—. ¿Te has vuelto loco? —susurra.

—No le ha pasado nada —replico—. ¿Crees que lo permitiría?

—¿Por qué? —rebate—. Dejaste claro lo poco que te importaba cuando te largaste.

—¿Tienes algo que decirme, esposa? —interrogo, volviéndome para quedar cara a cara—. Si estás molesta por no salir a cabalgar, quiero que sepas que yo…

—¿Molesta? —interrumpe mirándome mientras se cruza de brazos—. ¿Por qué iba a estarlo? ¿Tal vez porque mi marido no es capaz de mantener las manos quietas ni siquiera el día de nuestra boda?

Cierro los ojos sabiendo a qué se refiere, no sé por qué tuve la esperanza de que nadie le fuera con el chisme. Imagino que las malas lenguas le habrán contado que estuve con Regina en los establos, y en su mente ya se ha imaginado que le fui infiel, que ni siquiera fui capaz de respetarla el primer día de nuestro matrimonio.

—Te aconsejaría que hagas oídos sordos a las habladurías, Meadow —le digo, intentando mantener la calma—. Creo que deberíamos salir de aquí para poder hablar con tranquilidad.

—No tengo nada que decir, Alasdair —replica—. Te dije que creo en hechos, no en palabras, y ya me has demostrado suficiente.

—No he demostrado nada —siseo, cogiéndola del brazo—. Tú y yo vamos a hablar.

La saco a rastras de la estancia y no me detengo hasta que llego a la nuestra. Cierro la puerta mientras mi esposa se suelta de mi agarre, mirándome furiosa, nunca la he visto tan hermosa como en este momento que el fuego enciende su mirada.

CAPÍTULO XVIII



Meadow
Unas horas antes…

Salgo de las cuadras con piernas temblorosas tras lo ocurrido con Alasdair.

¿Cómo he podido dejarme tomar contra una pared como si fuera una vulgar ramera? Lo que es peor, lo he disfrutado incluso más que anoche, eso me convierte en una más de sus mujeres, esas que les importa poco dónde las haga suyas porque el placer que obtienen entre sus brazos es superior a todo lo demás.

—Buenos días, *lady* Meadow —saludan un par de mujeres con sonrisas maliciosas, frunzo el ceño ante su manera de dirigirse a mí—. Parece que su esposo le ha cogido gusto a las cuadras —bromea una de ellas—. Creo que allí dentro hace algo más que cuidar a los animales, también doma a las yeguas. —Ambas se carcajean mientras enrojezco pensando que han podido escucharnos.

—Lo que mi esposo y yo hagamos no es cosa vuestra, señoras —espeto con valentía—. Que tengan un buen día.

—Por supuesto, querida —se despiden—. Si no te importa que también lo haga con Regina… —detengo mis pasos y me giro para mirarlas—. Ayer parece que disfrutó de los mismos placeres que vos.

No digo ni una palabra más, con toda la dignidad de la que dispongo, me doy la vuelta y emprendo el regreso al castillo. ¿Ni siquiera pudo respetarme horas después de nuestra unión?, ¿lo hizo delante de todo el mundo para que pudieran humillarme a placer? Me siento sucia, furiosa y decepcionada por haberle creído, Judith tenía razón, he sido una maldita estúpida al

darle una oportunidad, porque me ha fallado incluso antes de empezar nuestro matrimonio.

—Buenos días, Meadow —saluda el *laird* MacArthur, y sonrío, aunque estoy rota por dentro —. ¿A dónde vas con tanta prisa?

—Voy a ver a mi hermana, mi señor —respondo, deteniendo mis pasos por pura educación.

—Nosotros nos marchamos ya —replica—. Blaine debe estar agrupando a los hombres.

—¿También se marcha con vos? —cuestiono preocupada por la reacción de Judith ante ese hecho.

—Por supuesto —asiente—. ¿Por qué no habría de hacerlo? —pregunta ceñudo.

—Si me disculpa, mi hermana debe necesitarme —le digo algo ansiosa por llegar a su lado—. Espero que tenga un buen regreso al hogar.

Recorro la poca distancia que me separa del castillo, al entrar a la alcoba de Judith, jadeo intentando recuperar el aliento. Ella yace en el lecho mirando sin ver, me doy cuenta de que Blaine debe de haberle informado de su marcha.

—¿Cómo estás? —pregunto con cautela.

—Bien —responde sin mirarme—. La calentura ya ha desaparecido y la espalda, aunque duele, ya no es algo insoportable. —Sé que miente, ya que se ve igual o peor que cuando llegó.

—Judith… —Con un simple gesto, algo casi imperceptible, me pide que guarde silencio, una lágrima cae por su mejilla encogiéndome el corazón—. Lo siento tanto…

—Soy una estúpida —ríe sin ganas—. Dándote consejos sobre cómo debes llevar tu matrimonio y no soy capaz de protegerme a mí misma. ¿Crees que me he vuelto loca? No es lógico que sienta que me está abandonando cuando hasta hace unos días no nos conocíamos, ¿no crees?

—Puede que estés confundida —le digo con cuidado mientras me siento a su lado—. Él ayudó a salvarte, fue a tu lado para protegerte y le estás muy agradecida por ello.

—No —espeta—. Cuando llegamos aquí y todavía estaba sobre el caballo del tío, al único al que podía mirar era a él, Meadow. Llamó mi atención al instante, tan fiero, con sus ojos refulgiendo en una ira apenas contenida —susurra emocionada—. Supe que estaba furioso por lo que los Cameron representaban, pero también por lo que me habían hecho. Cuando se acercó a mí, me dijo que estaba a salvo, que jamás nadie me iba a volver a dañar en la vida, y le creí, Meadow; si se marcha, ¿cómo va a protegerme?

—Duncan y Alasdair lo harán —replico, intentando que se sienta protegida, a pesar de la falta de Blaine—. Ellos no van a dejar que te suceda nada, hermana.

—Pero yo lo quiero a él —replica, conteniendo un sollozo—. Se ha despedido, ¿sabes? Ha sido sincero conmigo, aunque ni siquiera me ha dejado decir una maldita palabra…

—Muy típico de Blaine —bromeo—. ¿Qué le habrías dicho?

—Que está equivocado —espeta—. Que no quiero nadie mejor que él, porque para mí no hay nadie más. No me importa que crea que no es atractivo, ya que para mí es el más hermoso de los hombres. —Cubro mis labios impresionada por la fuerza de sus sentimientos—. No me importa su carácter tosco y taciturno, solo con su presencia, con su silencio, consigue calmarme, hermana.

—Judith —susurro emocionada—. Le amas…

—En el momento que nuestros ojos se encontraron, lo supe —asiente, limpiando sus lágrimas —. Supe que no habría nadie más, no importa que Blaine crea que estoy mejor sin él, eso nunca ocurrirá.

—Tal vez cuando te recuperes, podamos ir a verlo —la animo—. ¿Qué te parece?

—Sí él no me quiere, no voy a ser yo quien le suplique, Meadow —sentencia con orgullo—.

Los consejos que te he dado a ti pienso seguirlos, si algo me enseñó padre es que si un hombre no nos quiere, si no es capaz de entregarse por completo, de nada sirve que intentemos retenerlo.

Me doy cuenta de que en estos momentos nada de lo que le diga va a ser suficiente. Tal vez, con el paso de los días, ella sea capaz de entender por qué Blaine se ha marchado, y con la distancia de por medio, sepamos si lo que ella cree que es amor solo es gratitud, tal vez el amigo de Alasdair crea que se trata de eso y es lo que le ha intentado explicar a mi hermana sin éxito alguno.

El tiempo pasa y permito que llore en silencio, se duerme con las marcas del llanto en su rostro y dejo que descanse. Salgo despacio para no perturbarla y voy a ver a Mary Jo, ¿qué clase de madre quiero ser para ella si no estoy a su lado? Me quedo inmóvil en la puerta por unos instantes al ver cómo Alasdair la contempla, toda la furia que he encerrado en lo más profundo de mi ser para consolar a Judith sale a la superficie al verlo tan impasible al lado de la cuna de la niña, como si no hubiera hecho nada reprobable.

Intento controlarme porque no quiero perturbar a mi pequeño ángel, mas no lo consigo, y por ello mi esposo me saca casi a rastras de la alcoba y no logro soltarme hasta que estamos en la nuestra, mirándonos como adversarios de nuevo.

—No vuelvas a tratarme así —espeto tan furiosa que no soy capaz de medir mis palabras.

—No te he hecho nada —se alza de hombros—. Solo quiero hablar contigo en privado, si no eres racional y debo obligarte a serlo, lo haré.

—Entonces, este maldito matrimonio se va a convertir en una batalla, Alasdair —sentencio entre dientes—. ¿Con qué derecho crees que puedes obligarme a algo?

—Soy tu esposo —gruñe, dando unos cuantos pasos hacia mí, si cree que va a intimidarme, se equivoca, porque no me muevo—. ¿Lo recuerdas, mujer?

—¿Lo haces tú? —cuestiono—. Pareces olvidarlo a placer… Ayer, en los establos, ¿lo recordabas, o tienes problemas de memoria, esposo?

—Imagino que te han llegado las habladurías —escupe, frunciendo el ceño y apretando los puños—. No hice nada, Meadow. Regina me siguió a las cuadras, yo no se lo pedí.

—Pobre —me burlo con un mohín—. ¿Acaso te obligó? No me hagas reír, Alasdair. Daba por hecho que no ibas a ser capaz de ser fiel, pero esperaba algo más de ti, no sé, que tardaras unos días o semanas y que no lo hicieras a plena luz del día y con todo el clan como testigo.

—Cállate —ordena con brusquedad—. No hice nada, maldita sea —alza la voz.

—Bien —asiento, sabiendo que no va a decir la verdad, es la conducta habitual en ellos—. No hiciste nada, perfecto. Si me disculpas —le pido, señalando la puerta—, me gustaría estar sola…

—No —exclama—. No voy a marcharme para que sigas construyendo muros a tu alrededor mientras en tu mente creas una historia que nunca ha ocurrido. Regina me siguió, me ofreció lo que tantas veces había hecho y la rechacé, así de simple.

—Simple —farfullo—. Ahora que te he escuchado, como te he dicho, deseo estar sola.

—No me crees. —No es una pregunta—. Lo veo en tus ojos, Meadow. Me has juzgado y sentenciado incluso antes de preguntarme, ¿cómo quieres que nuestro matrimonio funcione? —pregunta, cruzándose de brazos, juraría que he visto un atisbo de dolor en sus ojos, aunque eso es imposible.

—Puede que no quiera que funcione —espeto—. Ya hemos conseguido lo que queríamos. Ahora solo debemos esperar un año, si es que eres capaz.

—No voy a dejar que lo hagas —me advierte cada vez más furioso—. ¿Quieres que te recuerde lo que te puedo hacer sentir? —pregunta ufano.

—No debes vanagloriarte tanto —amonesto, enrojeciendo avergonzada—. Es algo que puedes

conseguir con cualquier mujer, no es algo de lo que debas sentirte orgulloso.

—Puedo asegurarte que lo que tú y yo tenemos no lo consiguen todos los matrimonios, Meadow, no rebajes lo que compartimos anoche —es casi un ruego que consigue ablandarme un poco el corazón—. No nos hagas esto.

Se acerca un poco más a mí y retrocedo, porque si me toca, estoy perdida, recuerdo lo que ha sucedido hace unas horas en las cuadras, también estaba enfadada y confundida por las palabras de Judith, y con un simple beso, he dejado que me poseyera como si nada.

—¿Por qué parece importarte tanto? —pregunto sin comprender—. Alasdair, no eres un hombre hecho para el matrimonio, mas eso no te convierte en mala persona.

—¡Puedo serlo, maldita sea! —grita furioso—. ¡Quiero serlo!

Lo miro impresionada ante su estallido, no logro comprender su proceder. Él aprovecha para eliminar la distancia que nos separa, jadeo cuando me alza entre sus brazos para que esté a su misma altura y nuestros ojos se encuentren. En su mirada puedo ver tanta sinceridad que algo muy dentro de mí me dice que no miente, que quiere ser un buen marido.

—Déjame serlo, por favor —susurra contra mis labios—. Te juro que la aparté, que no quería que me besara…

Me tenso ante sus palabras, sabiendo que los labios de esa zorra han tocado los de mi esposo. Alasdair lo nota y me abraza con más fuerza, en su mirada veo una resolución y un deseo que me asustan y excitan a partes iguales, por lo que cuando me besa, imagino que en un intento de hacerme olvidar, no lucho, al contrario, me dejo guiar a ese paraíso que solo puedo alcanzar en brazos de mi esposo.

El beso acaba demasiado rápido y gimo desorientada, cuando abro mis párpados, veo cómo mi esposo sonríe complacido, y no sé si darle una bofetada o comérmelo a besos ante la ternura que siento en estos momentos. ¿Cómo puedo pasar de estar tan furiosa con él, que solo quiero golpearlo con todas mis fuerzas, a desear que me abrace para no soltarme jamás?

—Meadow —susurra—. Necesito decirte algo…

Parece nervioso, y nunca antes lo había visto así, me deja en el suelo con cuidado y se sienta en el lecho como si estuviera derrotado. Le observo preocupada y me acerco hasta él para acariciar sus rizos desordenados, alza su rostro hacia mí, nos miramos durante lo que parece una eternidad, sus labios se abren dispuestos a hablar, pero un grito de agonía que me pone los pelos de punta y me sobresalta lo interrumpe.

—¡Judith! —grito, corriendo hacia la puerta, mi esposo me detiene para pasar primero con la espada en la mano—. ¡Judith! —vuelvo a decir mientras le sigo por el pasillo.

—Quédate donde estás, esposa —ordena entre dientes.

Es el primero en entrar a la alcoba, mas yo no me quedo atrás. Descubrimos que no existe ningún atacante, mi hermana se revuelve en el lecho, se ha dado la vuelta y su espalda yace sobre el colchón, corro a su lado para volverla y que las heridas dejen de rozar las mantas, también me apresuro a cubrirla, aunque de reojo me doy cuenta de que en cuanto mi esposo ha sido consciente de lo que sucedía, se ha dado la vuelta y ha impedido la entrada a Duncan, que también ha acudido a auxiliar a Judith, creyendo como nosotros que alguien la estaba atacando.

—Solo es una pesadilla —susurro mientras intento calmarla—. Te has dado la vuelta mientras dormías, eso es todo —continúo diciendo mientras aparto el cabello de su frente sudorosa.

—¿Qué demonios ha pasado? —escucho como pregunta el *laird*—. Pensé que los malditos Cameron habían entrado en el castillo.

—Una pesadilla —responde Alasdair—. Nada más.

—Maldición —exclama Duncan—. Voy a avisar a Gillian, le había ordenado que se encerrara

en la alcoba con los niños.

Judith se ha vuelto a dormir como si no hubiera sucedido nada. Me aseguro de que sus heridas no estén peor, y suspiro aliviada cuando compruebo que siguen igual. Al girarme, veo cómo mi esposo nos observa con una intensidad que me deja inmóvil. Me encamino hacia él y salgo de la alcoba para que mi hermana pueda continuar descansando, una vez en el pasillo, me vuelvo para mirarlo a la espera de que me diga lo que quería decirme antes de que nos interrumpieran.

—¿Qué deseabas decirme? —pregunto ante su silencio.

—Nada —espeta tras unos instantes en los que parece indeciso—. No es importante. Deberías quedarte con tu hermana —aconseja, rehuyendo mi mirada—. Tengo cosas que hacer.

Se marcha, a pesar de que lo llamo en varias ocasiones. Podría ir tras él, pero le conozco lo suficiente como para saber que, si lo hago, no resultará nada bueno. ¿Por qué siento que algo se ha perdido entre nosotros? Juraría que Alasdair pensaba confesarme algo que iba a cambiar nuestro destino, ahora no sé si tendremos otra oportunidad en la cual mi esposo esté dispuesto a abrirse a mí.

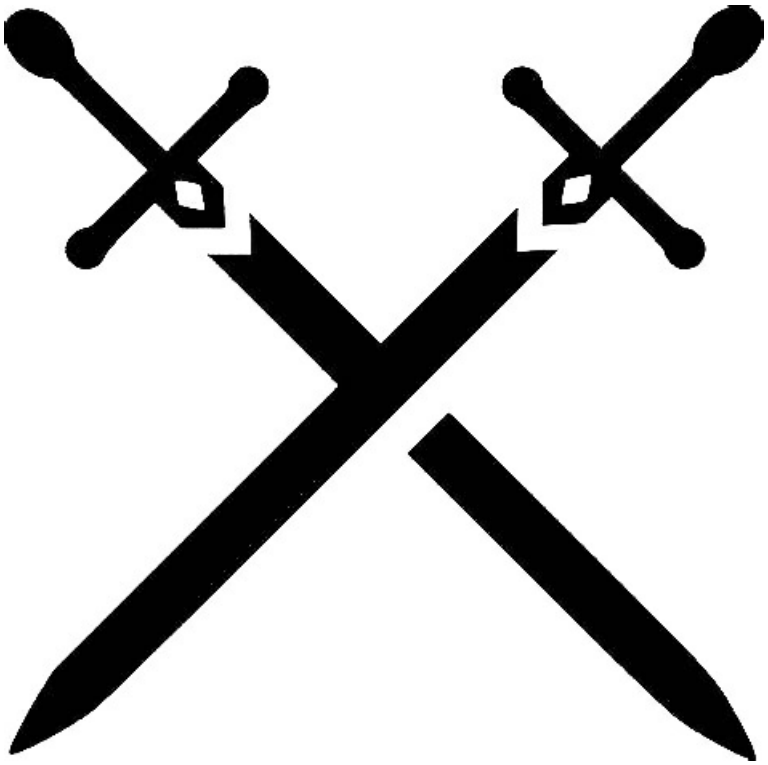
Miro la puerta de la alcoba de mi hermana, después el pasillo por donde ha desaparecido el hombre que va a volverme loca. La indecisión me carcome por dentro, puedo obedecerle y no saber jamás qué es aquello tan importante que deseaba decirme, o ir tras él y acabar discutiendo de nuevo.

—¿Por qué te has arrepentido, maldito cabezota? —susurro furiosa—. No puedes dejarme de este modo —gruño frustrada.

Suspirando, entro a la alcoba de Judith intentando olvidar lo que no puedo cambiar, me lo dirá cuando esté preparado, espero que ese día no esté muy lejano.

Ojalá…

CAPÍTULO XIX



Alasdair

¿En qué demonios estaba pensando cuando he estado a punto de confesarle mis sentimientos? Camino con rapidez para alejarme de ella y que la tentación de hablar de más no me haga cometer una estupidez. Si Judith no nos hubiera interrumpido sin ser consciente, no sé qué habría pasado.

—Maldito idiota —gruño para mí mismo—. ¿Crees que te hubiera creído?

—¿Quién debe creer a quién? —la voz de mi amigo me sorprende.

—Maldita sea, Duncan —exclamo—. ¿Quieres matarme de un susto?

Me mira risueño, parece que le hago mucha gracia, tan ensimismado iba en mis pensamientos y cavilaciones que no le he escuchado. Se cruza de brazos dejándome claro que no me va a permitir marchar hasta que le diga lo que desea saber.

—Iba a decirle a Meadow que… —niego porque me avergüenza decirlo en voz alta—. ¿No tienes algo que hacer fuera del clan? —pregunto cuando se me ocurre una idea.

—¿Y lo quieres saber porque…? —pregunta con desconfianza—. La verdad es que debería viajar para hablar con los clanes vecinos. Quiero saber quién estaría dispuesto a apoyar a los Cameron.

—Puedo ir yo —me ofrezco viendo una salida—. Tú quédate con tu esposa e hijo.

—Te recuerdo que acabas de casarte, Alasdair —dice indeciso—. No creo que sea lo mejor marcharte ahora. ¿Por qué estás huyendo?

—No huyo —siseo, ofendido, sabiendo muy en el fondo que no anda desencaminado—. Meadow entenderá que, como segundo al mando, tenga unas obligaciones. Me he casado, pero eso no significa que deba estar apegado a sus faldas.

—Alasdair —advierte—, no cometas un error que puede salirte muy caro.

—Necesito alejarme, Duncan —exploto aterrado—. Necesito aclarar mi mente, y creo que la única manera en la que lo puedo lograr es poniendo distancia de por medio.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta, dándose por vencido—. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Días, semanas, meses…

—Volverás cuando estés listo —replica—. Eso es lo que quieres decir.

—Creo que es lo más acertado —asiento, sintiéndome ahora más libre que hace unos minutos —. Necesito respirar…

—¿Aquí no lo haces? —cuestiona, frunciendo el ceño—. ¿Todo esto es por Meadow?

—Tengo miedo —confieso para que consiga comprender y no crea que soy el bastardo sin corazón que he sido en los últimos años—. La primera y última vez que le di tanto poder a una mujer me falló, destrozó mi corazón y la confianza en todas las demás.

—Hasta que ha llegado cierta rubia… —dice, sonriendo de nuevo—. Ella no es Elaine, no se parecen en absoluto, no debes temer en ese sentido.

—No dudo de ella —me encojo de hombros—. Sé que no me ama.

—Quizá no lo hace porque no le has dado motivos para ello, amigo mío —rebate—. Si le dejaras conocer al verdadero Alasdair, tal vez lo haría.

—Ese es el problema —exclamo, pasando una de mis manos por mi cabello—. Llevo tantos años siendo de este modo que no sé quién soy realmente. No quiero dañar a Meadow, no se lo merece.

—Puede que dudes de lo que sientes o que te aterre —dice, golpeando mi espalda en un gesto de ánimo—. Pero nunca te he visto preocupándote de alguien que no fuéramos Blaine o yo, es por eso que no tengo dudas de lo que sientes por tu esposa.

Aparto la mirada sintiéndome más vulnerable que nunca. Duncan me ordena que marche al amanecer a hablar con todos los clanes vecinos, lo que él no sabe es que no tengo pensado regresar tan pronto, lo haré cuando sepa con certeza que mi corazón pertenece a mi pequeña esposa, entonces volveré para arrodillarme a sus pies y rogarle que me acepte, que quiera ser mi mujer hasta mi último aliento.

Las horas después de la charla con mi amigo pasan volando, hago los preparativos necesarios e informo a los hombres que van a venir conmigo. A la hora de la cena, cuando regreso, todos están sentados en la mesa. Meadow, al verme, deja de hablar con Gillian, pero no dice nada ni siquiera cuando me siento a su lado, con una simple mirada le pido a Duncan que no comente nada sobre mi viaje, parece entenderlo, ya que, con un simple gesto, me hace saber que no piensa hablar sobre ello. Al terminar, no me quedo a beber con él como suelo hacer, quiero pasar la última noche con mi esposa sabiendo que no la veré en mucho tiempo.

—¿Por qué no te quedas con Duncan como sueles hacer? —pregunta una vez estamos a solas en la alcoba, ella se ha asegurado de que Mary Jo está dormida antes de comenzar a prepararse.

—No siempre lo hago —me encojo de hombros, restándole importancia—. ¿Puedo cepillarte el cabello? —le pregunto, consiguiendo que ella detenga su mano a medio camino—. Por favor…

Tras unos breves instantes, me tiende el peine y comienzo a pasarlo por las sedosas hebras de su hermoso cabello. Lo único que se escucha es el crepitar del fuego, Meadow cierra los ojos como si estuviera disfrutando, y solo me detengo cuando la escucho gemir, porque mi cuerpo reacciona ante ese maravilloso sonido. Lanzo el peine sobresaltándola, mas no le doy tiempo a reaccionar, la giro para que quede frente a mí y me apodero de sus labios, que parecen más que dispuestos a recibirme. Sin dejar de devorarla, me dirijo hasta el lecho y la tumbo sobre él con

delicadeza.

—Alasdair —gime cuando mis manos se pierden bajo su falda.

—Esposa —jadeo mientras muerdo su cuello con fuerza, queriendo marcarla para que todos sepan que me pertenece en cuerpo y alma—. No puedo controlarme…

—No lo hagas —responde mientras tira mi cabello instándome a bajar hacia sus pechos, que se alzan deseosos de atenciones—. Por favor…

La desnudo con presteza y, con la agilidad que me da la práctica para alcanzar los pezones inhiestos, los chupo, los muerdo para después acariciarlos con mi lengua. Los gemidos de la mujer que tengo bajo mi cuerpo me encienden hasta el punto de tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para no derramarme antes de hora. Me desnudo sin dejar de contemplarla, parece una diosa pagana acostada en el lecho jadeando con su cabello despeinado, sus labios hinchados y su rostro sonrojado. Cuando me tiende los brazos, no me hago de rogar, de nuevo cubro su cuerpo con el mío y me adentro poco a poco en su interior, siseando ante el placer que me produce perderme en su calor. Mis manos en sus caderas para comenzar a penetrar con ansias, buscando ese estallido de éxtasis puro que nos lleve a los dos al paraíso. Sus piernas aprisionan mis caderas mientras las suyas salen al encuentro de las mías, sus manos se pierden en mi cabello, de vez en cuando se clavan en mi espalda tan fuerte que no dudo que vaya a dejarme marcas que perdurarán durante días. Puede que Meadow parezca fría, pero en el lecho se convierte en puro fuego. La beso cuando comienza a gritar y sus paredes aprisionan con fuerza mi miembro, haciendo que me vacíe en su interior. Jadeo en busca de aire mientras mi corazón intenta volver a su ritmo normal. Cuando me doy cuenta de que sus manos acarician mis brazos de forma inconsciente, permanezco inmóvil disfrutando de esta clase de intimidad que consigue derribar mis defensas, me parece más abrumador que el acto que acabamos de disfrutar.

—Buenas noches, esposo —me desea medio adormilada.

—Buenas noches —respondo, apartándome de su cuerpo para no hacerle daño con mi peso—. Que duermas bien.

No dice nada más, solo se acurruca contra mí como si necesitara mi contacto, y me pregunto que hará cuando mañana, al despertar, se dé cuenta de que me he marchado y que no sé cuándo voy a regresar. ¿Debería decírselo? ¿Dejarle una nota? La observo dormir pensando cómo debería actuar ante mi partida, pero no encuentro una respuesta que me satisfaga lo suficiente.

—Lo siento —susurro cuando el sol comienza a salir tras las montañas que nos rodean—. Espero que llegues a perdonarme.

Acaricio su rostro y la observo durante lo que me parece una eternidad para grabar su hermosura en mi memoria. Se remueve inquieta, no se despierta y suspiro aliviado porque no creo que pudiera salir de esta cama mintiéndole a los ojos, por lo que me apresuro a vestirme para salir de la alcoba. Al pasar por la de los niños, entro para ver a la pequeña Mary Jo dormida plácidamente, sonrío y acaricio su cabecita con suavidad. Ayer, todo me parecía muy sencillo y correcto, ahora no estoy seguro, salgo con mucho esfuerzo sabiendo que la próxima vez que la vea habrá cambiado muchísimo, los bebés crecen tan rápido que la ausencia de unos días es suficiente para darte cuenta de que el tiempo para ellos pasa de distinta forma que para nosotros.

—¿Estás seguro de esto? —ese es el saludo de mi amigo mientras preparo mi caballo, los hombres ya me esperan.

—No lo sé —reconozco, volviéndome hacia él—. Nunca me he arrepentido de las decisiones que he tomado, por lo que continuaré con este viaje para ver hasta dónde me lleva.

—Puede que te lleve a la soledad más absoluta, ¿estás dispuesto a aceptarlo? —cuestiona preocupado—. Maldita sea —gruñe frustrado—. Reúnete con los clanes y regresa, Alasdair, es

una orden —advierte.

—Creo que por primera vez debo desobedecerte, amigo mío —replico—. Me reuniré en tu nombre y conseguiré alianzas, no debes preocuparte por ello.

—¿Crees que es eso lo que me importa? —alza la voz—. Me importa tu matrimonio, al que, por cierto, estás asestándole un golpe mortal, maldito necio.

—Sé que hablas por experiencia —asiento, comprendiendo sus temores—. Pero al igual que Gillian y tú conseguisteis superar todos los obstáculos porque vuestro amor era más fuerte, si Meadow y yo nos amamos de verdad, podremos con cualquier cosa.

—¿Quieres que le diga algo? —suspira, dándose por vencido—. Ya que supongo que no le has dicho nada, odias las despedidas.

—Me conoces bien —sonrío—. Por eso no quería sentir nada por nadie, es más fácil marchar cuando no dejas a nadie atrás. Cuídalas por mí y dile que es algo que necesito hacer.

—Vuelve pronto —apremia, palmeando mi espalda—. Y sano y salvo.

Monto en mi caballo y salgo de las cuadras para que la docena de hombres que van a acompañarme me sigan. Cuando abandonamos la fortaleza, no puedo evitar mirar hacia atrás, y es la primera vez en mi vida que he sentido la necesidad de hacerlo. Después de eso, emprendo la marcha a todo galope para alejarme lo antes posible, porque si no, siento que no lo podré hacer jamás

—Lo siento, Meadow —digo para mí mismo—. Perdóname, esposa.

***

Seis meses después…

Volver a Inveraray se siente tan bien y a la vez me produce tanta incertidumbre…

Han pasado muchos meses desde que me fui a cumplir la orden de mi *laird*, unas semanas más tarde había llevado a cabo mi cometido enviando a los hombres Campbell que me acompañaban de regreso a su hogar, ya que no les iba a hacer estar tan lejos de sus hogares y familias más tiempo por mi culpa. Después de eso, me quedé solo, y así he estado durante cinco largos meses que me han parecido años, pero no quería regresar hasta estar completamente seguro de qué es lo que sentía, y lo más importante, si podía y quería cambiar por el bien de mi matrimonio y por mi esposa.

Meadow…

¿Cómo habrá estado todo este tiempo? Me lo preguntaba cada noche cuando no había nada que hacer y solo podía pensar en ella, en su belleza, en su calidez y en lo mucho que la echaba de menos. Cabalgo despacio porque no sé qué voy a encontrar y me asusta, me aterra más que enfrentarme al más feroz de los guerreros.

Me doy cuenta de que los vigías ya han advertido de mi llegada, Duncan y su esposa, en compañía de Blaine y Judith, me esperan en el patio para darme la bienvenida, al no ver a Meadow, mis sospechas se confirman, espero que me deje explicarme. ¿Por qué está nuestro amigo aquí y no con los MacArthur? Me apresuro a desmontar temiendo que haya sucedido algo.

—Bienvenido, Alasdair —saluda Duncan con un rápido abrazo—. Voy a matarte —sisea antes de separarse de mí.

—¿Bienvenido? —exclama Gillian, cruzándose de brazos—. ¿Después de abandonar a su esposa durante meses? Ni siquiera sabíamos si estaba vivo o muerto y…

—Silencio —interrumpe su esposo con firmeza sin dejar de observarme—. Ve a tu antigua

alcoba para adecentarte —me dice—. Y haz algo con esa barba y esos pelos, Alasdair.

—¿Y Meadow? —pregunto sin que me importe mi maldito aspecto—. ¿Dónde está mi esposa.

—¿Ahora recuerdas a mi hermana? —espeta Judith.

—Déjalo —dice Blaine—. Ya tiene suficiente.

—Pero… —intenta rebatir ella furiosa—. Es mi hermana y…

—Deben solucionarlo ellos dos —sentencia—. Haz lo que te ha dicho Duncan, adecéntate un poco.

—Estoy harto de que me deis órdenes sin sentido —replico—. Lo preguntaré una vez más, ¿dónde demonios está mi esposa? —alzo la voz comenzando a perder la paciencia ante el temor de que le haya sucedido algo malo en mi ausencia, es algo que no podría perdonarme jamás.

—Estoy aquí. —Su voz me tambalea, y cuando alzo la vista y la encuentro en lo alto de la escalera, no puedo evitar jadear al ver su aspecto—. Veo que no estás muerto —replica, mirándome con una frialdad que me deja claro lo furiosa que está conmigo—. Tal vez deberías haber esperado unos meses más para no encontrarme ya aquí.

Después de eso, se gira y se adentra en el castillo dejándome con la boca abierta e inmóvil, sin ser capaz de moverme ni decir una palabra. Su hermosura me ha dejado sin aliento, es como si en mi ausencia hubiera madurado convirtiéndose en la mujer que siempre supe que iba a ser, pero su vientre…

—Está embarazada —farfullo incrédulo—. Dios mío, está esperando un hijo… un hijo mío.

—¿De quién si no? —reclama Gillian entre dientes, pasando por mi lado—. Debería matarte por lo que has hecho.

Marcha tras su amiga seguida de Judith, que, al pasar por mi lado, deja patente su odio hacia mí. Solo quedamos Duncan, Blaine y yo, los siento a mi lado, mas guardan silencio sabiendo que necesito asimilar lo que acabo de descubrir.

—Debería haber vuelto mucho antes —susurro conmocionado.

—No deberías haberte ido —corrige Blaine—. Cuando regresé a Inveraray y Duncan me dijo la tontería que habías hecho, estuve tentado a ir tras de ti, pero ya habías enviado a los hombres de regreso y nadie sabía dónde demonios estabas.

—Entremos de una vez —apremia Duncan—. Si sigo viéndole con estas fachas, va a darme algo. ¿Desde cuándo eres tan descuidado? —cuestiona mientras casi me lleva a rastras hasta mi antigua habitación.

—Desde que ya no me importaba la opinión de ninguna mujer más que de la mía —respondo —. ¿Crees que ahora mismo lo que me urge es adecentarme?

—Si quieres que Meadow no vomite ante tu hedor… —farfulla Blaine mientras se cruza de brazos y se apoya en la pared más cercana.

Le lanzo una mirada que espero le deje claro lo que pienso de sus estúpidos comentarios. Comienzo a desnudarme para meterme en la tina que supongo habrán preparado con rapidez. Al sumergirme, me doy cuenta de cuánto necesitaba un buen baño, aunque me lavo con rapidez, ya que me urge hablar con Meadow de inmediato.

—Necesitarás ayuda para cortarte el cabello —dice Duncan—. Date prisa, conociéndote, estarás ansioso por hablar con tu esposa.

—¿Tú que crees? —espeto—. Voy a ser padre, y si llego a tardar un poco más, en vez de encontrarla en estado, hubiera conocido a mi hijo.

—Te equivocas —interfiere Blaine—. Si hubieras esperado seis meses más, ni siquiera los hubieras encontrado.

—¿Qué demonios quieres decir? —gruño mientras salgo del agua.

Duncan me sienta y comienza a cortarme el cabello con su daga, no puede importarme menos que lo haga o no. Después recorto mi barba casi por inercia, y tras asegurarme de que parezco el antiguo Alasdair, salgo de mi alcoba para ir en busca de Meadow.

Necesito que entienda mis motivos, que me cuente todo lo sucedido en mi ausencia y rogarle que me perdone porque no puedo perderla ni a ella ni a nuestro hijo. Me he perdido los primeros meses de embarazo, todavía no he acariciado su vientre abultado por mi semilla, no he sentido los movimientos de mi bebé ni he estado al lado de mi esposa en los malos momentos. ¿Cómo demonios va a perdonarme? ¿Qué habrá pensado durante todos estos meses en los que hemos estado separados? Todas estas preguntas me atormentaban cada noche, pero, al amanecer, me daba cuenta de que no estaba preparado para volver, ahora temo que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO XX



Meadow

¿Cómo se atreve a volver como si no hubiera pasado nada?

Me siento tan furiosa que sería capaz de cometer una locura, mi cuerpo tiembla, mi respiración cada vez es más trabajosa y a mi mente acude aquel momento de hace ya tantos meses en los que me sentí de este modo y creí morir. Fue Alasdair quien acudió a mi lado y consiguió que me calmara, ahora es él quien produce en mí esta desazón tan grande como para que mi corazón golpee con tanta fuerza en el interior de mi pecho que parece que va a salir para caer a los pies del bastardo egoísta que me dejó sin mirar atrás.

—Debes tranquilizarte —aconseja mi hermana, quien ha estado a mi lado sin hablar—. No es bueno en tu estado, Meadow.

—Ha vuelto —exclamo furiosa—. ¿Cómo quieres que esté? Ese sinvergüenza ha vuelto como si nada, ¿qué se supone que debo hacer yo ahora?

—Escucharme —la voz atronadora de Alasdair me interrumpe—. Meadow, creo que deberíamos hablar, en privado —recalca, mirando a mi hermana.

—¿Ahora quieres hablar? —pregunto con ironía—. ¿Y qué pasa si no quiero? Tal vez no me interesa lo que tengas que decirme. Creo recordar que en una ocasión te dije que no creo en palabras, sino en hechos, esa es mi mayor premisa, y me la enseñó muy bien un hombre como tú —escupo con los puños apretados.

—Judith, déjanos —ordena sin amilanarse ante mis palabras—. Quiero hablar con mi esposa.

Mi hermana no se mueve pero duda, la conozco y lo veo en su mirada. Me doy cuenta de que da dos pasos hacia la puerta, por lo que me tenso asustada ante el hecho de que me deje sola con

él.

—No te muevas, hermana —ordeno de vuelta—. No tengo nada que hablar con Alasdair. Creo que me ha dejado las cosas muy claras…

—¡Fuera! —brama furioso—. ¡Ahora!

—No vuelvas a gritarle jamás. —La llegada de Blaine no nos sorprende, nunca está demasiado lejos de mi hermana, aunque esta aún no le haya perdonado—. Si vuelves a hacerlo, voy a olvidar que eres mi amigo, Alasdair.

—Pero ¿qué demonios ha pasado en mi ausencia? —espeta—. ¿Os habéis vuelto todos locos?

—Creo que el único que perdió la cordura al marcharte fuiste tú —responde sin inmutarse—. Vamos, Judith, cuanto antes le dé sus excusas, antes la dejara tranquila.

Se la lleva dejándome sola con mi marido por primera vez en seis meses. Veo a un extraño ante mí, puede que se haya aseado, que su cabello vuelva a ser el de antes y que su barba haya desaparecido, sin embargo, no siento que sea el hombre con el que me casé. Nos observamos por lo que me parece una eternidad, él no deja de mirar mi vientre abultado, y yo no dejo de pensar en qué demonios hace ante mí como si tal cosa, como si no me hubiera abandonado.

—Puede que no llegues nunca a comprender por qué lo hice —comienza a decir, acercándose con pasos vacilantes—. Aun así, necesito contarte mis motivos, Meadow. ¿Podrías, al menos, escucharme?

—¿Me preguntaste qué pensaba de tu marcha? —rebato—. No lo hiciste, y ahora me preguntas si quiero escucharte —bufo ante su desfachatez—. La respuesta es no, Alasdair. Me dejaste sola durante meses, tuve que ver cómo todos regresaban, y aunque me aseguraban que estabas bien, no sabía si estarías vivo o muerto.

—Lo entiendo, pero… —se pasa la mano por su cabello nervioso—. ¡Lo necesitaba! —exclama con los ojos muy abiertos—. Necesitaba alejarme para comprender qué era lo que me ocurría, qué era lo que sentía por ti, y lo más importante, si podría cambiar para convertirme en el hombre que merecías.

—Vaya —exclamo aplaudiendo—. Lo hiciste por mí —continúo con ironía—. Y dime, Alasdair, ¿qué has descubierto? Ahora siento curiosidad.

—Lejos de Inveraray, lejos de ti —comienza a decir en voz baja mientras observa por una de las ventanas del salón—, descubrí que me sentía solo —suspira—. Te echaba de menos, Meadow, tanto que dolía como nunca antes. Descubrí que sí era capaz de amar porque nunca lo había hecho realmente —ríe sin ganas—. Pensaba que amarte me hacía débil, que ibas a tener el poder de manejarme a tu antojo, pero ¿sabes qué? —pregunta sin esperar respuesta por mi parte —. Que no me importa, te amo tanto que me da igual si me hace fuerte o débil. Lo único que sé con seguridad es que pasar un día más sin ti sería insoportable.

Con cada una de sus palabras, mis ojos se van abriendo más y más ante la sorpresa que me produce escucharle. Si esta confesión hubiera llegado hace meses, no me cabe la menor duda de que me habría hecho la mujer más feliz del mundo. Aunque si soy sincera conmigo misma, la desconfianza seguro que habría estado presente.

—¿No dices nada? —pregunta tras una eternidad en la que solo he podido observarle mientras mi cabeza es un hervidero de pensamientos caóticos—. Eres la única mujer que ha escuchado algo así saliendo de mis labios.

—Toda una hazaña, no me cabe duda —replico—. Sobre todo, porque muchas mujeres han disfrutado de tus otras habilidades —farfullo—. ¿Qué crees que debo pensar o decir? —pregunto confundida, enfadada, frustrada…

—¿No te hace feliz? —cuestiona, frunciendo el ceño—. Toda mujer desea que su marido la

ame y le sea fiel.

—¿Fidelidad? —pregunto, conteniendo una carcajada—. ¿Me estás diciendo que durante estos meses no has buscado una mujer que calentara tu lecho?

—No lo he hecho —sentencia con firmeza—. No he yacido con otra desde que nos casamos y no pienso hacerlo.

—Cuánto fervor —me burlo—. Pareces totalmente convencido —asiento, paseando por el salón en un intento de aligerar mis nervios—. Tus hechos contradicen tus palabras, Alasdair. Dices amarme, sin embargo, has estado seis meses lejos de tu hogar, de tus obligaciones y de mí —enumero, perdiendo poco a poco la voz ante la congoja—. Amar es desear estar con la persona amada, no necesitas alejarte, por ello creo que estás más confundido que antes de huir de aquí como un cobarde.

—Te equivocas —exclama, cerrándome el paso para que no pueda salir de la estancia en la que nos encontramos—. Te amaba, pero no lo sabía, no quería aceptarlo, maldición —posa sus manos en mis hombros, su contacto me abrasa, y, aunque me remuevo para que me suelte, no lo hace—. Sí —asiente—. Fui un cobarde, por ello te pido perdón, sin embargo, te suplico que no sentencies nuestro matrimonio y que me des una oportunidad —ruega en voz baja mientras observa mi rostro con algo muy parecido a la devoción.

—Creo que podré perdonarte —susurro, mirándolo a sus ojos negros que están empañados por el ¿miedo? Tras mis palabras, sonríe aliviado—. No obstante, eso no significa que vaya a quedarme aquí después de los seis meses que nos quedan de matrimonio.

Su rostro palidece y sus ojos se oscurecen más si eso es posible, sus manos aprietan mis hombros antes de soltarme y tambalearse hacia atrás como si le hubiera asestado un golpe mortal, y ante su reacción, por un solo instante, me siento culpable y dudo sobre si estoy haciendo o no lo correcto.

—¿No me amas? —pregunta—. ¿No crees poder amarme nunca? —Parece tan perdido, tan dolido…

—Te he amado, Alasdair —confieso—. Lo hice sin saberlo y me di cuenta cuando, tras tu partida, me dormía llorando, me pasaba horas mirando por la ventana a la espera de verte llegar, pasaban los días, las semanas, los meses —muerdo mi labio inferior para no romper a llorar—. Me enteré de mi estado en completa soledad, no pude compartir contigo mi dicha —me rompo, dejo que las lágrimas empapen mis mejillas—. Fue entonces cuando me di cuenta de que era el momento de dejar de amar a un hombre tan egoísta y cobarde como para dejarme sola.

—No fue así —susurra con tristeza—. Dios mío, ¿crees que no me atormenta no haber estado contigo? Todas las noches miraba el cielo estrellado preguntándome cómo estarías, cómo estaría Mary Jo…

—Y, entonces, un día desperté y me di cuenta de que si habías sido capaz de marcharte y dejar a Elaine atrás —termino de decir interrumpiendo su diatriba—, ¿qué podía esperar yo?

—¡A ella nunca la amé! —grita tan fuerte que las venas de su poderoso cuello parecen a punto de estallar—. Te amo, maldita sea. Te amo más que a mi vida, Meadow.

—Lo siento —replico, limpiando todo rastro de llanto—. No puedo —niego aterrada y triste a partes iguales.

Salgo corriendo del salón en el momento en el que por el rabillo del ojo veo cómo Alasdair cae de rodillas sollozando. Si me quedo, si me detengo, jamás seré capaz de alejarme de él, y ahora debo pensar en alguien más que en él o en mí. Mi hijo debe ser lo primero en mi vida, en mi pensamiento y en mi corazón.

Corro por el pasillo hasta mi alcoba y me encierro en ella con el temor de que me siga para

intentar convencerme con dulces palabras y promesas vacías. Muy dentro de mí sé que no me está mintiendo, que cree amarme, aunque esté equivocado. ¿Por qué ahora?, me pregunto una y otra vez. ¿Por qué necesitaba alejarse de mí para descubrirse a sí mismo? ¿Cómo creerle si se marchó para estar lejos de mí?

—Va a volverme loca —siseo furiosa—. ¿Por qué demonios ha regresado?

Me tambaleo y siento que voy a desfallecer, por ello, con paso vacilante, llego hasta mi lecho y me tumbo intentando aliviar el malestar que me aqueja. Respiro hondo e intento calmarme, estoy segura de que todo es por la impresión de haberle visto después de tantos meses de ausencia en los que no sabía si seguía con vida, he llorado muchas noches temiendo haberme quedado viuda, y tenerlo frente a mí ha sido una sorpresa demasiado grande.

Mis manos se posan sobre mi vientre para sentir cómo se mueve mi hijo en mi interior. Espero que mis nervios no le afecten, durante todo este tiempo, otro de mis mayores miedos ha sido perderlo, porque es lo único que voy a llevarme cuando me vaya de Inveraray. En cuanto dé a luz y se cumpla un año de mi matrimonio, pienso marcharme con Judith al clan de los MacArthur, es lo que debí hacer desde un principio, me habría ahorrado mucho sufrimiento.

—Me marcharé de aquí para encontrar la paz y la felicidad que merezco —susurro con mis ojos anegados en lágrimas—. Cumplí con lo que se esperaba de mí para salvar a los clanes, ahora es el momento de pensar en mí.

La puerta se abre y miro nerviosa esperando que sea Alasdair, suspiro aliviada al ver que se trata de Gillian y Judith. Ambas me observan con preocupación al verme acostada, por lo que se apresuran a llegar a mi lado preguntándome si sucede algo; me aligero a negar para tranquilizarlas y que no salgan corriendo en busca de la curandera.

—Debería decirle a Blaine que lo muela a golpes —sisea mi hermana—. Estás pálida como un cadáver, Meadow. No puedes pedirme que me quede de brazos cruzados mientras veo cómo te sigue dañando.

—No vas a hacer nada —espeto—. Esto es cosa mía.

—Calmémonos —aconseja la voz de la razón—. Comprendo que ha sido inesperado el regreso de Alasdair, pero no sé por qué os sorprende —se encoge de hombros—. Siempre supe que lo haría.

—Reconozco que tuve miedo —susurro—. Pensé que podría estar muerto.

—Es el mejor guerrero de los Campbell —replica Gillian—. Deberías tener más fe en tu marido —recrimina—. Supe que regresaría cuando estuviera listo, Alasdair necesita tiempo para gestionar los sentimientos.

—Pues yo le voy a dar todo el tiempo —siseo dolida—. En cuanto me marche, va a tener muchos años por delante para hacerlo.

—¿Crees que va a dejar que te vayas? —pregunta con guasa—. Nunca había visto mirar a una mujer como lo ha hecho contigo en cuanto ha puesto sus ojos en ti. Esa resolución, esa ansia, incluso he sido capaz de ver cuánto te ha echado de menos.

—¿La ha echado de menos? —cuestiona Judith—. Supongo que durante estos meses ha calmado esa pena con muchas mujeres…

—Él dice que no —intervengo dudosa—. Que no ha yacido con ninguna otra desde que nos casamos.

—¿Y le has creído? —pregunta como si me hubiera vuelto loca—. Parece que no aprendiste nada de tu madre, hermana.

Me tenso y me levanto; los nervios no me permiten estarme quieta, el cuerpo me tiembla y me siento encerrada entre estas cuatro paredes. Me doy cuenta de que a Gillian no le gusta cómo está

actuando mi hermana, pero se contiene porque no quiere interferir entre nosotras.

—¿Crees que miente? —le pregunto yo—. Le conoces mejor…

—Alasdair puede tener muchos defectos —dice, paseándose por la alcoba—, pero es sincero. Siempre lo ha sido, todas las mujeres que han pasado por su lecho lo han hecho sabiendo que no iban a obtener nada más de él que unas horas de placer. Jamás les ha prometido algo que no pudiera cumplir, ni siquiera fidelidad, por lo que si lo ha dicho es porque es verdad.

—No seáis estúpidas —exclama Judith—. No va a decirle que le ha sido infiel si quiere regresar con ella.

—Si no lo quisiera hacer, no lo diría —replica Gillian—. Deberías apoyar a tu hermana, no esparcir tu veneno, Judith —amonesta—. Me estoy cansando de esto. Parece que la única que puede ser feliz con un hombre eres tú y que los demás son unos canallas infieles que no merecen ni siquiera respirar el mismo aire que tú.

—Yo no he dicho eso —se defiende algo avergonzada—. No quiero que sufra, ¿es algo malo que quiera protegerla? Es mi hermana pequeña…

—Por supuesto que no —dice—. Pero no ayudas si siempre te empeñas en recordarle el pasado. Meadow no confía en su esposo porque le recuerda a vuestro padre y porque él mismo no ha hecho mucho por cambiar su fama —suspira—. No obstante, no significa que no pueda cambiar, y os aseguro que el hombre que he visto destrozado cuando ella se ha marchado corriendo no es el Alasdair que conocía.

—Le he visto caer de rodillas como si le hubiera asestado un golpe mortal —susurro acongojada—. Nunca lo había visto así.

—Creo que le hemos juzgado mal, yo la primera —dice Gillian con pesar—. Duncan cambió, ¿por qué no lo va a hacer él? Te ama, Meadow, de eso no tengo dudas.

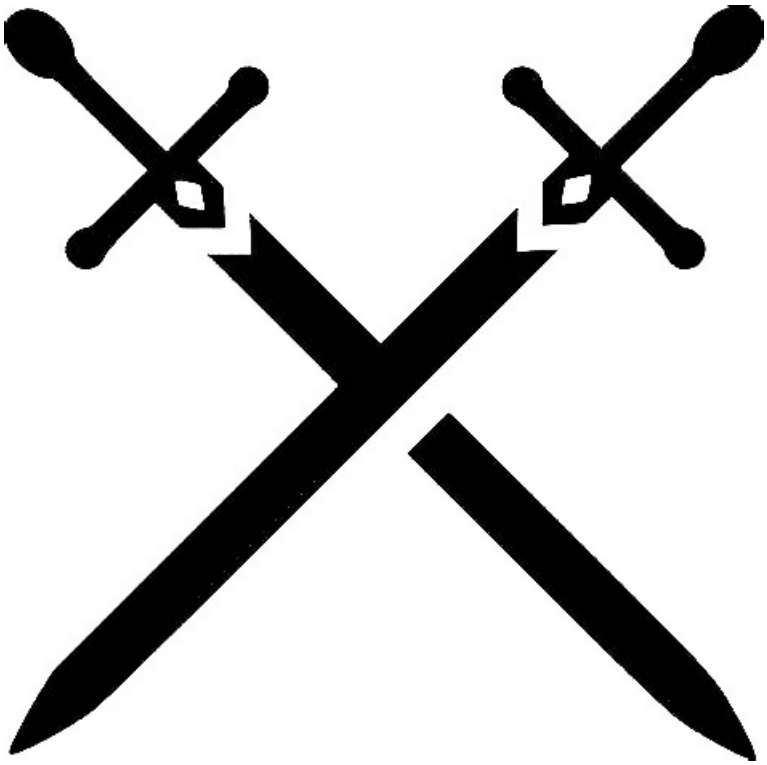
Escucho cómo Judith bufa poniendo en duda las palabras de Gillian. Por mi parte, no estoy segura de qué pensar o sentir. No concibo el amor sin confianza, ni comprendo que amándome haya sido capaz de alejarse de mí y no regresar en meses, me ha dejado sola cuando más lo necesitaba.

—¿Qué vas a hacer? —cuestiona mi hermana—. Sabes que puedes venir conmigo.

—Lo sé —asiento—. Y es lo que voy a hacer.

Puede que ahora sea yo quien necesita marcharse.

CAPÍTULO XXI



Alasdair

Caigo de rodillas cuando la veo marchar y no estoy avergonzado por ello, ya que solo siento dolor. No recuerdo que ningún hombre me haya hecho caer de esta forma ni siquiera en el campo de batalla, sin embargo, una pequeña mujer ha conseguido lo que nadie más podrá. ¿Me avergüenza? No, porque el dolor que siento ahora mismo no me deja pensar, ni espacio para otro sentimiento que no sea el de desolación. Mis sollozos me estremecen, cierro los ojos con fuerza queriendo escapar de mi realidad.

—Nunca pensé verte así —la voz de mi amigo suena muy cerca de mí, alzo la vista borrosa por las lágrimas para verlo a mi lado, me tiende la mano—. Levanta —me pide con tristeza—. Te advertí que esto podría pasar.

Me levanto con su ayuda y me lleva hasta la silla más cercana mientras ordena que traigan *whisky*, lo cierto es que lo necesito, tal vez si me emborracho, sea capaz de olvidar este tormento. Me doy cuenta de que Blaine también está a mi lado, permanece en silencio, pero ya no me observa como si quisiera machacarme.

—¿Qué haces en Inveraray? —pregunto sin fuerzas.

—Al contrario que tú, tengo cabeza —replica—. Me di cuenta de que mi lugar estaba al lado de Judith. Regresé por ella y estoy esperando que me acepte para marcharnos, no ha querido irse hasta que su hermana pudiera hacerlo.

—Así que dentro de seis meses te las llevarás —susurro—. Parece que estaba destinada a que fueras tú de un modo u otro.

—Ahora doy gracias por no haberme casado con Meadow —sentencia—. Hubiera sido una tortura que el mismo día de mi boda conociera a la mujer indicada para mí, cuando ya no pudiera

hacer nada.

—Sí que lo habría sido —le digo como en trance, no puedo dejar de mirar la pared escuchando una y otra vez las palabras de mi mujer—. Me alegro por ti, amigo mío —soy sincero—. Te lo mereces, ¿ella te ama? —pregunto, alzando la vista hacia él, que permanece impasible con las manos tras la espalda.

—Sí —asiente—. Estuvo enfadada unas semanas, pero conseguí que me escuchara, hablamos largo y tendido y me comprendió.

—Me hubiera gustado estar presente en esa conversación —intento bromear—. Tú tan parco en palabras…

—Hice lo necesario para conseguir su perdón —se alza de hombros—. Y tú debes hacer lo mismo.

—¿Qué crees que acabo de hacer? —cuestiono—. Le he dicho por qué me fui, por qué he regresado, y también le he confesado mis sentimientos. Le ha importado bien poco, como puedes ver…

—¿Te rindes a la primera? —interfiere Duncan mientras me tiende un vaso—. Nunca lo has hecho, ¿por qué hacerlo con la mujer que dices amar? Jamás te había visto llorar, Alasdair, eso me demuestra lo roto que te encuentras.

—¿De que sirve hacerlo? —pregunto con rabia tras beberme el segundo vaso de *whisky*—. Al volver, sabía que no iba a ser fácil, mas no esperaba encontrarla embarazada —gimo atormentado.

—¿Nunca se te pasó por la cabeza? —bufa Blaine.

—No —exclamo, levantándome con brusquedad—. No me había pasado antes, siempre tenía mucho cuidado y…

—Eras capaz de controlarte —acaba Duncan por mí—. Te entiendo. Meadow ha roto todas las murallas que recubrían tu corazón, ha destrozado tu coraza.

—La detestaba porque sabía que estaría perdido si la dejaba acercarse —reconozco—. Y mírame ahora —sonrío, avergonzado, observando a mis dos amigos—. Llorando como un mocoso porque no va a perdonarme.

—Lo hará —afirma Blaine—. Puede que no lo tengas fácil, pero acabará haciéndolo, te ama tanto como tú a ella. Judith la escuchaba llorar muchas noches, sobre todo, al principio.

Me maldigo mil veces por no pensar que ella podría sufrir tanto, sin embargo, tampoco me dio indicios de que sintiera nada por mí más allá de deseo y algo muy parecido al desprecio por mi vida disoluta. Demasiado tarde me doy cuenta de que Meadow no es muy distinta a mí, se oculta tras una coraza para no sufrir y, aun así, la he dañado con mi cobardía y egoísmo.

—Tal vez no debería haber vuelto jamás —digo más para mí mismo que para que ellos me escuchen, aunque el golpe que me llevo en la cabeza me deja claro que lo han escuchado—. ¿Qué demonios crees que haces? —refunfuño, mirando a Blaine de malos modos—. No soy un niño para que me golpees.

—Pues lo pareces —se burla—. Aquí enfurruñado por no conseguir lo que deseas, en vez de luchar por conseguirlo.

—¿Qué más debería hacer según tú? —pregunto molesto—. Le he abierto mi corazón y no ha servido para nada, no pienso obligarla de nuevo.

—No le des más *whisky* —le pide a Duncan, gruño harto de que me trate como a un niño—. La bebida nubla el juicio y deja que hable el orgullo, para de beber porque solo puedes crear más problemas de los que ya tienes.

—Deja de darme órdenes —espeto empujándole—. Sabes que lo odio, maldita sea.

—Si necesitas que volvamos a molernos a golpes, sabes que siempre estoy dispuesto —replica sin inmutarse—. Cálmate de una maldita vez.

—Solo quiero que me permita amarla —mi voz se rompe y me dejo caer de nuevo en mi asiento, derrotado y aterrado a partes iguales ante mi futuro incierto—. Ser un buen esposo y padre.

—Pues comienza a serlo —aplaude Duncan—. Demuéstrale que no vas a volver a dejarla, que puede contar contigo.

—¿Y si no me deja acercarme lo suficiente? —pregunto con el miedo ahogándome—. Deben quedar pocos meses para que dé a luz…

—Unos tres —asiente—. Puede que no sepas nada del amor, pero, amigo mío, tienes la misma puntería que con el arco —bromea, haciendo que Blaine se carcajee y yo no pueda evitar imitarlo a pesar de mi dolor.

—Ha sido un milagro que no tenga bastardos —replica Blaine, que es el primero en dejar de reír—. Muchacho, tienes poco tiempo y debes darte prisa.

—Deja de hablarme como si fueras un anciano, maldición —amonesto—. ¿Alguna idea? —les miro a la espera de su respuesta.

—No la fuerces —habla Duncan de forma pensativa mientras acaricia su barbilla—. Intenta pasar tiempo con ella, da paseos por la mañana —exclama sonriente—. Suele hacerlo acompañada de Gillian y Judith, y las escolta Blaine si yo no puedo hacerlo.

—Perfecto —asiento—. Desde mañana, seré yo quien lo haga.

—No va a ser sencillo —rebate—. Gillian no te tiene en muy alta estima ahora mismo, pero Judith te odia por lo que le has hecho a su hermana, aunque no es que le gustaras mucho antes de eso.

—¡No me conoce! —replico ofendido—. La verdad es que me importa poco las opiniones de los demás, solo me interesa la de Meadow.

—Muy inteligente por tu parte —asiente complacido—. Y haz el favor de alejarte de las mujeres —advierte—. Regina ha estado muy tranquila en tu ausencia, sin embargo, tengo constancia de que ha esparcido ciertos rumores que supongo que las mujeres habrán escuchado.

—¿Qué rumores? —me tenso—. Como esa maldita perra me cause problemas, pienso destriparla —gruño furioso—. Maldita la hora que me encamé con ella.

—Que te habías marchado con otra —responde Blaine—. Que habías preferido irte antes que convivir con una mujer que detestabas. Y sí, puedo asegurarte que tanto tu esposa como Judith escucharon cómo esparcía su veneno con saña.

—¿Y Meadow no dijo nada? —mi voz tiembla ante el pensamiento de lo que debió sentir en aquellos momentos, la vergüenza.

—No —niega—. ¿Qué podía decir? No sabía dónde estabas y bien podría ser cierto lo que tu antigua amante decía.

—Me encargaré de ella —siseo con mis puños apretados.

—Puedo hacerlo yo —se ofrece Duncan—. O incluso Gillian…

—Estaría encantada de hacerlo, esposo —la entrada de Gillian nos sorprende—. Alasdair, tienes un largo camino por recorrer, pero jamás te había visto llorar, por lo que creo que la amas de verdad, así que no vuelvas a hacerle daño —advierte con fiereza—. O yo misma te patearé el trasero fuera de las tierras Campbell y Duncan tendrá que buscarse un nuevo segundo al mando.

—Es lo justo —asiento—. Yo me encargaré de esa serpiente venenosa, después de todo, es culpa mía que Meadow haya sufrido por su causa.

Me levanto dispuesto a ponerla en su lugar de una vez por todas, por lo que salgo del salón en

su busca, imagino que debe estar en la cocina y es allí donde la encuentro. No parece sorprendida de verme, ya que los chismes corren como el viento y deben de haberle avisado de mi llegada. Nos observamos y no puedo evitar pensar en qué demonios veía en ella, ahora veo su verdadera naturaleza sibilina.

—Has vuelto —exclama ante las demás sin importarle que llamemos la atención—. Me alegro de que estés bien —sonríe.

—Fuera —les ordeno a las mujeres que nos miran ansiosas por saber lo que va a pasar a continuación—. Largaos —bramo para que reaccionen. Lo hacen, salen corriendo despavoridas y Regina me lanza una mirada de preocupación que me deja claro que se ha dado cuenta de que no es una visita de cortesía.

Me acerco hasta estar frente a ella, que ahora me mira con temor, aunque se niega a bajar la cabeza. Mi mano vuela a su cuello y aprieto lo justo como para que no sea capaz de respirar con normalidad, la alzo del suelo hasta ponerla a mi altura, el terror nubla sus ojos.

—Nunca he golpeado a una mujer —suelto entre dientes—. Ni he matado a ninguna, pero si me entero de que vuelves a esparcir tu veneno para dañar a mi esposa, voy a destriparte.

La suelto y cae al suelo tosiendo e intentando recuperar el aliento. No siento pena ninguna por ella ni remordimiento por lo que acabo de hacer, y debe saber que nunca amenazo en vano; si Meadow vuelve a llorar por su causa, está muerta.

—Eres un maldito bruto —gime, mirándome con odio—. No tengo la culpa de que huyeras como una rata —espeta con asco mientras se levanta del suelo.

—Eso a ti no te concierne —replico—. Guarda silencio y mantente lejos de nosotros —le advierto—. Porque no dejaré que se encarguen el *laird* o Gillian, ¿entiendes?

—No te debo lealtad a ti —grita cuando estoy en la puerta dispuesto a marcharme—. No eres mi *laird* —enfatiza—. No eres nadie —escupe.

—Soy quien acabará con tu miserable existencia si vuelves a interferir en mi vida —le prometo sin inmutarme ante su estallido de cólera. Mientras camino por el pasillo, puedo escuchar sus gritos y cómo lanza cosas al suelo en un arranque de rabia.

Camino con calma sin que me importe lo más mínimo lo que pueda sentir mi antigua amante, ha demostrado que no tiene honor y que no le importa a quién haga daño en el camino con tal de conseguir lo que desea, lo que ella jamás entendió es que a mí nunca me iba a poder tener, al menos, no mi corazón. Regina, como tantas otras, tuvo mi cuerpo y obtuvo el placer en mis brazos, ahora sé lo que se siente al hacerlo con la persona amada y es tan distinto que al recordar mi pasado me da náuseas.

Si pudiera borrarlo, lo haría, mas no puedo hacerlo y es algo con lo que voy a tener que vivir hasta el día de mi muerte. Me detengo de golpe cuando me encuentro a Judith en el pasillo al lado de las escaleras que conducen a la segunda planta, me observa con desconfianza, por lo que guardo silencio a la espera de que diga o haga algo. La veo repuesta por completo, diría incluso que ha engordado y recuperado color, cuando la trajeron aquí, era un cadáver, y ahora parece una mujer sana.

—Lo he visto todo —dice al fin—. ¿Es cierto? —cuestiona observándome—. ¿Serías capaz de acabar con esa ramera si vuelve a dañar a mi hermana?

—Sin dudar —respondo con sinceridad—. Quien vuelva a dañarla se las verá conmigo.

—¿Y si esa persona eres tú? —cuestiona de nuevo, cruzándose de brazos.

—Me cortaría un brazo antes de volver a hacerle daño, Judith —confieso sin sentir vergüenza —. No he vuelto con esa intención, sino porque sin ella a mi lado no soy capaz de vivir.

—Pues lo has disimulado muy bien —espeta—. Recuerdo cada desplante que le hiciste

durante el tiempo que pasaste con los Cameron.

—Eso es pasado —rebato—. No podía permitirle acercarse a mí.

—Tenías miedo —exclama tras un breve silencio—. Todo este tiempo has huido por temor, no por no quererla —susurra para sí misma—. Aun así, no logro comprender cómo puedes dañar a la persona que amas —alza el mentón furiosa.

—¿Cómo lo puedes hacer tú? —cuestiono de vuelta.

—¿Yo? —replica extrañada—. Nunca he hecho nada que…

—No querer irte con él —interrumpo—. Se mantiene alejado de su clan, de sus obligaciones, por ti. Por no contar que tardaste en perdonarle cuando Blaine no tenía ninguna obligación para contigo cuando se fue, y regresó porque te quiere.

Se sonroja avergonzada, no quería ser brusco, pero que justo ella me culpe por dañar a su hermana cuando está haciendo algo parecido con mi amigo no me parece justo. No me gusta tratar así a la hermana de mi mujer, sé lo importante que es para ella, no obstante, no voy a quedarme de brazos cruzados, si Judith cree que puede dar su opinión, yo también daré la mía.

—Me dejó sola —replica con voz temblorosa—. Me abandonó…

—Por el amor de Dios —exclamo incrédulo—. Os acababais de conocer, maldita sea.

—¿Sabes lo que es enamorarte a primera vista? —pregunta con fervor—. En él vi todo lo que había estado buscando; tenacidad, fuerza, lealtad, valentía —enumera—. Al marcharse, volví a sentirme como esa bastarda a la que su padre ni siquiera volteaba a mirar cuando nos encontrábamos.

—Siento que vuestra infancia no haya sido fácil —suspiro—. La mía tampoco lo fue, perdí a mis padres cuando apenas era un crío. De verdad me duele que ni Meadow ni tú hayáis tenido el amor de vuestro padre, mas no podéis dejar que los errores que él cometió condicionen vuestro futuro.

—Qué conveniente —escupe—. Solo quiero que mi hermana sea feliz y que tenga la vida que merece, ha sufrido bastante en el pasado para que sigas dañándola. Si tus intenciones son buenas como dices, no voy a interponerme, pero si vuelvo a ver que derrama una sola lágrima, toda mi furia caerá sobre ti y no me importarán las consecuencias.

—Estarás en tu derecho —asiento—. Te juro que no es esa mi intención. Solo quiero que nuestro matrimonio sea real, que formemos una familia y amarla hasta el final de mis días.

—Eso me haría muy feliz —sonríe al fin, creo que es la primera vez que la veo hacerlo, al menos a mí—. No puedo prometerte que te ayudaré porque es mi hermana, mi lealtad es para con ella, sin embargo, dejaré de hablarle mal de ti —bromea.

—Te lo agradecería —replico ahora un poco más aliviado—. Entiendo tu postura, mantente a su lado y consuélala cuando no me deje hacerlo a mí. Por mi parte, haré todo lo posible por ganarme su amor, para que vuelva a amarme.

Comienzo a alejarme hasta que sus palabras detienen tanto mis pasos como mi corazón.

—Ella nunca ha dejado de amarte —cierro los ojos aliviado ante su confesión—. Solo debes recordárselo y mostrarle al verdadero Alasdair.

Pasa por mi lado y se marcha dejándome solo y conmovido ante su sinceridad. Cuando Meadow se ha ido sin mirar atrás, mi primer pensamiento ha sido que la había perdido para siempre y que no importaría lo que hiciera, que todo sería en vano. Ahora sé que no debo rendirme y que la felicidad está más próxima de lo que imaginaba.

Las esperanzas renacen, el dolor que intentaba ocultar disminuye y mi propósito se hace más firme. Miro hacia arriba preguntándome si debería subir y volver a hablar con ella, no quiero atosigarla ni que se sienta presionada, aunque me pueda la impaciencia de volver a abrazarla para

aspirar su aroma, sentir su calor.

—Paciencia —susurro—. Debo tener paciencia.

En vez de subir las escaleras, decido salir fuera para ver a mis hombres, durante meses he descuidado mis obligaciones y mi puesto. Mentiría diciendo que les he echado de menos, aunque algunas veces, cuando me enfurecía por no ser capaz de aclarar mis ideas, sí lo hacía por no tener a alguien con quien descargar mi ira.

Podría pasar el rato con una buena pelea, sonrío sin poder evitarlo.

Voy a darle tiempo a Meadow, pero no demasiado…

CAPÍTULO XXII



Meadow

Tanto Gillian como Judith me dejan sola y, tras descansar un poco, me siento mejor. Intento controlar los nervios que me provoca saber que Alasdair está de nuevo bajo el mismo techo que yo. Salgo de la alcoba porque no estoy dispuesta a encerrarme para no verlo, pienso seguir haciendo lo mismo que he hecho en su ausencia; si quiero salir de aquí dentro de seis meses, más me vale acostumbrarme a su presencia.

Me dirijo hacia la alcoba de Mary Jo, en cuanto supe que estaba en cinta, pregunté si ella podría tener la suya propia para que así, al nacer mi hijo, pudieran estar juntos. Gillian ordenó prepararla de inmediato, y ya lleva meses durmiendo sola. Al entrar, me quedo impresionada al ver a Alasdair hablando con la pequeña, quien lo observa fascinada, como si fuera capaz de recordarle.

—Cómo has crecido —susurra—. Cada vez te pareces más a tu madre; cuando seas mayor, vas a romper muchos corazones. —El cariño con el que habla me conmueve—. ¿Has sido buena?

—No esperes que te responda —replico para dejarle saber mi llegada—. Dice algunas palabras sueltas, pero nada más.

Se apresura a darse la vuelta con Mary Jo en brazos, que, en cuanto me ve, quiere venir conmigo, por lo que debo acercarme para cogerla. Nuestras manos se rozan y vuelvo a sentir ese calor recorrer cada parte de mi cuerpo, me apresuro a poner algo de distancia disimuladamente.

—Quería verla —dice algo cohibido—. La he echado de menos.

Alzo una de mis cejas dejando claro qué pienso de su confesión. Contengo mi lengua para no

volver a repetirme; si tanto nos echaba de menos, podría haber regresado mucho antes. Entiendo que tuviera que irse para cumplir con su deber, pero después pasaron muchos meses más en los que estuvo alejado porque quiso, no por imposición.

—No voy a impedir que tengas trato con Mary Jo —le digo—. Incluso cuando nos marchemos, puedes visitarla, al igual que a nuestro hijo.

Puedo darme cuenta de cómo cambia su semblante ante mis palabras, palidece tanto y tan rápido que temo caiga cuan largo es en el suelo; por instinto, doy algunos pasos hacia él, aunque me contengo con rapidez al darme cuenta de mi estupidez. ¿Por qué iba a pasarle nada?

—Todavía quedan seis meses —replica con voz queda, rota—. Pueden ocurrir muchas cosas.

—Dudo que me hagan cambiar de opinión —rebato—. ¿O sabes algo de los Cameron? No encuentro otra explicación para tu insistencia.

—¿Que te haya dicho que te amo no es suficiente? —pregunta ofendido—. ¿Crees que miento?

Lo pienso durante unos instantes, puedo acusar al hombre que tengo frente a mí de muchas cosas, pero como ha dicho Gillian, no es un mentiroso, es mortalmente franco.

—No —niego, dejando a Mary Jo en el suelo mientras juguetea con mi falda—. No creo que mientas, solo que estás confundido.

—Confundido —escupe, observando cómo la niña juega entre risas ajena a la tensión que nos envuelve—. Lo estaba antes, en el pasado, cuando luchaba por no aceptar lo que sentía por ti.

—¿Por qué? —pregunto, queriendo comprender—. ¿Por qué luchar?

—Aceptarlo hubiera sido perder mi libertad —suspira—. Tenía miedo del cambio que eso supondría, porque… —guarda silencio, parece ofuscado por no encontrar las palabras adecuadas —. Maldición, Meadow —exclama, pasando una mano por su cabello—. No recuerdo la última vez que alguien me abrazó con amor. Perdí a mis padres muy joven y tuve que crecer, muy pronto empezó mi entrenamiento. Me rodeé de sangre, sudor y muerte. Al crecer, obtenía la atención de las mujeres y ellas llenaban el vacío que sentía en mi interior.

—Puedo entenderlo —digo después de pensarlo con calma—. El miedo al cambio nos sucede a todos, Alasdair. ¿Crees que para mí fue fácil marcharme del único hogar que había conocido con una niña que no es mi hija en busca de refugio? ¿O que lo fue casarme con un hombre que sabía que no me amaba? No, mi vida tampoco ha sido sencilla y, aun así, intento no dañar a los demás.

—Eres mejor persona que yo —replica—. No puedo negar que he sido egoísta y cobarde como tú bien has dicho, aunque eso no significa que no te ame, te juro por lo que más quieras que lo hago.

—¿Hasta cuándo? —inquiero—. ¿Por unos meses, años…?

—Hasta mi último aliento —afirma, acercándose a mí con paso vacilante—. ¿No puedes amarme, esposa? —es casi una súplica, y no me gusta verlo de este modo.

—No me hagas esto —es mi turno de implorar—. Por favor… Deja que me vaya y que intente olvidarte.

—Nunca —niega, cogiendo mi rostro entre sus grandes manos—. No mientras me quede una pequeña esperanza de que me perdones para que podamos ser la familia que siempre debimos.

Miro sus labios ahora tan cerca de los míos, las ansias por volver a sentirlos crecen y lucho contra ellas con todas mis fuerzas, no puedo ser tan débil, ni puedo perdonar con tanta facilidad meses de incertidumbre. Parece darse cuenta porque comienza a acariciar con sus pulgares mis mejillas sonrojadas, se relame y puedo ver que sus ojos ahora son dos orbes completamente negros.

No soy capaz de moverme, debería alejarme y, sin embargo, no puedo, y lo que es peor, no quiero, deseo que vuelva a besarme, hace mucho tiempo que lo extraño, tanto que temo haber olvidado lo que es capaz de hacerme sentir. Parece que batalla consigo mismo, veo su lucha interna, rezo para que lo haga y al mismo tiempo para que no suceda, mi mente es un torbellino de contradicciones.

—Si te beso, ¿me odiarás aún más? —pregunta casi rozándome—. Responde, esposa —apremia.

—No —niego—. No lo haré.

Su boca se apodera de la mía con un gemido casi agónico. Mis manos me hormiguean por las ansias de tocarlo, ¿debería dejarme llevar? Mi cuerpo toma la decisión por mí, toma el control, y mis brazos rodean su cuello para acercarme más a él. Sus manos pasean ansiosas por mi espalda hasta llegar a mis caderas, donde se aferran con ansias mientras nos besamos como si fuera la última vez, o la primera de muchas, es algo que no soy capaz de definir ahora mismo.

Mary Jo reclama mi atención haciendo que dejemos de besarnos, miramos hacia el suelo, donde la niña todavía sigue sentada, pero ahora con sus ojos clavados en nosotros, como si estuviera pidiendo algún tipo de explicación.

—Lo siento, pequeña —se disculpa Alasdair con voz ronca—. Ha sido culpa mía.

Me apresuro a recogerla avergonzada por haber sido capaz de olvidarme de su presencia por un simple beso. ¿En qué demonios estaba pensando? Me siento mortificada por lo ocurrido y porque desearía que nadie nos hubiera interrumpido, voy a volverme loca.

—Voy a dar un paseo —digo, intentando salir de esta alcoba lo más rápido posible.

—¿Puedo acompañaros? —pregunta—. Me gustaría mucho hacerlo.

Mi primer pensamiento es el de negarme, mas la niña decide por mí, parece entender lo que el pelinegro ha dicho y aplaude emocionada, por lo que asiento sin mirarlo y salgo de la alcoba con él tras mis pasos. Por desgracia, cuando estamos a punto de abandonar el castillo, nos encontramos con Regina, me tenso y vuelven los mismos sentimientos que siempre me embargan al verla, no puedo evitar mirar de reojo a Alasdair, quien no le dirige ni una sola mirada, sin embargo, lo que más me sorprende es que ella corra al verlo como si le atemorizara su presencia.

—¿Qué demonios le pasa? —pregunto incrédula.

—No debes preocuparte por ella —replica sin detenerse, le sigo con rapidez—. Si vuelve a molestarte, dímelo —ordena.

Se detiene de golpe y choco con su fuerte espalda, menos mal que la niña no ha sentido el golpe, ya que, lejos de llorar, se ríe. Alasdair se gira mirándome como si me pidiera explicaciones por mi extraño comportamiento, yo solo puedo pensar en por qué Regina ha reaccionado así, debería estar encantada del regreso de mi esposo.

—¿Le has dicho algo? —pregunto ceñuda, intentando comprender—. ¿La has amenazado con echarla del castillo?

—La he amenazado con destriparla si vuelve a hacerte daño —rebate con una sinceridad y frialdad que me sorprenden—. Me conoce y sabe que no amenazo en vano.

Comienza a caminar de nuevo y solo reacciono cuando Mary Jo grita llamando su atención, vuelve a mi lado y coge a la niña, mientras que no soy capaz de moverme. Jamás pensé que llegara a tanto por defenderme, antes nunca había hecho algo así contra alguna de sus amantes, por supuesto que me defendió siempre que fui atacada por hombres, pero nada como esto, y no puedo evitar sentirme… ¿amada?

—¿Vamos? —pregunta sin ser consciente de mi desconcierto.

Le sigo y no hablo hasta que nos hemos alejado lo suficiente como para que nadie nos

escuche. Debe sentirse observado porque deja a Mary Jo en el suelo para que juegue y me mira a la espera de que diga algo, pero me cuesta, no encuentro las palabras adecuadas.

—¿Por qué? —cuestiono en busca de respuestas, por mucho que las tema.

—Ya te lo he dicho —replica con tranquilidad—. Te amo, y no voy a permitir que nadie vuelva a hacerte daño. No voy a cansarme de decírtelo, Meadow, ni voy a cambiar de opinión si eso es lo que tanto temes.

—No necesito que me defiendas de esa víbora —espeto, intentando que no me afecten sus palabras y sus actos—. Si ella actúa de esa forma es por tu culpa y de nadie más.

—Lo sé —reconoce—. No puedo cambiar mi pasado, pero puedo cambiar las consecuencias de este en mi futuro, y una de ellas es pararle los pies a Regina. Y no pienso cambiar de opinión, no quiero ni que respire cerca de ti, lo cierto es que preferiría no verla.

—Cierto —concedo, intentando tragar la bilis que me produce recordar que esa mujer ha sido su amante—. No podemos cambiar el pasado, mas cuando este nos da problemas, tal vez sea porque no hemos sido inteligentes, sino egoístas, y los errores suelen pagarse caros, Alasdair.

—Los estoy pagando, créeme —dice alicaído—. Tenerte tan cerca y sentirte tan lejos es una tortura. Saber que tu intención es marcharte dentro de seis meses junto con mis hijos me está matando y, aun así, intento sonreír y disfrutar de tu compañía si eso es lo único que me queda.

—¿Hijos? —susurro conmocionada, bajo mi mirada hacia Mary Jo, que juega ajena a nuestra conversación.

—Puede que Mary Jo no lleve nuestra sangre —responde—. Pero es nuestra hija, así lo habría querido Elaine.

No puedo evitar sollozar tras su afirmación, maldice y se apresura a abrazarme. Consuelo que no rechazo, estoy demasiado conmocionada para hacerlo, su calor me envuelve y susurra algo, y no entiendo lo que dice hasta que no soy capaz de tranquilizarme.

—No llores, por favor —me pide contra mi cuello, su aliento erizándome la piel—. No era esa mi intención, pequeña.

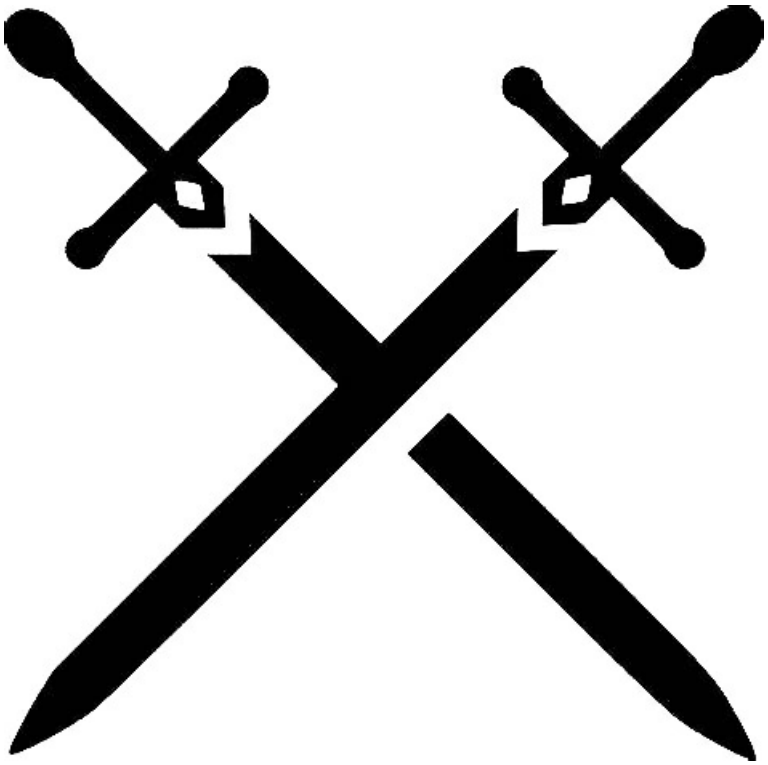
Pequeña…

Una simple palabra puede resquebrajar los muros construidos a mi alrededor. Mis manos rodean su cuello y ahora soy yo quien se abraza con fuerza, intentando encontrar un punto de apoyo, porque siento que la tierra tiembla a mi alrededor. Me pierdo en su aroma, huele a tierra mojada y a él, y hacía tanto que no podía sentirlo que nuevas lágrimas bañan mis mejillas.

—Aunque no me creas, te he echado mucho de menos —continúa diciendo—. Me he jurado a mí mismo ser sincero en todo momento, no ocultar lo que siento para que seas capaz de conocerme de verdad, así que debes acostumbrarte. No quiero hacerte llorar a cada rato, esposa —amonesta con cariño, consiguiendo que ría.

Él también lo hace y nos separamos con reticencia para observarnos, Alasdair lo hace con cariño, yo lo hago sin poder creer que el hombre que tengo frente a mí sea el mismo que conocí hace ya más de un año y con el que me casé sin ninguna esperanza de tener un matrimonio real. Limpia todo rastro de llanto y hace algo que de nuevo me deja con la boca abierta. Se sienta al lado de Mary Jo y comienza a jugar con ella como si fuera un niño más, y me doy cuenta de que tuvo que dejar de serlo demasiado pronto. Disfruto de la escena que tengo delante de mí, y un sentimiento de ternura me envuelve al ver cómo ambos disfrutan juntos.

CAPÍTULO XXIII



Alasdair

Ha nevado y no hemos podido salir a dar nuestro acostumbrado paseo. Sé que Meadow se ha enfadado conmigo por impedirlo, pero no creo que lo más conveniente para ella sea caminar sobre la nieve, podría caer o enfermar por el frío, y eso me preocupa, no soportaría que le sucediera algo.

—Si es tu hijo el que te preocupa, puedo asegurarte que está muy bien protegido en mi interior —ha espetado antes de salir airada de la sala, dejándome con mal sabor de boca.

Que piense que solo el bebé me importa duele. Durante estas semanas en las que he intentado acercarme a ella, creía que habíamos avanzado. Al menos, hemos hablado mucho, le he contado cosas de mi infancia que solo conocen dos personas en este mundo y he sentido como si me quitara de los hombros un peso con el que he caminado durante muchísimo tiempo.

—No ha querido decir eso —la excusa su hermana—. Lleva unos días muy nerviosa, y aunque no me lo quiere decir, sé que es por la cercanía del parto, está asustada —la miro sin saber de qué habla—. Su madre murió en el último parto, Elaine estuvo a punto, ¿recuerdas?

Asiento mientras el miedo se instala en mi pecho, ¿por qué demonios no lo he pensado antes? He intentado no hacerlo para no volverme loco, mientras tanto, mi esposa está sufriendo en silencio porque todavía no confía en mí lo suficiente como para compartir sus temores.

—No se lo tomes en cuenta —aconseja Blaine—. Ni siquiera se lo ha dicho a ellas, aunque Judith cree que se trata de eso. Es joven y su primer parto, es normal que sienta miedo.

—Es un momento por el cual pasamos todas las mujeres —asiente Gillian—. Solo debes hablar con ella como hasta ahora, darle tu apoyo, y así se sentirá más tranquila.

—Pero no puedo prometerle que todo irá bien —replico—. Odio sentirme un inútil. Con gusto

pasaría por ese trance por ella.

—Todos nos sentimos así llegado el momento —dice Duncan—. Y todo queda olvidado cuando tienes a tu hijo en brazos.

—Suponiendo que todo salga bien —susurro con temor—. Nunca debí ponerle un dedo encima, ya que puedo perderla por mi culpa.

—Que no cunda el pánico, maldita sea. —Blaine golpea la mesa con su gran mano abierta—. Lo único que hacéis es atraer a la mala suerte, cállate de una vez.

Le lanzo una mirada airada para dejarle claro que no me gusta su tono, pero guardo silencio al ver en la suya el mismo temor que siento, él mira a Judith, que está sentada a su lado, y me doy cuenta de que teme que le llegue el turno. Durante estas semanas, he visto cómo la muchacha se ha acercado más a mi amigo, espero que mis palabras, lejos de ser un reproche, le hayan servido para entender el error que estaba cometiendo.

—Quiero decir algo —la hermana de mi esposa lo dice en voz baja, sin alzar la vista de su plato, aun así, la escuchamos a la espera de que continúe hablando—. Me he dado cuenta de lo injusta que estaba siendo con Blaine. —Este la mira sorprendido —. Y aunque amo a mi hermana, siento que debo seguir a mi corazón, y por ello, cuando necesites partir —dice mirándolo—, lo haré contigo.

No recuerdo la última vez que vi a mi amigo sonreír de esta manera, incluso su rostro cambia por completo y sus ojos se iluminan. Alzo una de mis cejas cuando veo cómo Blaine la levanta y le da un beso delante de todos nosotros. Duncan y yo aplaudimos impresionados, pocas veces hemos sido testigos de estos arrebatos en nuestro amigo, siempre ha sido muy comedido, frío como el hielo podríamos decir.

—Me alegro por vosotros —dice Gillian sonriente—. ¿Dónde celebrareis la boda?

—Por supuesto que aquí —interrumpo yo—. Soy responsable de Judith, y aunque se trate de uno de mis mejores amigos, no voy a dejar que se la lleve si no es su esposa.

—Gracias —replica Judith algo cohibida—. Nunca nadie había hecho algo así…

—Si no lo hubiera hecho como le corresponde —interviene Duncan—. lo hubiera dicho yo porque estás bajo mi protección. Pero es Alasdair, como cabeza de vuestra familia, quien debía hacerlo.

—Por supuesto que me la llevaré de aquí como mi esposa, ¿por quién me tomáis? —pregunta ofendido—. Preparadlo todo —pide mirando a las mujeres—. Si es antes de que Meadow dé a luz, mejor.

Judith resplandece, sonríe feliz, y me alegro mucho por ellos. Espero que llegue el día en el que me pueda sentir igual de pleno, el día en el que mi esposa me acepte a su lado sin reticencias, sin miedos.

—Iré a ver cómo está —informo levantándome—. Odio darle motivos para odiarme más.

—Está furiosa, pero no te odia —aclara su hermana antes de que salga del salón.

Primero miro en la alcoba de Mary Jo, no está, la pequeña duerme, por lo que salgo sin hacer ruido. Me dirijo hacia la de mi esposa y entro tras escuchar cómo me da permiso para ello, la encuentro sentada frente a la ventana viendo cómo la nieve cae, su semblante sombrío me hace sentir más miserable si eso es posible.

—Lo siento —le digo—. No pretendo imponerme a ti, Meadow. Solo quiero cuidarte, nada más.

Su silencio me mata, en otro tiempo hubiera impuesto mi parecer sin darle ninguna explicación, ahora solo deseo que comprenda mis motivos.

—Odio estar encerrada —dice por fin—. Siento comportarme como una niña —suspira,

cubriendo su rostro—. No sé qué me ocurre.

Me acerco a ella con rapidez y me arrodillo a su lado, aparto sus manos para ver su hermoso rostro congestionado por el llanto. Ha engordado y, aun así, para mí es la mujer más hermosa, su cuerpo ha cambiado para dar vida a mi hijo y siempre le estaré agradecido por ello. Me mira avergonzada y le sonrío para dejarle saber que todo está bien.

—Queda poco —le digo, acariciando su mejilla—. No debes temer, todo saldrá bien, estaré a tu lado.

—¿Lo harás? —pregunta—. ¿No me dejarás?

—Nunca —respondo, besando sus manos—. ¿Quieres que te dé una buena noticia? Aunque no sé si debería ser yo quien lo hiciera…

—Judith al fin ha dejado su orgullo y se casa con Blaine —afirma sonriente.

—¿Cómo lo sabes? —exclamo impresionado—. ¿Estabas escuchando?

—No —niega, riendo ante mi reacción—. La conozco, lleva semanas luchando consigo misma, y sé que también lo hacía para retrasar su partida por mí.

Mi sonrisa muere ante su último comentario, ella se da cuenta y también deja de hacerlo. Mira de nuevo por la ventana suspirando, se pierde mirando la lejanía, suele hacerlo mucho durante estos días, es como si su mente se fuera muy lejos de aquí y me pregunto dónde va; respeto su silencio, aunque me cueste.

—¿Qué harás si decido irme? —pregunta tras un mutismo que me ha parecido una eternidad —. ¿Si no soy capaz de darte lo que tú quieres?

—Solo quiero estar a tu lado —replico en voz baja—. Te prometí que nunca más iba a obligarte a nada que no quisieras, por eso rezo para que, llegado el momento, no te marches.

—El destino es traicionero —dice, volviéndose para observarme con la mirada empañada por el miedo—. Puede que no sea mi decisión la que nos separe… No quiero morir, Alasdair.

La abrazo cuando rompe a llorar, intentando contener el terror de ese futuro incierto en el que no soy capaz de salvarle la vida. Con gusto daría la mía si así aseguro su salvación. Dejo que se desahogue, deseando poder hacer lo mismo, de repente, una patada en su vientre la hace jadear y nos apartamos sorprendidos.

—¿Ha sido…? —pregunto, posando mis manos a la espera de que vuelva a hacerlo—. Siente tu tristeza, esposa. Creo que es su manera de decirte que no debes temer nada.

—Dios mío —jadea impresionada—. ¿Qué pensaría de mí si fuera capaz de entenderme? —pregunta avergonzada.

Mis manos acarician su vientre, y ella se deja hacer suspirando de placer, cierra los ojos y me pierdo en su belleza. Su cabello, de nuevo, suelto como a mí me gusta, sus mejillas arreboladas y sus labios curvados en una tenue sonrisa, ya no hay rastro de temor o pena, y me siento aliviado por haber conseguido que se sienta mejor.

—¿Has pensado nombres? —susurro mientras no dejo de mover mis manos.

—Lo cierto es que no —reconoce sin abrir los ojos—. ¿Y tú?

—No —niego—. Recuerda que hasta hace unas semanas no sabía que iba a ser padre. He tenido que hacerme a la idea mientras intento recuperar a la mujer que amo.

Da un respingo y abre los ojos con pereza, de nuevo su silencio dice más que mil palabras, ¿algún día podré escuchar de sus labios lo mismo? Su mano se mueve con lentitud hasta apoyarla en mi mejilla, disfruto de su contacto con ansias de más.

—Te creo —susurra conmovida, y para mí es como si me hubiera dicho que me ama, porque ahora sé que comienza a confiar en mí—. Creo que me amas, Alasdair.

—Gracias —susurro de vuelta, me alzo un poco para dejar un breve beso en sus labios—. No

voy a defraudarte.

Asiente sonriendo y así, en silencio, mientras sigo acariciándola, pasan las horas, cuando comienzan a cerrarse sus ojos, me doy cuenta de que está agotada, a pesar de ser temprano. La alzo para llevarla al lecho y la cubro con una manta, me dispongo a salir cuando su mano coge la mía impidiéndomelo.

—Quédate —me pide—. Solo voy a descansar un poco, ya no duermo bien por las noches y…

No dejo que termine de hablar cuando me tiendo a su lado y la abrazo por la espalda, sabiendo que voy a pasar un infierno al sentir su cuerpo pegado al mío sin poder hacer nada más que estar a su lado. Desde mi regreso, no hemos dormido en la misma alcoba, sigo quedándome en la que ocupaba antes de nuestro matrimonio, ya que Meadow no había dado el paso de permitirme pasar la noche con ella y no quería imponerme.

—Descansa —le pido, intentando serenarme—. No voy a ir a ningún lado.

Poco después, su cuerpo se relaja y me doy cuenta de que se ha quedado dormida. Gimo cuando se remueve inquieta y su trasero golpea mi entrepierna, lo dicho, un calvario. Aprieto los dientes para controlarme, llevo demasiados meses sin yacer con mi mujer y el deseo se está tornando insoportable. Cierro los ojos e intento pensar en cualquier cosa que no sea en su calor, en su aroma que me envuelve, esto es peor que una tortura, o me levanto o no sé si voy a ser capaz de contenerme.

—Vas a acabar conmigo, pequeña —susurro para no despertarla—. Dios —exclamo—. Cómo duele.

—¿Qué sucede? —pregunta adormilada—. ¿No te encuentras bien? —en su voz detecto preocupación.

—¿No estabas dormida? —cuestiono, intentando alejarme un poco para que no se dé cuenta de lo que realmente ocurre, parece que tiene otros planes, porque se gira entre mis brazos para quedar frente a mí.

—Estás tan tenso que parece que en cualquier momento vas a saltar del lecho —bromea—. ¿No quieres estar a mi lado? ¿Te incomoda que mi cuerpo haya cambiado? —pregunta.

—¿De dónde sacas eso? —cuestiono incrédulo—. Tu cuerpo no tiene nada de malo.

—Creía que por eso no habías intentado… —guarda silencio sonrojándose—. Bueno, me refiero que ha pasado mucho tiempo y…

—Esposa —interrumpo risueño—, ¿me estás diciendo que deseas mis atenciones? Porque si es así, debo decirte que te deseo más que nunca, pero te respeto demasiado para hacer algo que tú no quieras, y puedo demostrártelo.

Cojo su mano y la poso sobre mi miembro, aunque eso suponga morir de agonía ante el placer que me recorre de pies a cabeza. Ella jadea por la impresión, yo gimo y aprieto los dientes tan fuerte que temo partir alguno.

—¿Duele? —pregunta preocupada—. Tu semblante demuestra sufrimiento —intenta retirar su mano, no se lo permito.

—Duele no poder enterrarme en ti —reconozco, abriendo mis ojos—, no que me toques.

—Lo siento —se disculpa de nuevo—. No sabía que estuvieras sufriendo tanto…

—Esposa, hace más de seis meses que no te tengo —replico—. Duele cada día más, pero puedo esperar.

—Puedes esperar —repite dudosa, doy un respingo que casi me tira del lecho cuando su mano se cuela bajo mi ropa y envuelve mi miembro, siseo cuando comienza a acariciarlo y no duro lo suficiente como para no sentirme avergonzado. Jadeo en busca de aire ocultando mi rostro contra su cuello muerto de la vergüenza, cuando retira su mano, me siento frío, vacío e intento alejar la

sensación de pérdida—. ¿Alasdair…?

—Lo siento —me disculpo todavía contra su cuello—. Lo siento mucho.

Cuando soy capaz de dejar de esconderme, nuestras miradas se encuentran, en la suya no veo ningún tipo de reproche, algo que debo agradecerle. Al contrario, parece que espera que le explique lo que acaba de suceder, ¿será posible que…? No, no puede ser.

—¿Te he hecho daño? —pregunta preocupada, observando su mano, me apresuro a levantarme para buscar algo con qué limpiarla todavía más mortificado—. No era mi intención, de verdad.

—Lo sé, pequeña —me apresuro a decir mientras limpio todo rastro de mi liberación—. No me has hecho daño, te lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué has gemido como si lo hiciera? —cuestiona con desconfianza—. No me mientas, Alasdair.

—No lo hago —exclamo, perdiendo los nervios—. He gemido de placer, esposa.

Puede que estemos casados, que esté esperando un hijo, pero en estos momentos me doy cuenta de lo inocente que sigue siendo, que a pesar de su preocupación, sigue sonrojada y sus pechos parece que van a salirse, relamo mis labios todavía hambriento.

—Me alivia saberlo —balbucea enrojeciendo.

—¿Estás bien, Meadow? —pregunto, sabiendo perfectamente lo que le ocurre, no se ha movido del lecho, por lo que vuelvo a tumbarme a su lado—. ¿Te sientes excitada?

—Eso no se pregunta —regaña entre dientes, intentando levantarse, su abultado vientre no le permite moverse con tanta agilidad, así que me da tiempo a detenerla—. ¿Qué haces? —pregunta cuando me posiciono entre sus piernas sin apoyar mi peso sobre ella.

—Devolverte el favor —respondo mientras mis manos se pierden entre su falda, frunce el ceño sin comprender—. Disfruta, esposa.

Tras mi petición, llego donde deseo, expongo su sexo hinchado y húmedo, que me deja saber cuán excitada está, me relamo antes de lanzarle una mirada cargada de deseo, desciendo muy lentamente mientras recorro sus muslos, su aroma llega hasta mí y cierta parte de mi anatomía vuelve a la vida con ganas de más, de mucho más. Me sumerjo entre sus piernas y mi lengua recorre sus pliegues degustando su sabor, el grito que escucho me hace sonreír; a pesar de eso, no detengo mi tortura, sus manos tiran de mi cabello y no estoy muy seguro de si intenta apartarme o acercarme.

Gime y se retuerce como si intentara escapar, aunque sé que no desea hacerlo, sus muslos cada vez ejercen más presión sobre mi cabeza, sus tirones cada vez son más fuertes, sé que no es consciente porque está perdida en una espiral de placer y eso me complace sobremanera. No tarda en llegar al éxtasis gritando mi nombre, su cuerpo se estremece y me tengo que contener para no adentrarme en ella como me pide mi cuerpo.

—Dios mío, no sabía que esto era posible —jadea—. ¿Esto se puede hacer? —pregunta, alzando su rostro sonrojado y sudoroso.

—Por supuesto —asiento relamiéndome—. Entre marido y mujer no existe nada que no se pueda hacer en el lecho.

Sonríe medio adormilada, arreglo su ropa y me tumbo a su lado contemplando cómo se le cierran los ojos, me complace saber que he sido el causante de que vuelva a descansar, siento que hemos avanzado un poco más en nuestra relación y que cada vez estoy más cerca de conseguir su perdón y su amor.

No quiero marcharme, pero creo que es el momento de darle un poco de espacio, he conseguido que entienda mi postura y que no crea que le impongo mis decisiones como algún

tipo de castigo, solo me preocupa su seguridad y la del bebé. Desciendo las escaleras y me doy cuenta de que ha comenzado una ventisca que puede dejarnos incomunicados dentro del castillo.

CAPÍTULO XXIV



Meadow

Al despertar, me doy cuenta de que estoy sola, miro a mi alrededor para asegurarme y suspiro sin saber muy bien cómo sentirme. Recuerdo lo sucedido entre Alasdair y yo y me sonrojo, nadie me había dicho que algo así podía suceder, sin embargo, quiero volver a repetirlo, no me avergüenza reconocerlo.

Siento mi cuerpo pesado, pero me obligo a levantarme. Al asomarme a la ventana, veo que ha nevado muchísimo, me asusto, ya que si ahora sucediera algo y necesitáramos a la curandera, no creo que la anciana pudiera llegar hasta el castillo. Intento serenarme y que el pánico no me domine, salgo de la alcoba y me dirijo hacia el salón, donde un buen fuego calienta a toda la familia, los niños juegan despreocupados, Alasdair sonríe al verme aparecer y le devuelvo el gesto algo cohibida.

—Espero que hayas descansado —saluda Gillian—. Mientras lo hacías, la nieve nos ha sorprendido.

—Ya veo —replico, intentando ocultar mi preocupación—. Siento haber dormido tanto, no era mi intención.

—Querida, estás en las últimas semanas de embarazo —replica sonriente—. Es normal, no debes pedir disculpas. Como ves, Mary Jo está jugando y no ha preguntado por ti ni una sola vez —bromea—. Alasdair ha estado muy pendiente de ella.

Mi hermana se acerca a mí y me lleva fuera de la sala, frunzo el ceño preocupada cuando se detiene en el pasillo. La miro a la espera de que hable, de que me cuente lo que ya sé, me doy cuenta de que teme decirlo, teme mi reacción, y eso me hace sentir muy egoísta, ya que durante

estos meses me he apoyado mucho en ella y ahora se siente responsable de mí.

—No hace falta que digas nada, Judith —le digo para tranquilizarla—. Sé que has decidido al fin dejar de hacer sufrir a Blaine —bromeo para aligerar el ambiente—. Si me lo preguntas, has tardado demasiado.

Suspira aliviada y una sonrisa radiante alumbra su bello rostro. Todavía recuerdo el día en el que llegó Blaine de nuevo, volviendo la vida de mi hermana del revés.

***

—Llega alguien —dice Gillian, mi hermana y yo nos giramos—. Qué raro, solo un jinete…

Una vez entra al patio, lo reconocemos de inmediato. Judith, a mi lado, se tensa, me preocupo cuando me doy cuenta de que palidece, incluso la sujeto cuando se tambalea por temor a que caiga desplomada en el suelo.

—¿Qué hace Blaine aquí? —pregunta—. Espero que no le haya sucedido nada a mi suegro —replica preocupada mientras se acerca al hombre que nos observa desde su montura.

Veo cómo hablan, mas no escucho lo que dicen, al fin, Blaine desmonta y deja con la boca abierta a Gillian al pasar por su lado ignorando su interrogatorio para dirigirse directamente a donde nos encontramos nosotras. Judith tiembla a mi lado, aunque sé que no es por temor.

—Hola, Judith —dice como si yo no estuviera, y carraspeo para llamar su atención—. Hola, Meadow. Espero que estéis bien —dice sin su acostumbrada seguridad al hablar.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunto, sabiendo que mi hermana no va a abrir la boca—. ¿Los Cameron están dando problemas de nuevo?

—No —responde sin quitarle los ojos de encima a Judith—. He regresado porque nunca debí irme. Al menos, no sin quien realmente me importaba…

Judith reacciona de una manera desproporcionada, lo mira horrorizada y sale corriendo a pesar de mis llamados. Estoy dispuesta a ir tras ella, pero su mano me detiene.

—Déjala —pide sin soltarme—. Esperaba que reaccionara de este modo.

—Entonces, ¿por qué has regresado? —cuestiono acusadora—. Ella lo pasó realmente mal cuando te fuiste, ¿sabes? —recrimino sin poder evitarlo.

—No imaginé que… —guarda silencio, aprieta los puños impasible y veo la resolución en su mirada—. Lo arreglaré. ¿Dónde está tu marido? —pregunta ceñudo.

—No lo sé —respondo con frialdad—. Hace meses que no le veo…

—¿Cómo dices? —espeta—. Voy a hablar con Duncan de inmediato —dice, pasando por mi lado, todavía no se ha alejado lo suficiente como para que no escuche sus últimas palabras—. Maldito idiota —farfulla.

Sé que la llegada de Blaine dará un giro a la vida de Judith, y espero que ambos puedan solucionar aquello que los atormenta para poder estar juntos, mi hermana se merece un buen hombre que la cuide y respete.

Al menos, que una de las dos tenga suerte…

***

Regreso al presente para darme cuenta de que mi hermana me mira expectante.

—¿Me has escuchado? —pregunta ceñuda—. ¿Estás bien?

—Sí —me apresuro a asegurarle—. Solo recordaba el día que Blaine regresó…

—¿Por qué hacías eso? —me mira sin comprender—. Eso es pasado, hermana, y debemos

dejarlo donde pertenece. No hace ningún bien recrearnos en tiempos que fueron tormentosos, debemos avanzar y disfrutar de las nuevas oportunidades que nos da la vida.

Sus palabras calan hondo en mí, creo que no solo se refiere a sí misma, sino que me recomienda que siga su consejo. ¿Qué pensaría si supiera lo que he hecho con Alasdair hace solo unas horas?

—Me alegra que lo tengas tan claro todo, hermana —sonrío envidiándola—. Me hace muy feliz.

—Yo sería plenamente dichosa si tú también consiguieras salvar tu matrimonio —dice con cariño, cogiendo mis manos—. Deja que tu corazón te guíe, olvida a padre, olvida a nuestras madres y permítete encontrar la felicidad.

Asiento conmovida y me dejo abrazar, cierro los ojos y comienzo a sentirme más liviana, como si me hubiera quitado un gran peso de encima del que no era consciente.

—Regresemos o Blaine vendrá a buscarme preocupado —se ríe Judith—. Tenemos mucho que hacer, hermanita.

Entramos de nuevo al salón y me doy cuenta de que tenía razón, su futuro marido mira hacia la puerta en el momento exacto en el que aparecemos.

—¿Qué te he dicho? —susurra complacida.

—No le riñas —aconsejo—. Solo desea cuidarte. Además, todavía no está seguro con respecto a ti, debes demostrarle cuánto lo amas, Judith.

—Por supuesto que no voy a decirle nada —replica—. Me encanta que siempre esté pendiente de mí. Rezo para que llegue el día en el que se dé cuenta de que lo amo tanto como el me ama a mí.

—¿Todo bien? —cuestiona cuando mi pelirroja hermana se sienta a su lado y yo lo hago junto a Alasdair.

—Sí —afirma—. Solo hablaba con Meadow.

Asiente y, mientras me acomodo, me doy cuenta de que mi esposo no me quita los ojos de encima. A mi mente llegan los consejos de Judith, por lo que le devuelvo la mirada y sonrío para que deje de fruncir el ceño, lo hace para cambiar a una mirada sorprendida ante mi gesto.

—¿Meadow…? —pregunta ceñudo ante mi cambio—. ¿Te encuentras bien? —suena tan preocupado que me produce una ternura casi asfixiante.

—¿Por qué no debería estarlo? —cuestiono sin comprender—. He descansado y me siento muy bien, esposo.

—Hacía meses que no me llamabas así —replica, conmocionado, intentando ocultar una sonrisa.

Mary Jo llama mi atención, por lo que no puedo responderle. Me concentro en mi hija, porque sí, a pesar de no haberla parido, yo la siento así. He intentado luchar contra ello, pero me he cansado, no pienso seguir haciéndolo, Elaine sabía que la iba a cuidar bien y que le daría todo el amor que ella ya no podría. Al recordarla, mis ojos se humedecen y debo parpadear varias veces para alejar el llanto y no preocupar a mi familia.

—Crece muy deprisa —la voz de mi hermana me sorprende—. Pronto cumplirá dos años…

—Lo sé —asiento—. Y no tendrá a su madre con ella —me lamento.

—Te tiene a ti. —Su mano sobre mi hombro en señal de apoyo y consuelo—. No podría tener mejor sustituta, y Elaine lo sabía.

—No debes estar triste, esposa. —Alzo el rostro y me doy cuenta de que está frente a mí—. Mary Jo estará bien, nos encargaremos de ello.

¿Debería decirle que Elaine murió con su nombre en los labios?, ¿o debo dejar el pasado

atrás? Después de todo, fue su primer amor, por muy mal que terminaran al final, no quiero que el fantasma de mi prima esté siempre presente y no me gusta mentir.

—Hay algo que nunca te dije… —replico mientras miro a mi hermana, quien entiende de inmediato que debe dejarnos solos—. La noche que Elaine murió, pronunció tu nombre. Creo que debes saber que realmente te quiso.

Alasdair recibe esa información con un gesto impasible, después, su mirada desciende hasta nuestros pies, tras un corto lapso de tiempo suspira y me mira. Me sorprende al coger mi mano y me acerca a él con lentitud, como si estuviera esperando mi reacción.

—Gracias por decírmelo —responde—. Siento mucho no haber estado a vuestro lado. Espero que esté en un lugar mejor.

—Estoy segura de que así será —asiento—. No era una mala mujer, Alasdair.

—Lo sé —acaricia mi mejilla—. No voy a mentirte y decir que me hubiera gustado compartir mi vida con ella porque hace años que no es lo que quería, y ahora sé el motivo. Estaba destinado a ti y he esperado largo tiempo para encontrarte, por ello lucho por recuperarte.

—¿Y si te dijera que ya no tienes que luchar más? —cuestiono, nerviosa, mirando sus ojos para no perderme ninguna reacción—. No hace falta que sigas demostrando que me amas y cuán arrepentido estás.

—¿No vas a marcharte en cuanto trascurran los meses que nos quedan? —Niego, sonriendo algo cohibida—. ¿Me perdonas? —continúa preguntando ansioso.

Vuelvo a asentir dichosa ante sus preguntas, jadeo cuando me alza entre sus brazos, a pesar de mi vientre abultado, y estallo en carcajadas cuando comienza a dar vueltas riendo como un niño.

Nuestra familia aplaude mientras los niños bailan a nuestro alrededor sin comprender por completo qué es lo que sucede y por qué Alasdair se comporta de este modo. Cuando mis pies vuelven a tocar el suelo, sus labios se apoderan de los míos en un beso tan tierno y lleno de sentimiento que una lágrima desciende por mi rostro.

—Te amo, Meadow —susurra contra mis labios—. Y seguiré demostrándotelo cada día de mi vida.

—Te amo, Alasdair —respondo sin miedo ni vergüenza a reconocer que nunca he dejado de hacerlo—. No me arrepiento de haberme casado contigo, he sufrido, no puedo negarlo, mas creo que tú también lo has hecho y estoy cansada de hacértelo pagar.

—Puedes estar segura de que he pagado con creces mi estupidez —asegura, posando sus manos en mi vientre, parece que le calma—. Puedo prometerte que jamás volveré a dañarte, y si lo hago, golpéame, grítame, insúltame, pero no me alejes de ti.

Asiento y, tras darme un abrazo más, nos dirigimos a la mesa, donde los demás han estado observando nuestra reconciliación, todos nos reciben con sonrisas de felicidad y buenos deseos. Han sido meses de sufrimiento e incertidumbre, no obstante, tanto Judith como yo hemos encontrado nuestro lugar al lado de los hombres que amamos, hemos encontrado nuestro hogar. Soy consciente de que se irá, aunque no estaremos lejos y estoy segura de que nos veremos muy seguido, ahora que la he encontrado y conocido como es en realidad, no imagino mi futuro sin ella.

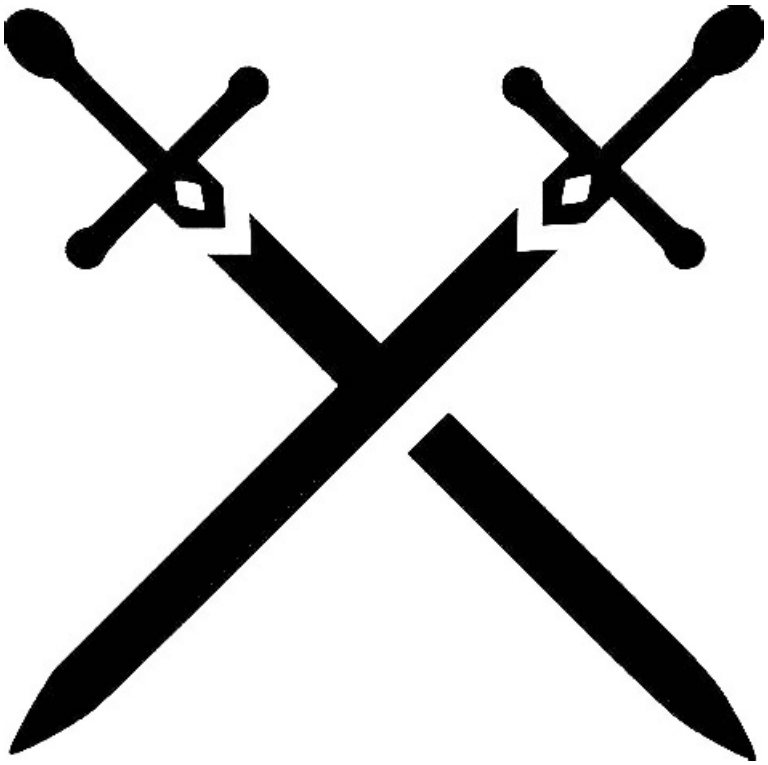
—Ya era hora de que ambos dejarais de huir —aplaude Duncan—. He sufrido por vosotros sabiendo por lo que estabais pasando, no hace mucho éramos Gillian y yo quienes no encontrábamos la solución a nuestro matrimonio, por lo que sabemos lo que es estar en vuestro lugar.

—Me hace muy feliz —añade su esposa—. A partir de ahora, todo será felicidad.

—Supongo que ya no tendré que volver a sacudirte —bromea Blaine, haciéndonos reír a

todos.

EPÍLOGO I



Alasdair

Han pasado los meses, los más felices de mi vida, porque no se cernía sobre mí la incertidumbre y la zozobra. Meadow y yo nos hemos conocido sin las máscaras y las medias tintas, no hay nada que ella no sepa de mí y viceversa, me siento aliviado y más ligero que en toda mi vida. Sincerarme con ella, dejar que conozca hasta el más mínimo detalle, mis temores, mis logros, mi pasado, lejos de hacerme sentir avergonzado o vulnerable, me ha quitado un peso de encima.

Meses en los que hemos tenido que recorrer un largo camino hasta encontrarnos. Blaine y Judith se casaron y partieron hacia las tierras de los MacArthur, mi esposa lloró, pero entendió que ese era el destino de su hermana. Ahora me encuentro esperando su llegada, ya que Meadow puede dar a luz en cualquier momento y quieren estar con nosotros cuando pase por ese trance, es una promesa que se hicieron las hermanas Cameron.

—¿Por qué tardan tanto? —pregunta a mi lado mientras se pasea ansiosa—. ¿Y si les ha pasado algo?

—¿A Blaine? —cuestiono con sorna—. Es uno de los mejores guerreros que conozco, incluso mejor que yo.

—Cuánta modestia —alaba, besándome y dejándome con ganas de más al apartarse para continuar caminando arriba y abajo. Me he dado cuenta de que hace unos gestos extraños de vez en cuando y se lleva las manos a la parte baja de la espalda—. ¿Crees que Judith es feliz?

—No lo pongo en duda, esposa —respondo—. Puede que no conozcas a Blaine como yo, mas tu hermana ha escogido al hombre correcto. Puedes estar tranquila, no le faltará de nada y la amará hasta su último aliento.

—Eso espero —susurra, intentando ocultar una mueca de dolor.

—¿Qué sucede, Meadow? —pregunto preocupado—. Te he estado observando toda la mañana y me he dado cuenta de que te sientes molesta. ¿Es el bebé? —acaricio el vientre y lo noto tenso, más de lo normal.

—Solo siento algo de dolor, esposo —responde, intentando sonreír, a pesar de que ha perdido el color del rostro—. No debes preocuparte, seguro que es normal.

—No lo creo —rebato, dudando de si salir en busca de Gillian—. ¿Por qué no te acuestas un poco? Tal vez el caminar tanto…

—Alasdair —interrumpe con firmeza—. No debes asustarte cada vez que me sienta incómoda, en cualquier momento puedo ponerme en labor de parto.

—Por eso mismo —insisto asustado—. Deberíamos prevenir.

—No puedo creerlo —se ríe—. Uno de los guerreros más fieros de las Highlands aterrorizado ante la llegada de su hijo.

—En una batalla soy yo quien arriesga su vida —replico—. En esta ocasión, eres tú, y no puedo evitar sentir temor ante el solo pensamiento de perderte.

—¡Meadow! —el llamado de Gillian nos sorprende, irrumpe en el salón con una radiante sonrisa—. ¡Ya llegan! —exclama.

Mi esposa sale lo más rápido que puede al patio, conmigo detrás preocupado por si se cae y por si el bebé está próximo a nacer, algo en mí me dice que no falta mucho y que ella no ha querido decirme nada para no preocuparme. Contemplo cómo Judith desciende del caballo sin esperar a que mi amigo la ayude y corre a abrazar a su hermana menor, se funden en un abrazo que deja claro cuánto se han echado de menos.

—¿Qué tal todo? —saludo a Blaine, que parece totalmente cambiado, su semblante ya no tiene esa frialdad—. Espero que estos primeros meses de convivencia hayan sido fáciles.

—No puedo negar lo contrario —me palmea la espalda—. Me complace ver que sigues comportándote como el hombre que siempre supe que eras.

—Sí —asiento con orgullo—. No he vuelto a cometer estupideces. ¿Dónde demonios se mete Duncan? —pregunto, mirando alrededor.

—Aquí estoy —saluda, acercándose con una sonrisa para abrazar a nuestro amigo—. Me alegra teneros de vuelta. Inveraray ahora está demasiado tranquilo —bromea.

—¡Alasdair! —el grito de mi cuñada me alerta y corro hacia Meadow, que parece que sufre dolor, son las mujeres las que la sujetan mientras intentan calmarla—. Tenemos que llevarla a su habitación.

—¡Que llamen a la curandera! —ordeno mientras la cojo en brazos y corro—. Sabía que me ocultabas algo —le gruño tan preocupado que no soy capaz de enfadarme con ella.

—Lo siento —jadea tras encogerse de nuevo entre mis brazos—. No quería preocupar a nadie innecesariamente.

—No vuelvas a hacer algo así nunca más —amonesto, dejándola sobre nuestro lecho—. Vas a estar bien. —Beso su frente casi con reverencia, mis manos tiemblan y mi corazón golpea con fuerza en mi pecho—. Tú puedes con todo, y en menos de lo que crees, tendrás a nuestro hijo en tus brazos.

—Vas a ser un padre maravilloso —alaba sonriente, a pesar del dolor—. No debes temer por mí.

Nos interrumpe la llegada de la curandera seguida de Gillian y Judith. Me ordenan que salga fuera y, aunque me niego, es mi esposa quien me pide que obedezca.

—Por favor —suplica—. No puedo concentrarme en traer a tu hijo al mundo si debo preocuparme por ti también. Te prometo que estaré bien…

Duncan me saca de la habitación ejerciendo su fuerza porque me niego a hacerlo, siento que la estoy abandonando cuando más me necesita y juré no hacerlo nunca más.

—Va a estar bien, maldita sea —sisea mientras me empuja para entrar al salón—. Bebe —ordena mientras Blaine me tiende una copa de *whisky*—. Lo vas a necesitar.

—¿Yo? —pregunto tras escuchar un grito de mi esposa que me pone los pelos de punta—. Dios mío, no puedo quedarme aquí sin hacer nada.

Intento salir, pero Blaine me lo impide con su imponente cuerpo, se cruza de brazos y me observa impasible.

—No hagas que te dé un puñetazo que te deje inconsciente —amenaza con una tranquilidad pasmosa—. No le haces bien a Meadow comportándote como una vieja histérica.

—Algún día te veré en mi situación —siseo mientras vacío mi vaso y Duncan vuelve a llenarlo—. Veremos cómo te comportas.

—Lo estoy deseando —responde sin moverse—. Te doy permiso para golpearme si me comporto como un idiota. Las mujeres llevan dando a luz desde el inicio de los tiempos, confía un poco más en la tuya —amonesta.

Otro grito que me hace palidecer y beber de nuevo con ansias con la esperanza de perder el sentido y despertar cuando todo haya terminado. No dejo de beber mientras escucho cómo en el piso de arriba mi mujer grita una y otra vez mientras intenta traer al mundo a nuestro hijo. No estoy muy seguro de cuántas horas pasan hasta que, tras un grito de agonía, escuchamos el llanto de un bebé. Me levanto tambaleante y subo las escaleras lo más rápido posible dado mi estado, y al abrir la puerta de nuestra alcoba, me recibe una imagen que no creo olvidar en mi vida.

Las mujeres trabajan para acomodar a mi esposa que, aunque parece agotada, está bien, ya que sonríe al verme aparecer. Solo cuando estoy a su lado, soy consciente del pequeño bulto que sostiene entre sus brazos.

—Mira —susurra—. Mira a tu hija —algo en su voz me hace fruncir el ceño.

Al ver su rostro por primera vez, me doy cuenta de que se puede amar con todo tu corazón a más de una persona. Es pequeñita y sonrosada, con un poco de cabello rubio como su madre, sus párpados cerrados no me permiten ver sus ojos, no me hace falta para saber que es lo más precioso que la vida me ha podido regalar.

—Lo siento —susurra Meadow ante mi silencio—. Siento que haya sido niña y…

—Nunca más vuelvas a insinuar que me siento desilusionado por no tener un hijo —interrumpo sin apartar la vista de mi hija—. Es hermosa, y te estaré eternamente agradecido por este regalo.

Escucho cómo suspira aliviada, entonces la observo y me doy cuenta de que está un poco pálida y parece muy cansada, me siento culpable por no haber pensado primero en ella, debo culpar al maldito *whisky* que me han obligado a beber durante las horas que ha durado el parto.

—Debes descansar —le pido, besando su frente y acariciando su mejilla—. No te preocupes por nada.

Cojo a la pequeña entre mis brazos con miedo de hacerle daño, salgo con ella para que mis amigos vean mi milagro, me esperan en el pasillo y, al verme aparecer, una sonrisa ilumina sus rostros teñidos de preocupación.

—Al fin —farfulla Duncan—. No recordaba lo lento que puede ser…

—Os presento a mi hija —anuncio orgulloso—. ¿No es lo más bonito que hayáis visto jamás?

Ambos se acercan y asienten, palmean mi espalda dándome la enhorabuena. Gillian y Judith se unen a nosotros después de terminar de asear a mi esposa, quien ya se ha quedado dormida. La curandera me asegura que todo ha ido bien y que no debe haber problema alguno, solo necesita

reposo y alimentarse bien para reponer fuerzas.

—Es tan hermosa —alaba mi cuñada—. Se parece mucho a Meadow.

—Seguro que cuando crezca, os da muchos dolores de cabeza —bromea Gillian—. Siempre la podemos casar con mi hijo —sugiere entre risas.

—No creo que a Mary Jo le gustara mucho —intercede Duncan—. Esos dos parece que han nacido para estar juntos.

—No puedo creer que acabe de nacer y ya estéis pensando en casar a mi hija —replico—. Mis hijas no van a casarse, las quiero conmigo…

—No seas egoísta, amigo —exclama Blaine—. Sabes que es ley de vida.

Me doy cuenta de que cuando a mis hijas se refiere, soy muy exigente, quiero para ellas un hombre leal, que las ame por encima de todas las cosas y las proteja incluso de sí mismo. No quiero para ellas alguien como mi yo del pasado, egoísta y frío, incapaz de sentir o de comprender algo más allá de su propio placer. Quien las haga sufrir conocerá mi ira y el filo de mi espada, eso lo juro.

—¿Cómo la habéis llamado? —pregunta Gillian.

—No le hemos puesto nombre… —susurro—. Me gustaría que se llamara Gabrielle, como la madre de Meadow, pero esperaré a que ella decida.

—Es un gesto muy bonito —alaba Judith de nuevo—. Ellas estaban muy unidas. Fue una gran mujer.

EPÍLOGO II



Judith

Me siento muy aliviada de haber llegado a tiempo para estar acompañando a Meadow en el parto. Cuando insistí a mi esposo para que viajáramos fue porque sentí que debíamos partir antes de hora, y no me equivoque. Ahora, con mi pequeña sobrina en brazos, me siento bendecida una vez más.

—Eres una niña muy buena —susurro mientras la dejo en su cuna—. No lloras apenas, y solo lo haces cuando tienes hambre o sueño.

—Un verdadero milagro —aplaude mi esposo, entrando despacio a la alcoba para no hacer ruido—. Temía que fuera tan revoltosa como su padre.

—¿Os conocisteis desde bebés? —pregunto sin comprender—. No eres tan mayor, esposo mío.

—No —niega, sonriendo con nostalgia—. Ya éramos unos mocosos cuando comenzamos a conocernos. Pero era incapaz de permanecer quieto más de un par de minutos. Recuerdo que el viejo *laird* lo castigaba a menudo por no ser capaz de ser lo suficiente silencioso cuando entrenábamos…

—Debió ser difícil para él, para todos vosotros —replico, acercándome para abrazarlo—. Erais niños, no guerreros.

—Fuimos elegidos para ser los mejores —rebate—. Es un orgullo para nosotros que fuera el mismo *laird* quien lo hiciera.

Me gusta que ya no se tense ante mis abrazos o muestras de afecto, y que él sea también el que me prodigue caricias o besos sin pedirlo. No dudo de que me ama más que a sí mismo, pero fue

un largo camino hasta ser capaz de dejar la coraza con la que se protegía.

—Salgamos —susurra, cogiéndome de la mano—. No queremos despertar a la niña o Alasdair nos despellejará vivos.

Contengo una carcajada mientras dejo que me guíe hacia el salón. Meadow descansa sentada frente al fuego. Ha pasado solo una semana desde que dio a luz, sin embargo, se niega a quedarse en cama, así que su esposo la ha bajado en brazos y sentado frente a la chimenea con órdenes de que no se levante. Y para asegurarse de que no lo hace, todos debemos vigilarla y no dejarla sola en ningún momento.

—¿Se ha dormido? —pregunta en cuanto nos ve llegar—. Debería ser yo quien la cuide —se lamenta—. No soy una inútil y me hacéis sentirme como tal.

—No te lo tomes así —reprendo con cautela para no sonar demasiado brusca—. Si haces caso, te recuperarás enseguida y podrás hacer todo por ella. La has alimentado, yo solo la he acostado, ¿qué tiene de malo que la cuide?

—Nada —reconoce suspirando—. Pero soy su madre…

—Y yo su tí… —interrumpo para que no se deje embargar por la melancolía y la culpa—. Deja que te ayudemos mientras estemos aquí.

—Escucha a tu hermana, muchacha —aconseja mi esposo—. Deja que te ayude, ella lo hace encantada, os ama a ambas.

—Lo sé —veo como está a punto de romper a llorar—. Me siento como la peor madre del mundo.

No sé qué decirle para consolarla, porque todavía no he sido bendecida con la maternidad. Sin embargo, no dudo que Meadow sea la mejor madre para Gabrielle, creo que teme cometer errores que puedan marcar el futuro de su hija, como nos sucedió a nosotras, y no se da cuenta de que ni ella es como la mujer que le dio la vida, ni Alasdair es como nuestro padre.

—No debes preocuparte por ello, querida —anuncia Gillian a su llegada—. Al principio, todo es muy difícil, puedes sentirte perdida e inútil. Esa no es la realidad, Meadow, todo pasa y en poco tiempo esto solo será un recuerdo.

Decido ir en busca de Alasdair, es el único que puede consolarla y hacerle ver la realidad. Recorro con rapidez el castillo sin encontrarlo, por lo que salgo al patio con la esperanza de que esté entrenando a sus hombres, pregunto y nadie sabe nada.

—¿Dónde demonios se habrá metido? —pregunto frustrada.

Corro a las caballerizas como última opción y suspiro aliviada al encontrarlo hablando con el hombre encargado de los caballos; al verme llegar, no tarda en acercarse a mí.

—¿Qué sucede? —pregunta—. ¿Meadow y la niña están bien?

—Gabrielle está perfectamente —replico—. La he dejado durmiendo. Es mi hermana quien no está bien, Alasdair.

Tengo que detenerlo cuando se dispone a salir corriendo. Me mira ceñudo sin comprender por qué lo freno si he venido a buscarlo.

—Debes hablar con ella —aconsejo—. No se encuentra mal, solo que está deprimida y debes hacerle ver lo valiosa que es para ti y para vuestra hija.

Asiente y se marcha corriendo, espero que consiga que mi hermana vuelva a sonreír, no puedo irme dejándola así. Recorro las caballerizas acariciando los caballos, son animales que siempre me han gustado, son leales y majestuosos. Nunca tuve ninguno porque mi padre no consideró necesario que una de sus tantas bastardas tuviera montura.

—Sabía que te encontraría aquí en cuanto Alasdair ha puesto un pie en el salón —la voz de mi esposo no me sorprende en absoluto—. Debes dejar de preocuparte, esposa.

—No puedo —reconozco mientras acaricio a un potrillo de color blanco que me recuerda a la niña que fue mi hermana—. Siento que durante años le fallé, no quise acercarme a ella, se suponía que debía odiarla por lo que representaba, así me lo inculcó mi madre —confieso con dolor—. Sé que debemos volver, Blaine —me giro para encararlo—. Pero irme sabiendo que no es ella misma es muy difícil para mí.

No dice nada, su semblante no muestra ningún indicio de decepción, enfado, tristeza, nada… Se acerca y me abraza, me dejo envolver en sus fuertes brazos encontrando consuelo para la zozobra que se estaba apoderando de mí, siempre que recuerdo mi pasado sucede, y es su manera de traerme de regreso, es mi lugar seguro y lo supe desde el momento en que nuestros ojos coincidieron por primera vez.

—Podemos esperar un par de días —susurra contra mi cabello —. No más —advierte con firmeza.

—Gracias, esposo —respondo más tranquila—. Sé que soy una esposa nefasta. Siempre tienes que cuidarme, te hago perder el tiempo con mi familia y encima no soy capaz de darte una propia —me lamento de nuevo.

—Te lo he dicho hasta la saciedad —replica, apartándose para coger mi rostro entre sus manos y obligarme a mirarlo a los ojos—. No me importa si no tenemos hijos, solo te quiero a ti, a mi lado, cada día de mi vida.

—No sé qué he hecho para merecerte —susurro emocionada—. Te amo, esposo.

—Te amo, Judith —devuelve antes de darme un beso que me deja con ganas de más—. Volvamos.

Regresamos al castillo cogidos de la mano, sabiendo que nuestro amor es más fuerte que cualquier prueba que nos depare el destino. Al entrar de nuevo a la sala, compruebo con gozo que Meadow ríe junto a los niños y su marido, este me dirige una mirada tranquilizadora, dejándome saber que a partir de ahora todo va a ir bien.

Blaine y yo somos capaces de hablarnos con los ojos, y me doy cuenta de que no importa qué pruebas nos ponga el destino, somos más fuertes, nuestro amor es más poderoso que cualquier obstáculo.

***

Blaine

Contemplo cómo Judith duerme plácidamente después de haberle hecho el amor durante horas. No sé que hacer o decir para que se olvide de la descendencia que cree estar obligada a darme, le he dicho hasta la saciedad que no necesito nada más que a ella a mi lado; durante muchos años, he estado solo, sin esperar que alguien como ella pudiera aparecer en mi vida para llenarla de luz y esperanza.

Acaricio su espalda desnuda, recorro las finas cicatrices que le han quedado gracias a los malnacidos Cameron. Intento que la furia no me domine, pero mi sed de venganza no se ha aplacado, a pesar de saber que esos miserables no van a poder tocarla nunca más. Me hubiera gustado cortarles las manos con las que osaron dañar a un ser tan puro y hermoso como mi esposa.

—Deja de pensar —susurra—. Deja de lamentarte por algo que no puedes cambiar. Aunque los mataras a todos, mis cicatrices no desaparecerían, ni el dolor sería olvidado.

—¿Por qué no estás durmiendo? —reprendo ceñudo—. Debes descansar.

Abre sus hermosos ojos y me mira sonriente, se mueve como un felino para sentarse encima

de mí. Mis manos se posan en sus caderas mientras intento que mi cuerpo no despierte de nuevo, algo muy difícil cuando la tengo desnuda y dispuesta.

—¿Por qué debería? —susurra, acariciando mi pecho—. Tú no estabas durmiendo, ¿no te he agotado, esposo? —pregunta.

—Soy un hombre, mujer —gruño cuando su centro me empapa—. ¿Qué crees que estás haciendo? —intento detenerla.

—Demostrarte cuánto te amo —susurra contra mi cuello—. ¿No puedo hacerle el amor a mi esposo? —pregunta mientras sus caderas se mecen.

Gruño por el placer que me recorre el cuerpo, y aunque mi instinto me grita que la tienda sobre su espalda y la posea, voy a dejar que sea ella quien lo haga en esta ocasión, así muera en el intento. Judith me acoge muy lentamente mientras aprieto con fuerza los dientes y cierro los ojos para no hacer el ridículo, sus jadeos mientras desciende sobre mi eje van a volverme loco.

—No sabía que esto era posible —gime, moviéndose primero lentamente—. Te siento tan hondo…

—Mujer —digo entre dientes—. Vas a matarme.

Después de eso, ninguno de los dos es capaz de volver a hablar. Nuestros cuerpos lo hacen por nosotros, mi esposa me monta como toda una amazona hasta que ambos alcanzamos la cima del placer y se deja caer sobre mi pecho empapado en sudor. Acaricio su espalda mientras nos calmamos y me doy cuenta de que me encantaría quedarme de este modo para siempre, enterrado en su ser mientras nos abrazamos en silencio.

—Te amo, Judith —susurro cuando me doy cuenta de que se ha vuelto a dormir, una sonrisa adorna mi rostro, es la única que consigue tal cosa.

Cuando al fin el cansancio me vence, cierro los ojos sabiendo que aunque el futuro es incierto, no le temo a lo desconocido porque ahora camino acompañado. No podría haber encontrado una compañera más leal y fiel para compartir mi vida, ella siempre dice que la salvé, lo que no sabe es que fue ella la que me salvó a mí.

EPÍLOGO III



Meadow
Inveraray, hogar del laird *Campbell y conde de Argyll*
Dos años después…

Contemplo cómo Mary Jo, Angus y Gabrielle se asoman a las pequeñas cunas donde duermen los dos pequeños, que son ajenos a todo lo que sucede a su alrededor.

—No los despertéis o tía Judith os zurrará en el trasero —susurro sorprendiéndoles—. Salgamos —ordeno con firmeza para que me hagan caso.

Al abandonar la alcoba, nos encontramos con mi esposo, que nos mira interrogantes. Me besa como siempre hace y sonrío complacida cuando sus manos se posan en mi vientre de nuevo abultado.

—¿Qué hacéis? —pregunta—. ¿Otra vez viendo a los gemelos?

—Son iguales, padre —dice Mary Jo—. ¿Crees que madre podrá tener dos como la tía?

La cara de espanto de Alasdair me hace estallar en carcajadas que son interrumpidas por la llegada de mi hermana, que me amonesta con la mirada mientras se cruza de brazos.

—¿Sabes lo que me ha costado dormirlos? —cuestiona—. Si los despiertas, serás tú la que cargues con ellos hasta que vuelvan a conciliar el sueño, Meadow.

—Lo siento —me disculpo—. Bajemos al salón —pido para evitar que suceda, esos dos pesan como mulas y mi espalda ya no soporta más peso.

Lo hacemos seguidos de los niños, que salen corriendo para seguir jugando en el exterior. Duncan, Blaine y Gillian hablan animados y nos reciben con sonrisas al vernos llegar. Mi hermana se sienta al lado de su marido, Alasdair y yo frente a ellos.

—¿Duermen? —Blaine interroga a su esposa—. Deberías intentar descansar tú también.

—Habéis venido aquí para que Gillian y yo podamos ayudarla —intercedo—. Judith puede descansar cuanto desee, Blaine.

—Lo sé —asiente, mirando a su esposa preocupado—. Pero se niega a dejarse ayudar y está agotada.

—Hace dos años pasé por lo mismo y dejé que me ayudarais —le digo a mi hermana con cariño—. Te digo lo mismo que me dijiste, no eres menos madre por necesitar la ayuda de los demás.

Asiente sonriendo y se levanta para abrazarme. No la veo tanto como me gustaría, estuve en su parto porque viajé hasta tierra de los MacArthur igual que hizo ella cuando di a luz a Gabrielle. Ahora, de nuevo, han vuelto porque mi parto está próximo y para que podamos ayudarla con los gemelos, siempre bromeamos con respecto a que les ha costado, pero a la hora de la verdad han hecho doble trabajo.

Mi esposo llama mi atención, le observo y me hace un gesto para que salgamos. Me doy cuenta de que es la hora en la que suelo dar un paseo, por lo que me levanto y salimos cogidos del salón hacia el patio. El sol de la primavera golpea mi rostro y me lleno del aire puro que se respira, emprendemos la marcha con paso lento para que no me canse muy rápido.

—¿Estás feliz por tener a Judith y los niños aquí? —pregunta tras un breve silencio—. No quiero que te agotes, pequeña —dice preocupado—. No queda mucho para tu parto y…

Me detengo y él lo hace conmigo, le sonrío sintiéndome querida ante su preocupación por mi salud. Durante estos dos años transcurridos desde que decidí darle una segunda oportunidad, no me ha dado un solo motivo de arrepentimiento. Muchas veces dudo de si ese Alasdair frío y egoísta existió en realidad, y agradezco que decidiera cambiar por mí, por nuestras hijas y nuestro futuro como familia.

—Estoy bien —le digo con sinceridad para que se tranquilice—. Gillian es la que se encarga de todo, prácticamente no me dejan hacer nada —bromeo—. Deja que ayude a cuidar de mis sobrinos, esposo.

—Sé que los amas —asiente—. Pero yo te amo más a ti y no puedo arriesgarme a perderte.

—No lo harás —sentencio, le beso y cojo su mano para emprender de nuevo nuestro paseo—. Soy fuerte, ¿recuerdas?

—¿Crees que no lo sé? —replica con orgullo—. Me he casado con la mujer más fuerte y valiente de toda las Highlands—. ¿Me prometes que estarás bien?

Estoy segura de que se refiere al parto, no puedo hacer promesas que no sé si voy a poder cumplir, después de todo, está en manos de Dios.

—Haré lo posible, esposo —le prometo—. ¿Has visto cómo el pequeño Angus intenta cuidar de Mary Jo a pesar de ser menor? —pregunto, intentando cambiar de rumbo la conversación.

—Sí —asiente sonriendo—. Ha crecido mucho, no dudo que será como su padre.

—¿Te imaginabas tu vida así? —pregunto mientras acepto la flor que me ofrece tras arrancarla.

—No —responde con sinceridad—. Dudo que hubiera cambiado si no llega a ser porque apareciste, esposa. No creo que ninguna mujer hubiera sido capaz de hacerme desear cambiar mi estilo de vida.

—Entonces doy gracias —suspiro—. Porque no imagino lo solitario que puede ser pasar por la vida de ese modo.

—Y yo no imagino mi existencia sin ti a mi lado —replica, deteniéndose para abrazarme, y le devuelvo el gesto dejándome envolver por sus fuertes brazos—. Gracias.

—¿Por qué? —pregunto, apartándome un poco para mirarlo a los ojos—. ¿Qué hice?

—Existir —devuelve con una sonrisa llena de amor—. Y hacer de mi existencia un paraíso, darme dos hijas maravillosas y otro que viene en camino, ¿te parece poco, mujer?

—Entonces debo darte las gracias por amarme —replico—. Por ser el mejor esposo y padre para mis hijos.

—¿Eres feliz? —pregunta complacido, acariciando mi mejilla con suma ternura.

—Mucho —me alzo de puntillas para besarlo—. Mientras os tenga a vosotros, seré la mujer más feliz del mundo.

Emprendemos de nuevo el paseo, dichosos, sabiendo que lo mejor está por llegar…

FIN

AGRADECIMIENTOS

Hasta aquí ha llegado la historia de Alasdair y Meadow.

Sé que muchas estaríais esperando que él se quedara con Elaine, pero siendo realistas, creo que ella no se merecía a Alasdair. Y aunque es un personaje con las que muchas no hayan empatizado, para mí es especial y deseaba que tuviera una pareja que le hiciera feliz, con su primer amor no lo hubiera sido.

Meadow llegó a mi mente para quedarse y se merecía encontrar un amor incondicional que le diera sentido a su existencia tan vacía. Es una mujer valiente porque, a pesar de su infancia y todas las dificultades, sabe salir adelante, por ello debía encontrar a alguien que la amara por encima de todas las cosas, y supe de inmediato que Alasdair era la horma de su zapato.

Por otra parte, sé que queríais la historia de Blaine como un libro aparte, sin embargo, sentía que no era lo bastante potente como para escribir otra historia, por lo que los Campbell y los MacArthur acaban aquí, lo siento muchísimo. Puede que a muchas de vosotras os parezca poco o que no quedéis contentas con mi decisión, pero siempre escribo lo que siento en cada momento, y Blaine y Judith no tenían la fuerza suficiente. De todos modos, tengo la esperanza de que os haya gustado su final y que quedéis satisfechas, yo lo estoy porque sé que los tres amigos han encontrado su otra mitad. Lo que empezó con *El Honor del Highlander* termina aquí.

Debo agradeceros como siempre que me acompañéis en una nueva aventura, he escrito esta historia pensando en vosotras, me lo pedisteis y he cumplido. Gracias por la acogida que le dais a cada uno de mis libros, por todo el apoyo y cariño que recibo, no hubiera llegado hasta aquí sin vosotras.

También doy las gracias a mi correctora, Noni García, por siempre estar disponible para corregir cualquiera de mis locuras, y a mi portadista y maquetadora, Leydy García, por conseguir siempre hacer magia y crear portadas acorde a las historias que escribo, sin ellas tampoco podría avanzar en esta andadura.

Y por último y no menos importante, como siempre, agradezco a mi familia por comprender las horas que paso frente al ordenador inmersa en los mundos que crea mi mente.

Nunca es suficiente agradecimiento para todos aquellos que hacéis posible que viva de lo que realmente me apasiona, crear y contar historias.

Gracias y hasta la próxima aventura.

Jane Mackenna.